

TIJUANA

Historia de una memoria colectiva

Viviana Mejía Cañedo y Abraham Uribe Núñez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

TIJUANA

Historia de una memoria colectiva



TIJUANA

Historia de una memoria colectiva

Viviana Mejía Cañedo
Abraham Uribe Núñez



Tijuana. Historia de una memoria colectiva / Viviana Mejía Cañedo y Abraham Uribe Núñez. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California, 2025.

126 p.: mapas, fots.; 23 cm.

ISBN: **978-607-607-988-1**

Formato impreso

1. Tijuana (Baja California, México) - - Historia. 2. Tijuana (Baja California, México) - - Vida social y costumbres. 3. Tijuana (Baja California, México) - - Migración. I. Uribe Núñez, Abraham, coaut. II. Universidad Autónoma de Baja California. III. t. F1391.T36 M44 2025

DOI: <https://doi.org/10.61728/AE24004701>



D. R. © copyright 2025; Viviana Mejía Cañedo y Abraham Uribe Núñez. Las características de esta publicación son propiedad de la Universidad Autónoma de Baja California. www.uabc.mx
Av. Álvaro Obregón y Julián Carrillo s/n, Col. Nueva. C.P. 21100. Mexicali, B. C., México.

Edición y corrección: **Astra Ediciones**

Foto de portada: Guillermo Arias Camarena

Diseño de portada: Daniel Martínez

Esta investigación fue dictaminada por pares académicos

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia, cualquier otro existente o por existir, sin el permiso previo, por escrito, del titular de los derechos.

HECHO EN MÉXICO | MADE IN MEXICO

A Tijuana, lugar de memoria

Agradecimientos

El libro que los lectores tienen en sus manos es el resultado de la convergencia de esfuerzos de diversas personas. En primer lugar, queremos destacar el espacio de trabajo enriquecedor generado a través del diálogo con los integrantes del Cuerpo Académico Comunidades, Procesos Sociales e Históricos y sus Fundamentaciones Filosóficas [CA-190]. Este intercambio ha sido esencial para reflexionar sobre historiografías clásicas y contemporáneas, con el propósito de trazar nuevos caminos para la divulgación del conocimiento científico. Estas reflexiones se han desarrollado, desde 2023, en el marco de la Línea de Generación y Aplicación del Conocimiento “Procesos históricos, memoria y sus usos sociales”.

Es de señalar que este libro no habría sido posible sin el invaluable esfuerzo de Abril Arzave Ochoa, Alberto Aarón García García, Andrea Susana Esquivel Espinosa, Brayan Eduardo Rodríguez Lorenzo, Carolina Elizabeth Martínez Encinas, Damaris Pantoja González, Lucero Jacobo Ibarra, Ricardo Gómez Gardea y Yazmín Vargas Gil, estudiantes de la Licenciatura en Historia de la Universidad Autónoma de Baja California. Su labor en la recopilación de las entrevistas que sustentan los testimonios de este proyecto fue fundamental. Reconocemos en ustedes la capacidad para indagar con profundidad, escuchar con empatía y comprometerse con la tarea académica de dar voz a las experiencias de los protagonistas de esta historia. Este trabajo no solo refleja su responsabilidad académica, sino también su genuino interés por comprender y transmitir realidades complejas. Además, al incluir entrevistas con sus propios familiares, aportaron una perspectiva histórica novedosa que enriquece tanto el contenido presentado como la construcción de su propia historia.

Finalmente, expresamos nuestro más profundo agradecimiento a los dictaminadores académicos por sus valiosas observaciones y recomen-

daciones, así como a los editores, amistades y familiares, quienes con su apoyo fueron fundamentales para hacer realidad la publicación de este libro.

Contenido

Agradecimientos	9
Introducción	13
Estructura de la obra	21
Capítulo 1	
1960, un escenario en construcción	23
Testimonio 1.....	25
Capítulo 2	
1970, crecimiento industrial y migratorio.....	29
Testimonio 2	32
Testimonio 3.....	37
Testimonio 4	43
Testimonio 5.....	47
Capítulo 3	
1980, consolidación como lugar de destino y desarrollo.....	51
Testimonio 6	54
Testimonio 7.....	61
Testimonio 8.....	65
Testimonio 9.....	70
Testimonio 10.....	75
Capítulo 4	
1990, seguridad/inseguridad	79
Testimonio 11.....	82
Testimonio 12.....	85
Testimonio 13.....	89
Testimonio 14.....	92
Capítulo 5	
Los marcos sociales de la memoria migrante	97
Consideraciones finales.....	113

Anexo 1.....	116
Referencias.....	117
Entrevistas.....	119
Bibliografía	120

Introducción

El 12 de octubre de 2018, una multitud de familias partió de San Pedro Sula, Honduras, con la intención de emigrar hacia los Estados Unidos, utilizando el asilo humanitario como mecanismo de entrada. A lo largo de su recorrido, cientos de personas provenientes de El Salvador y Guatemala se unieron a ellos, conformando un grupo de unas 3,500 personas. Después de cruzar el río Suchiate hacia México, la prensa internacional los denominó “la caravana migrante”, una forma de organización social novedosa que rompió con la tradición de emigrar hacia el sudoeste estadounidense en solitario o en pequeñas agrupaciones. A lo largo del mes de octubre, este numeroso contingente avanzó en conjunto, llegando a la Ciudad de México a principios de noviembre. Desde allí, el 5 de noviembre, la caravana continuó su viaje hacia Tijuana, Baja California, recorriendo unos 2,800 kilómetros caminando, en tren o mediante autobuses proporcionados con el apoyo pecuniario de varios gobiernos estatales, particulares y organismos no gubernamentales, eligiendo esta ruta, la más larga pero también la más segura desde su perspectiva (Nájar, 2018).

A partir del 10 de noviembre llegó a Tijuana el primer contingente de la caravana migrante, compuesto principalmente por familias además de algunos miembros de la comunidad LGBT+. Durante este periodo, el alcalde de la ciudad realizó una serie de desafortunadas declaraciones sobre las personas recién llegadas, acusándoles de desafiar y desobedecer a las autoridades locales. El edil consideró necesaria la mediación del gobierno federal, argumentando que no había condiciones de seguridad suficientes para su resguardo, además propuso realizar una consulta ciudadana al respecto. La cobertura de los medios de comunicación y la intervención estatal llevó al municipio a habilitar un albergue en la Unidad Deportiva “Benito Juárez” en la Zona Norte, con capacidad para dos mil personas. No obstante, hacia finales de noviembre, más de seis mil personas migrantes se encontraban hacinados en dicho lugar, lo que

anticipaba una crisis social y mediática para la localidad (Arciniegas, 2018; Santiago, 2018; Coronado, 2018).

El domingo 18 de noviembre, alrededor de las nueve de la mañana, unas 300 personas se reunieron en el monumento Cuauhtémoc, en la Zona Río de Tijuana, convocados por residentes locales a través de redes sociales con el propósito de manifestarse en contra de la caravana migrante. Al medio día, la multitud marchó cruzando el puente El Chaparral hacia la delegación Zona Centro; al mismo tiempo el gobierno de los Estados Unidos cerró temporalmente la garita de San Ysidro, punto fronterizo más transitado del país. Pese a que la policía municipal intentó detener la marcha, los manifestantes continuaron, ondeando banderas mexicanas, pancartas y gritando al unísono “¡No a la invasión!” o “¡Viva México!”, entre otras representaciones alusivas en contra de las personas migrantes de origen centroamericano. Al llegar a las inmediaciones del albergue, la situación se tornó tensa ya que algunos tijuanenses pedían respeto para los refugiados en el albergue, intentando persuadir a los manifestantes a desistir, sin éxito. Mientras tanto, en los linderos de la Unidad Deportiva “Benito Juárez”, se organizó una contramanifestación utilizando pancartas donde se consignaba “¡No más violencia!” o “¡El muro más grande es el rechazo!” a fin de instar a los vecinos a solidarizarse y ofrecerles ayuda humanitaria. Este grupo era significativamente menor y se dispersó cuando los manifestantes los confrontaron. La protesta social culminó con un breve enfrentamiento con la policía antidisturbios, que intervino para impedir que los manifestantes avanzaran hacia el albergue (Suárez, 2018; McDonnell, 2018; AFP, 2018).

Los acontecimientos de 2018 narrados con antelación son un momento crucial en la historia de Tijuana, marcando un punto de inflexión en la dinámica y composición étnica de los flujos migratorios transnacionales. Asimismo, en la narrativa y las estrategias de migración tradicional, que en su conjunto propiciaron una disputa sobre la memoria entre los residentes locales, puesto que compararon sus propias experiencias migratorias en el pasado con respecto a sus impresiones en el presente tras el arribo de la caravana migrante. Cabe señalar que la respuesta de los tijuanenses fue ambivalente: mientras algunos sectores de la población y las autoridades municipales generaron un ambiente de rechazo, en

ocasiones violento, argumentando que no se rechazaba la inmigración sino la forma en la que se estaba llevando a cabo; por otro lado, contrastó con la ferviente respuesta de otros tantos que apelaron a las necesidades de la caravana migrante por buscar mejores condiciones de vida, motivo por lo cual se organizaron desde la sociedad civil algunas redes de apoyo que reivindicaron y legitimaron su actuar en el propio carácter migratorio de la localidad. Aunque estas posturas eran opuestas, ambas se basaron en el derecho a habitar la ciudad, mostrando la complejidad de una comunidad socioculturalmente diversa confrontada por los desafíos contemporáneos de las migraciones internacionales.

El incremento demográfico del estado de Baja California durante la segunda mitad del siglo XX, específicamente en la ciudad de Tijuana, ha sido resultado de su crecimiento natural, pero sobre todo de la inmigración proveniente en su mayoría de México y, en los últimos años, de Centroamérica y de otros países de África, Europa y Asia. Para el año 2020, el 40.54 % de los habitantes de la ciudad provenía de otra entidad mexicana (Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas, 2022). Si se incluye a los nacidos en otro país, este porcentaje se eleva al 49.1% de residentes nacidos fuera de ella (INEGI, 2023, p. 26). Este último elemento resulta determinante, no sólo por la importancia de su representación numérica, sino por las transformaciones en la organización social que ha traído consigo la integración de otros grupos migrantes recién llegados. Dicho lo anterior, es posible describir a los habitantes de Tijuana como una población heterogénea en su composición multiétnica (Jerez, 2002), lo que dificulta dar una caracterización social general de la localidad. Al respecto, Fiamma Montezemolo (2005) señala que la condición heterogénea de la ciudad, así como sus contrastes a partir de aspectos socioculturales y económicos dificultan hacer una representación objetiva de ella.

Para construir nuestro objeto de estudio, hemos optado por trabajar con la noción de grupos sociales (Chinoy, 1973, p. 58; Soaje Ramos, 2018, p. 18), definida desde la sociología como un conjunto de personas vinculadas por una red de relaciones sociales que le unen como grupo: se organiza mediante un sistema de roles y estatus el cual determina la posición de cada miembro con respecto a la estructura social. Nuestra

investigación se centra en la agrupación de personas mexicanas migrantes que se establecieron en Tijuana, Baja California, entre 1960 y 1990. Este grupo comparte una experiencia migratoria común en un contexto marcado por la repatriación tras el fin del Programa Bracero (1942-1964), y se inserta en un proceso de urbanización e industrialización en localidades fronterizas del norte de México. Dichos procesos generaron dinámicas de poblamiento regional que fueron particulares hacia finales del siglo XX. En Tijuana, la población de inmigrantes nacionales aumentó significativamente, pasando del 39.7% de la población total en 1970 al 49.9% en 1990 de la población en general (INEGI, 1997).

La coyuntura reciente marcada por la inmigración de origen centro-americana, caribeña, africana y europea hacia la ciudad, junto con los discursos de los tijuanenses sobre su propia experiencia migratoria e integración, ha revelado que la migración compartida se ha transformado en un factor de distinción social. Este proceso ha generado una clara división grupal entre el “nosotros” y el “ustedes”, fundamentada en recuerdos significativos que ambos grupos sociales han fijado en la memoria colectiva de sus miembros con respecto al modo de migrar y arraigarse en la ciudad. A partir de 2018, la llegada de nuevos grupos sociales ha propiciado un punto de quiebre en la memoria colectiva migrante de Tijuana, reconfigurando los recuerdos de los residentes antiguos en contraste con las experiencias de los recién llegados. Este punto de vista no entra en contradicción con la noción clásica de grupo social, ya que, como señala Chinoy (1973):

debemos distinguir entre un grupo social como tal, y una cantidad de gente que, aunque no esté ligada por una red de relaciones, ni se halle en interacción pautada o tenga siquiera conciencia de su identidad, puede ser considerada en forma conjunta por poseer ciertas características o atributos similares o idénticos (p. 59).

Para el análisis histórico de nuestro objeto de estudio incorporamos la perspectiva de memoria colectiva, tal como la desarrolló Maurice Halbwachs en sus obras *Los marcos sociales de la memoria* (2004a) y *Memoria colectiva* (2004b) durante el periodo 1925-1945. La propuesta teórica de Halbwachs plantea que los recuerdos individuales no emergen

de forma aislada o esencial, en contraposición a lo señalado por Henri Bergson en *Materia y memoria* (2006). Halbwachs (2004b) plantea que la memoria es un espacio de experiencias propiciado por un proceso reflexivo de rememoración desde el presente, operado tanto a nivel individual como mnemotécnico. Este proceso se alimenta de un acto comunicativo y es, además, de naturaleza relacional. Así, la memoria no es un fenómeno aislado ni puramente personal; por el contrario, se construye colectivamente, ya que los recuerdos se estructuran en función de las experiencias, los objetos de memoria y la información compartida entre los individuos que se comunican, recuerdan e identifican mutuamente como parte de un grupo.

Maurice Halbwachs (2004a, p. 336) señala que, aunque los individuos pueden olvidar ciertos acontecimientos, en la memoria colectiva de su grupo – ya sea la familia, la clase social, una agrupación religiosa o musical – se mantendrá sólo si les resulta significativo. Esto se debe a que el grupo proporciona los “marcos sociales”, entendidos como una estructura sociocultural que permite al individuo evocar en el presente lo significativo de la memoria colectiva edificada en la historia vivida de sus miembros. Es de señalar que la memoria colectiva puede moverse a lo largo de un periodo de tiempo histórico y no sufrir modificaciones, mientras el grupo social se mantenga cohesionado, pues es preciso que experimenten un momento coyuntural que propicie el reforzamiento o la desvinculación del grupo como de sus recuerdos (Halbwachs, 2004a, pp. 183-184). Aunque el autor no desarrolló en sentido estricto una metodología para trazar los marcos sociales de la memoria colectiva, sí manifestó su preocupación por esbozarla históricamente.

Halbwachs (2004b) sostiene que esta noción puede ser abordada mediante una reconstrucción histórica basada en la documentación que refleje un pasado vivido por las personas que es “empírico, lógico y socialmente posible” (p. 37). De este modo, enfatiza en la importancia de las fuentes documentales para captar los elementos que configuran la memoria social compartida por un grupo. Al respecto dice:

Para que nuestra memoria se ayude de las de los demás no basta con que estos nos aporten sus testimonios; además hace falta que no haya dejado de coincidir con sus memorias y que haya bastantes

puntos en común entre unas y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común. Para obtener un recuerdo, no basta con reconstruir pieza por pieza la imagen de un hecho pasado. Esta reconstrucción debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquella y viceversa, lo cual sólo es posible si han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así puede entenderse que un recuerdo puede reconocerse y reconstruirse a la vez (Halbwachs, 2004b, p. 34).

Es pertinente preguntarnos cómo los grupos sociales operan para ensamblar, reconducir, deformar y crear la memoria colectiva. Según Halbwachs (2004b, p. 54), la memoria colectiva se despliega de manera social y simbólica en un tiempo y espacio subjetivo, donde ciertos lugares, objetos, conmemoraciones y prácticas sociales adquieren un significado particular para los grupos. Un individuo puede estar vinculado a varios grupos y por ello fijar recuerdos en dos marcos sociales que pertenecen a diferentes agrupaciones. La tarea de los historiadores es, a través del análisis histórico de las fuentes históricas, discernir a qué marcos sociales pertenece cada una de estas memorias colectivas, para comprender mejor cómo se configuran y persisten.

Maurice Halbwachs (2004a; 2004b) trabajó durante la primera mitad del siglo XX con una metodología que combinaba lo teórico con lo empírico, desarrollando el concepto de memoria colectiva a partir de los marcos sociales, que abarcan la memoria familiar, gremial, religiosa, musical y jurídica. Sus ideas disciplinarias fueron discutidas por la historiografía (Bloch, 1925), pero el concepto de memoria colectiva fue olvidado luego de su muerte durante la Posguerra, hasta su recuperación en la década de 1980, cuando empezó a ser utilizado, pero de manera diferente desde los lugares de la memoria, la memoria cultural y la posmemoria (Nora, 2008; Assmann, 2008; Ricoeur, 2010; Hirsch, 2015; Jelin, 2021). En la actualidad, existe una literatura académica en México que busca reivindicar y revitalizar la perspectiva de los marcos sociales de la memoria, entendiéndola como un proceso sociohistórico de reconstrucción de un pasado vivido o significativo para un grupo social o colectividad, perspectiva clásica en la que se inscribe nuestro traba-

jo (Juárez Romero, Arciaga Bernal y Mendoza García, 2012; Magaña Mancillas, 2014; Magaña Mancillas, 2016).

Es importante señalar que en este trabajo no abordaremos el análisis del grupo social desde los roles y estatus, ni a partir de las disputas grupales por imponer sus memorias colectivas. En su lugar, nuestro objeto de investigación consiste en esbozar históricamente los marcos sociales de una memoria colectiva migrante a partir de tres aspectos fundamentales: 1) los procesos de rememoración de las personas de origen mexicano que inmigraron hacia Tijuana, 2) el significado que le atribuyeron a su experiencia migratoria al recordar desde el presente su proceso de arraigo en la localidad durante el periodo de 1960 a 1990, y 3) las rupturas en la memoria colectiva, observando cómo los miembros de este grupo social reinterpretaron su llegada e integración, reconfigurando sus recuerdos con relación a las nuevas olas de inmigrantes transnacionales a partir del 2018.

Esta investigación se sustenta en la recolección de testimonios orales de personas migrantes mexicanas que se establecieron en la ciudad de Tijuana durante la segunda mitad del siglo XX. Con este fin, se realizaron un total de 14 entrevistas semiestructuradas, dirigidas a hombres y mujeres que han residido en Tijuana por más de 25 años. Estas personas migraron desde diversas entidades de México, como Nayarit, Hidalgo, Jalisco, Michoacán y Sinaloa, y se asentaron en la ciudad entre las décadas de 1960 y 1990, periodos en los que la población de Tijuana experimentó un crecimiento demográfico notable.

Las entrevistas se centraron en explorar las motivaciones para migrar, la percepción de los entrevistados acerca de sus recuerdos con respecto a la ciudad, sus emociones y estrategias de adaptación, y su percepción sobre la condición migratoria, tanto propia como la de las personas migrantes transnacionales recién llegados a la ciudad.

Los entrevistados fueron personas de distintas edades, géneros y condiciones económicas, lo que permitió abarcar un espectro amplio de experiencias personales y sociales. La muestra incluyó a personas que llegaron a la ciudad en diferentes momentos históricos, contribuyendo a una visión longitudinal de la evolución migratoria de Tijuana y sus impactos en la identidad de sus habitantes.

Un aspecto distintivo de la metodología fue la participación activa de estudiantes de la Licenciatura en Historia de la Universidad Autónoma de Baja California, quienes, como parte de un proyecto académico, realizaron las entrevistas a sus propios familiares: padres, madres, abuelos y abuelas. Esta elección metodológica fue clave para acceder a niveles profundos de intimidad y confianza en las narraciones, ya que los y las estudiantes comparten con los entrevistados una experiencia migratoria, aunque transmitida y resignificada de forma indirecta a través de la memoria familiar. Este vínculo permitió a los entrevistadores obtener testimonios más ricos en detalles emocionales y personales, generando una narrativa más vívida y conectada con la realidad cotidiana de los migrantes. Además, su familiaridad facilitó la fluidez en las entrevistas.

Las entrevistas fueron realizadas durante el año 2021 y registradas en formato de audio y posteriormente transcritas para su análisis. Este proceso incluyó la codificación de los testimonios, basada en categorías conceptuales como memoria, migración, identidad y ciudad. A partir de estas categorías se organizaron los datos, permitiendo observar patrones comunes entre los relatos individuales y su relación con el marco conceptual más amplio de la investigación inscrito en la categoría analítica de memoria colectiva. Las grabaciones forman parte de un archivo de la palabra de la Licenciatura en Historia de la UABC.

Un componente relevante de la metodología fue la inclusión de fotografías proporcionadas por los propios entrevistados. Como señala Bourdieu (1989), las fotografías familiares cumplen una función de integración dentro del grupo familiar, eternizando momentos significativos y reforzando la identidad grupal (p. 389). En este caso, las imágenes no solo sirven como complemento visual de los testimonios, sino que también consideramos que actúan como elementos clave en la construcción de la memoria colectiva. A cada uno de nuestros entrevistados se les solicitó una fotografía que consideraran significativa de su vida en Tijuana. De este modo, las imágenes no solo documentan los momentos clave de la vida de los migrantes, sino que también contribuyen a la materialización de los lugares en los cuales está fijada la memoria colectiva de la ciudad.

Por último, además de las entrevistas, se incorporó un monitoreo de notas periodísticas sobre las caravanas migrantes, específicamente du-

rante el periodo comprendido 2018-2019. Este análisis complementario permitió examinar la forma en que los medios de comunicación reflejan el fenómeno migratorio y cómo estos discursos impactan las percepciones y narrativas de los entrevistados.

Estructura de la obra

Tijuana. Historia de una Memoria Colectiva está organizada por un estudio introductorio en el que planteamos un problema histórico sobre la configuración de la memoria migrante en Tijuana, abarcando el periodo de 1960 a 1990, a partir de la propuesta de los marcos sociales de la memoria colectiva. Los primeros cuatro capítulos ofrecen una visión longitudinal de la historia migratoria y urbana de la ciudad, lo que proporciona un contexto para las catorce entrevistas transcritas, presentadas en un estilo narrativo que facilita la lectura de la obra en su totalidad. El quinto capítulo se dedica a una síntesis del análisis histórico y de los testimonios, con el objetivo de desarrollar lo que consideramos la memoria migrante, basada en los recuerdos significativos de la agrupación de familias mexicanas que se establecieron en Tijuana durante el periodo estudiado.

Capítulo 1

1960, un escenario en construcción

El crecimiento económico de Tijuana a partir de la década de 1960 comenzó a ser sostenido por actividades novedosas para la población de ese momento. Si bien el sector servicios ligado al turismo estadounidense, así como la movilidad de migrantes hacia el sudoeste de los Estados Unidos continuó durante todo el siglo XX, el fomento a la industria maquiladora se convirtió en un importante polo de desarrollo económico, tanto por la presencia de población transmigrante o *commuter* que hicieron de Tijuana su hogar y del sur de California su lugar de trabajo; muchos de estos trabajadores otrora braceros no regresaron a su lugar de origen al finalizar el convenio *Mexican Farm Labor Program* en 1964 y se establecieron de manera permanente en esta localidad, como en otras ciudades fronterizas del norte de México (Chavez, 2016). Sin embargo, el crecimiento demográfico de la ciudad, que desde la década de 1940 registraba índices más altos que el resto de las ciudades del país (Alegría & Ordoñez, p. 14), generó una demanda de infraestructura pública para el sostenimiento de sus habitantes que los gobiernos del estado y municipios no podían solventar.

Para el gobierno federal fue de imperiosa necesidad implementar un ordenamiento territorial en la localidad que permitiera el sostenimiento vecinal, asimismo albergar tanto a los migrantes recién llegados como a las nuevas industrias que se asentaron luego del decreto del Programa de Industrialización Fronteriza (PIF) en 1965. La planeación urbana no resolvió los problemas locales de inmediato, lo que provocó el crecimiento de asentamientos irregulares dispersos por la municipalidad; la urbanización comenzó a dibujarse de manera casuística e improvisada que, una de las cuencas hídricas más importantes y emblemáticas de la ciudad, tanto por la inestabilidad de su cauce principal como por su larga historia vinculada al poblamiento, la zona del Río Tijuana se convirtió en uno de los proyectos de infraestructura hidráulica y planeación urbana más importantes para el gobierno del estado, que impulsó su canalización con recursos federales a inicios de 1970. Sin embargo, este lugar fue rápidamente poblado por diferentes asentamientos humanos que ofrecieron a los migrantes una opción de vivienda. De esta forma, para 1972, en las inmediaciones de la Zona del Río fueron registrados unas 3,000 familias asentadas a lo largo de su lecho (Méndez, 1996, p. 39).

En este escenario, hacia 1966, llegó a la ciudad Consuelo Vergara Rosas acompañada de su esposo. En Tijuana los esperaba su suegra, quien tenía un espacio habilitado para vivienda en el cauce del Río Tijuana, específicamente en la colonia Chamizal. Su historia de vida migrante, como la de otros tantos más que se arraigaron en la localidad, reflejan los contrastes entre quienes necesitaban un lugar habitable para sobrevivir, los proyectos gubernamentales que requerían de la rectificación y canalización del río a fin de fomentar el desarrollo económico y la urbanización de la Zona Río; las características del espacio geográfico aunado a la condiciones climáticas en el invierno de 1978, propiciaron unas fuentes lluvias marcadas por el fenómeno de El Niño¹, que dieron forma a un desastre que puso en riesgo a los pobladores en el lecho del río, siendo recordado como una de las tragedias más impactantes en la ciudad. En sus memorias, el gobernador de Baja California en el periodo de 1971 a 1977, Milton Castellanos, recordó uno de los asentamientos a lo largo del río, denominado en las fuentes históricas como *Cartolandia*, al cual llamó “el Cáncer urbano” (Castellanos, 2005, p. 329) de Tijuana.

Testimonio 1

Testimonio. Consuelo Vergara Rosas, originaria de Zapopan, Jalisco.
Nació el 25 de abril de 1948 y llegó a Tijuana a los 18 años.

Llegamos a Tijuana mi esposo y yo porque donde vivíamos éramos muy pobres, no había para comer. Recuerdo la tristeza al venirme para acá, por dejar a mi padre y a mi madre. Sentí tristeza al dejar donde uno nace y venirse a otras tierras que no es de uno. Pero aquí era mejor que allá, porque allá nomás puro maíz cada año. Mi vida era talachear, pelar nopales, sembrar maíz, *tortiar* la masa. Aquí entre los dos trabajábamos.

Viajamos en camión porque era más barato. Cuando llegamos no teníamos nada, pero poco a poco nos fuimos abriendo paso. Pero cuando

1 Véase Juan Manuel Rodríguez Esteves, Elementos para la construcción social del riesgo climático en el noroeste de México: el caso de las lluvias en Tijuana, Baja California, en Annamária Lammel, Marina Goloubinoff y Esther Katz (dir.), *Aires y lluvias. Antropología del clima en México*, CIESAS, México 2013.

uno se viene de por allá pues ya se viene uno con adiós y una dicha. Los primeros días fueron duros de pasar porque no teníamos para comer ni trabajo.

Me vine esperando una vida mejor que la de allá. Pero Tijuana estaba fea, horrible. Primero se vino mi suegra y ella tenía una casita y allí nos hizo un cuartito, pero luego se vino el río en 1977-78. Salí por los cerros brincando para que no nos llegara el agua. Cuando llegó el río yo crucé entre corrales, porque había corrales de vaca. Nomás tenía a mi hijo, estaba chiquito, y agarré a mi niño y mi esposo se salió con un colchón brincando corrales para salir hacia la Buena Vista. Ya de allá de arriba se divisaba todo, como si hubiese sido la playa, y poco a poco se fue secando el agua y fue cuando empezamos a venir para ver que había quedado de las cosas. Arriba de la buena vista las personas nos dieron alojamiento mientras que se arreglaba lo del agua, fue como una semana. Luego nos bajamos a limpiar lo que había quedado y ya nos cambiaron a la Sánchez Taboada, y desde entonces estamos aquí.

Yo ya no me siento arraigada a mi lugar de origen. Ya nomás ir a dar una vuelta, ir a ver a tu familia, pero ya no es para quedarte verdad, porque aquí es donde hace uno más vida que allá. Con el tiempo van cambiando las cosas, uno se va acostumbrando a donde se esté mejor.

Si no hubiéramos venido a Tijuana creo que ya no estaríamos vivos, porque allá la vida es más dura, porque se trabaja más, aquí no es así. Sí se trabaja, pero no tanto. Allá nos levantábamos, echábamos las tortillas a mano, hacíamos el alterito de tortillas y vámonos al cerro a sembrar. Desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Todo el día sembrando, talacheando. Ya llegó el momento de que no era vida. Le pagaban a uno 10 pesos, si yo torteaba ajeno me pagaban la bolita de masa a 10 pesos. Aquí fue diferente, y luego mi esposo se fue al otro lado y mejoró más.

Imagen 1

Fuente. Consuelo Vergara Rosas y Refugio Díaz sostienen una foto que muestra a Consuelo Vergara Rosas, Refugio Díaz Macías con sus hijos: Isabel, Rosa, Lorena y José Antonio, Tijuana, Baja California, 2021. (Colección familiar)

Ahora me siento de aquí, me siento como que hubiera nacido aquí, porque aquí tengo más la familia, mis amistades, todo. Pero al principio se necesita ir conociendo el lugar, ir conociendo a las personas.

Sobre los migrantes que han llegado en las caravanas, pues no los conozco, sólo lo que uno ve en las noticias y en la televisión. Pero es muy triste que los agredan, es muy triste que se vengan, pero solamente ellos saben por qué se vienen. Se viene uno porque no hay para pasarla, y si no hay para pasarla pues necesita uno buscarle donde vivas mejor. Donde vivas mejor allí es tu vida y yo creo que por eso se vienen, a buscar otra vida mejor.

Capítulo 2

1970, crecimiento industrial y migratorio

Durante la década de 1970, Tijuana se consolidó como un territorio propicio para la migración interna con posibilidades de desarrollarse en su propio país, pero California permaneció como el principal lugar de destino al que recurrió el flujo migratorio transnacional. De acuerdo con los censos del INEGI, durante el periodo 1970-1980, el ritmo de crecimiento de la población en Tijuana disminuyó, lo que no significó, según los especialistas, una reducción en la llegada de inmigrantes, sino un alto índice de emigración a Estados Unidos (Zenteno, 1995, p. 107). Sin embargo, el desarrollo económico que las nuevas industrias trajeron consigo propició la apertura de puestos de trabajo que fueron ocupados por personas que se establecieron de hecho en las inmediaciones de los parques industriales, siendo tales aspectos en su conjunto factores de atracción de la migración interna. Es de señalar que el principal incentivo de migrar al norte de México fue la posibilidad de mejorar las condiciones de vida material y servicios públicos con respecto a las que se tenía en los lugares de origen; para algunos de los migrantes, venir a Tijuana no fue resultado de un plan elaborado para desarrollar una actividad en particular, sino que representó la posibilidad de trasladarse y adaptarse a las condiciones que hubiera bajo la promesa de una mejor vida.

A inicios de los setenta, la industria maquiladora absorbió parte de la mano de obra tijuanense, sin embargo, el establecimiento de la industria maquiladora de exportación poco a poco fue generando más empleos, algunos de ellos copados por mujeres (Carrillo y Hernández, 2014). Uno de los elementos de continuidad del decenio fue el lugar de origen de la migración interna a Tijuana, provenientes principalmente de Sinaloa y Sonora en el noroeste de México, así como Michoacán, Zacatecas y Jalisco en el occidente (Barajas y Wells, 1993, p. 85), sin que se entienda esto como un asunto exclusivo del cual es necesario contextualizar y comparar con otras regiones. Esta composición demográfica heterogénea, que revela la migración encadenada, fue eslabonando a las personas desde sus respectivos lugares de origen a través de una red que los recibía al momento de llegar al lugar de destino, asimismo ellos se volvieron parte del proceso de quienes más adelante llegaban a la ciudad y que sin estar necesariamente relacionados por vínculos de parentesco o compadrazgo, eran recibidos pues privaban los lazos de paisanaje.

Por otro lado, para algunos migrantes provenientes de otras entidades del país, específicamente de la ciudad de México y sus inmediaciones, la frontera los confrontó a experiencias diferentes a su lugar de origen en cuanto a la receptividad e integración, que los especialistas han denominado como “antichilanguismo”. Si bien, este fenómeno sociocultural no ocurrió únicamente en Tijuana, su presencia en el lenguaje de los lugareños, que alcanzaron, incluso, a quienes se arraigaron a la ciudad durante su infancia, tomó particularidades específicas en esta entidad. Como han mostrado distintos autores como Víctor Gruel, en Tijuana y en Baja California, en general, comenzaron a emerger ideologías como el anticentralismo y el nativismo como parte de la cultura regional, que posibilitaron dicho antichilanguismo (2015, p. 81).

Pese a los mecanismos de exclusión social y lingüística, los flujos migratorios no se detuvieron puesto que, durante el proceso de urbanización en Tijuana, siguieron apareciendo nuevos asentamientos – entre colonias populares, fraccionamientos y complejos habitacionales – que albergaban a los migrantes, aunque algunos de ellos no contaban con toda la infraestructura y los servicios públicos como el agua. Cabe señalar que el problema de abastecimiento de agua potable para la ciudad no era un problema nuevo, en 1966 el gobierno del estado creó la Comisión Estatal de Servicios Públicos de Tijuana, con el propósito de estudiar la planeación de los sistemas de agua potable y alcantarillado, a fin de satisfacer los usos sociales del agua (CESPT, 2024). Sin embargo, el crecimiento de la ciudad pronto dejó obsoletas algunas soluciones, como la perforación de pozos en el lecho del río. Lugares como el Cerro Colorado, que en el pasado fueron rancherías y tierras ejidales, comenzaron a ser ocupadas por nuevos habitantes. Estos improvisaron sus viviendas en terrenos irregulares, situados en laderas y faldas del cerro, donde posteriormente fundaron colonias populares sin acceso a los servicios básicos necesarios para su subsistencia.

Testimonio 2

Testimonio. María Trinidad Nolasco Mesa, originaria de Ruiz, Nayarit. Nació el 23 de mayo de 1948 y llegó a Tijuana a los 22 años.

Llegué a Tijuana porque se hablaba de que aquí le iba bien a la gente, que aquí había buenos trabajos y que a veces se podía ir al “*otro lado*”. Yo venía a conocer solamente, no venía a quedarme ni irme a los Estados Unidos. Las personas que me invitaron para que viniera a conocer me dieron alojamiento en su casa. Éramos varias amigas las que nos vinimos, y una de las personas que nos recibió, Concepción Ruiz, era encargada de una empresa, entonces me acomodó a trabajar con ella y ahí me quedé trabajando.

Recuerdo que allá en Ruiz uno decía: *allá vamos porque vamos a ganar dólares*. Decían en el pueblo “*allá se ganan dólares*” y pues sí, efectivamente, se ganaban dólares en aquel tiempo. En aquellos años ganábamos 25 dólares y 25 dólares era muchísimo dinero porque 8 dólares eran 100 pesos, y 100 pesos en aquel tiempo era mucho dinero, entonces a mi mamá se le presentó una dificultad económica y pues era yo la que la podía ayudar y no me quedó de otra más que quedarme a trabajar aquí. No venía para quedarme, pero uno pone y Dios dispone.

Viajamos en autobús. Hicimos 24 horas de mi pueblo hasta acá. Mi deseo nada más era venir a conocer y regresarme, pero en cuanto llegué me ofrecieron trabajo y pues, me acomodé a trabajar, me quedé y me gustó. Ya después me casé y aquí me quedé. Y a mí siempre mi mamá me mandó a trabajar fuera, porque ella decía que necesitaba dinero. Ahora con los años digo “*porque nada más me mandó a mí, por qué no mandó a mis hermanos también*”, pero bueno, digo yo, a lo mejor en mí vio facultades de salir adelante y por eso me tiraba al ruedo. Y no me pesa, salí adelante, conocí a un buen hombre, tengo muy buenos hijos, tengo muy buenos nietos y vivo feliz.

En ese entonces no me asuste, no había tanto *refugio*, Tijuana era tranquila, a pesar de que llegué a vivir a la calle décima, estaba céntrica para ir a la Revolución y todo. Y no había tanto *refugio* ni tanto bullicio

como ahora. Aunque el centro para mí era ir a conocer, estar ahí, pero la vida da vueltas y al año de estar yo aquí, antes del año ya vivía con otra compañera. Veníamos varias amigas, con el tiempo nos separamos. Yo duré con quienes nos recibieron unos meses, ya luego me cambié, hice mi vida aparte con una de las muchachas con la que veníamos. Nos cambiamos y rentamos un departamento. Tres se devolvieron para el pueblo después de un accidente. Una se casó y con la persona con la que nos venimos, no sé qué paso con ella, ya no volví a saber de ella nunca.

Imagen 2



Fuente. María Trinidad Nolasco Mesa, Tijuana, Baja California, 1966. (Colección familiar)

Yo me viene a vivir a la zona de La Mesa. En puro enfrente de la compañía de gas. Yo rentaba una casa y ya me sentía con más libertad que con las personas que había llegado. No quería libertinaje, solo quería más libertad, conocer más, depender de mí misma, no depender de otras personas y así lo hice y así me cambié de casa. Luego vino mi hermano y se quedó conmigo. Así fue como me fui quedando en Tijuana, mis planes eran regresar, pero conocí a una persona a los 5 meses de haber llegado a Tijuana, conocí a una persona y me casé con él. Conocí a mi esposo en

un baile. Y seguimos viviendo después de que nos casamos en esa casa en donde yo rentaba y de ahí nos cambiamos a otra casa por los Altos; y en los Altos adquirimos este terreno, donde actualmente vivimos.

Yo había estudiado una carrera en mi pueblo. Estudié auxiliar de contador y taquimecanografía, yo ya venía con estudios. Nada más que a mí la costura siempre me gustó y la empresa a la que llegué a trabajar era de costura, era una fábrica de *brasieres*, era un principio para empezar, para llegar a lo que yo quería que era la costura. Poco a poco fui progresando hasta que me quedé de costurera. Mi trabajo me gustaba, después me salí y me encontré trabajo en otra empresa cerca de donde vivía.

No sé cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado en Ruiz. Pero yo adoro mi pueblo, cada vez que puedo voy, pero me regreso porque aquí hice mi vida y aquí están mis hijos, aquí está toda mi familia. Además, en el pueblo no había manera de salir adelante, nada más trabajar de empleada en las tiendas del mercado, en las tiendas de abarrotes. Yo me acomodé bien ahí en el pueblo, trabajaba en el agua potable, pero no era un buen trabajo.

Primero emigré a ciudad de México, pero me regresé porque no me gustó el ambiente. Afortunadamente llegué y al tercer día me acomodé a trabajar en las oficinas del gobierno, en la Secretaría de Agricultura y Ganadería, ahí estuve 8 meses, porque Dios me ha tenido muy afortunada. Pero a mí la familia me jalaba, yo no quería estar lejos de mi familia y me devolví a los 8 meses a pesar de que tenía buen trabajo. No me interesó, yo prefería estar con mi familia, me regresé a mi pueblo y luego me acomodé a trabajar en un negocio de agua potable y pues también me iba muy bien en mi trabajo, pero después mi abuelita me invitó a Sonora. El mismo día que llegué a Sonora me invitaron a trabajar, entonces ahí me quedé otros años trabajando, de ahí me regresé porque mi mamá me dijo “*ya vente, ya que estas haciendo allá*” y me regresé a Nayarit y ahí estuve unos meses y me vine a Tijuana.

Imagen 3



Fuente. María Trinidad Nolasco Mesa con sus hijos Edgar Noé González Nolasco, Rosa Elena González Nolasco y Juan Alberto González Nolasco, Tijuana, Baja California 1977. (Colección familiar)

Tijuana te abre los brazos. A mí me abrió los brazos, porque yo llegué hoy y mañana ya estaba trabajando, no padecí como otras personas que no se pueden acomodar, que no encuentran y que no traen o que ya se les acabó su economía y no han encontrado trabajo. Antes no era así, antes donde quiera se acomodaba a trabajar uno, ahora sí hay más dificultad para encontrar trabajo. La paga no es igual tampoco, porque antes se pagaba bien porque todos los trabajos venían de Estados Unidos y ahora ya no.

Pero yo creo que cada uno debe buscar su porvenir, cada uno tiene sus expectativas de vida. A lo mejor si yo te digo a ti *“no te vayas, quédate aquí, aquí hay mucho trabajo, puedes salir a delante”* pero tus aspiraciones son otras y tú ves que puedes salir adelante, échale ganas. Si te tienes que salir de tu casa, aunque sepas bien que aquí hay cariño, que aquí hay amor familiar, pero si tú ves que lo que tu necesitas es libertad, adelante.

Decidir venir a Tijuana para mí fue fácil porque yo había estado en ciudad de México y allá no me fue difícil conseguir trabajo porque Dios me puso todo en charola de plata. Yo tenía familia en México, mi tío y mi primo trabajan en empresa de gobierno, ahí me abrieron las puertas.

Yo llegué en charola de plata. Aquí en Tijuana me pasó igual, nosotros llegamos un sábado y el lunes ya tenía trabajo. En ciudad Obregón también viví un tiempo con mi abuelita que me invitó a pasear y al llegar un señor que iba a la casa me pregunto “¿*Muchacha no quieres trabajar?*” Le dije que sí, aunque yo no iba a trabajar, y me dieron trabajo de cajera en una tienda de ropa.

Entonces yo me siento muy bendecida por Dios porque nunca, en los lugares que he estado, le he padecido. Cuando a mí me mandaron a trabajar a Tijuana a mí me tenían una carta para trabajar al otro lado, la cual mi hijo aprovechó después. Esa carta la compró mi Tío Santos, era una carta de trabajo que sacaban en los Estados Unidos para que tú entraras y no tuvieras problemas para trabajar. Él me la compro, pero yo nunca la vi, porque me casé rápido. Pero la intención era que yo me fuera a trabajar al otro lado, pero a mí no me llamó la atención trabajar al otro lado. Incluso en la fábrica donde yo trabajé, el señor “Sanz” me decía que si yo quería ir a Los Ángeles tenía la puerta abierta para trabajar en su empresa, pero como yo ya estaba casada, yo ya no. Incluso me dijeron: “*Quieres llevarte a tu familia, nos vamos, pero vamos para que trabajes en mi empresa*”. Pero mi esposo era maestro de gobierno y no quiso dejar su plaza. Y no me arrepiento, estoy bien.

De alguna manera me siento migrante, porque no estoy en mi pueblo natal, estoy en un lugar fuera de él, pero a esta altura ya me siento tijuanense, desde 1970 a la fecha, ya soy más de acá que de allá.

Imagen 4

Fuente. Juan González Castro y María Trinidad Nolasco Mesa, Tijuana, Baja California, 2021. (Colección familiar)

Sobre la caravana de migrantes, me da tristeza porque ya no hay trabajos como antes. Antes como quiera uno se acomodaba en una fábrica, pero ahora ya no es así, ahora andan los pobres batallando para conseguir un trabajo y creo que todos tenemos la misma necesidad de trabajar. Yo nunca me he sentido migrante porque yo cuando llegué tenía un trabajo seguro. Y sobre las agresiones que han recibido, pienso que estamos mal, porque ellos también tienen necesidad como todos los que hemos llegado aquí a Tijuana.

Testimonio 3

Testimonio. María Yecenia Gardea Lechuga, originaria de Durango, Durango. Nació el 26 de noviembre de 1970, y llegó a Tijuana con 1 año.

Llegué a Tijuana traída por mis papás. No recuerdo absolutamente nada. Sé que llegamos en camión, toda la familia, mis padres y 11 hermanos

buscando una mejor calidad de vida. Sé que mis hermanos mayores habían intentado cruzar a Estados Unidos, pero mis padres venían a residir a Tijuana. Nos alojaron a todos con una hermana de mi papá, ahí vivimos 6 meses aproximadamente. Y todos, con excepción de un hermano que ya falleció, echamos raíces aquí en Tijuana. Pero éramos una familia grande. Me cuentan que mi tía puso cara de susto porque llegamos 13 a una familia donde habitaban 7 u 8 personas.

Imagen 5



Fuente. Manuel de Jesús, Armando, Cornelio, María Guadalupe Lechuga Reséndiz (sin rostro), María Leticia, Juan José, Angélica Guadalupe, Arturo, María Sandra, María Gloria, Olga Alicia y María Yecenia Gardea Lechuga, Tijuana, Baja California, 1971. (Colección familiar).

Estuvimos en casa de mi tía seis meses aproximadamente. Después mi papá empezó a trabajar y a juntar dinero para construir una casa para nosotros. Luego nuestra casa se convirtió en un brincolín para cruzar la frontera. Bastante familia así lo hizo, siempre teníamos gente de allá de donde éramos, algunos se fueron a Estados Unidos y otros regresaron a Durango, pero la mayoría se fue a Estados Unidos. Y aunque en mi familia todos tuvimos pasaporte, mi padre nos enseñó a buscar aquí, primero aquí.

Tengo recuerdos muy vagos de cuando tenía 4 o 5 años, recuerdo que mi mamá ponía unos bloques, leña y ahí cocinaba. Era todo de tierra y el techo era de lámina. Todo estaba muy precario. Mi papá trabajaba en lo que se podía. Me cuentan que trabajó hasta de velador y ayudó en una refaccionaria. Después, en un terreno que estaba vacío al lado de nuestra casa comenzó a reparar autos, hacer cambios de aceite y esas cosas. También mis hermanos mayores trabajaban en donde pudieron acomodarse. El más grande vendía fruta y le pagaban poco, pero le daban la fruta que no se vendía; otro de mis hermanos trabajó en una panadería, después se fue a Estados Unidos donde trabajó en una plomería y ahí sí ganaba muy bien y nos ayudaba. Todos los demás estudiábamos. Recuerdo que en la calle juntábamos piedra para empezar a construir la casa, porque no se construyó con un albañil. Mi papá empezó a construir junto con mis hermanos mayores nuestra casa en la colonia Valle del Rubí. Los pequeños juntábamos piedra, ayudábamos a pasar un ladrillo, bloque, lo que fuera. Para las piedras acarreábamos en cubetas.

Esa casa que construyó mi papá, con el tiempo, se la compramos mi esposo y yo. Luego de que falleció llegamos a habitarla y la remodelamos. En ese momento nos encontramos que mi papá había usado hasta cables de bocinas para la electricidad. Fuimos felices y vivimos como mi papá lo pudo hacer, pero no había dinero.

Fui a la primaria, en la colonia Vivienda [Popular], a la secundaria en la colonia Obrera, y fui muy buena estudiante. Siempre sacaba buenas calificaciones y estuve en el cuadro de honor toda la primaria y secundaria. Después hice la prepa en la Lázaro Cárdenas, me capacité como auxiliar contable.

Imagen 6

Fuente. Olga Alicia, María Yecenia, María Sandra, Angélica Guadalupe, María Leticia, María Guadalupe y María Gloria, Tijuana, Baja California, 1976. (Colección familiar)

Para mi familia era difícil la situación. Mi papá fue un hombre muy trabajador, pero éramos mucha familia y con todos los que llegaban a la casa para cruzar a Estados Unidos se la veía difícil. Recuerdo que todos los días iba a la tortillería y se compraban 8 kilos. Comíamos frijoles. También se comía otro tipo de alimento, como carne, pollo, pero no era muy frecuente. Aquí no había campo, o mi mamá no se podía dedicar a la crianza de gallinas como en Durango.

Recuerdo que tanto en la primaria como en la secundaria se me dificultaba para los uniformes y para el calzado. Y teníamos que ayudar en casa todo el tiempo porque se iba construyendo poco a poco. Yo recuerdo que de niña salía a la calle, que aún estaba empedrada, a recolectar piedra para la construcción de esta casa. Se nos hizo un poco complicado. En la preparatoria, de hecho, yo no quería asistir a esa preparatoria porque yo pensaba “no voy a tener para el transporte” -tomaba dos taxis- “no voy a tener para el transporte”; Y yo pensaba que ahí había gente que tenía dinero. Había una preparatoria cerca de mi casa y yo dije “ahí me voy a meter”, pero uno de mis maestros me animó y me dijo “definitivamente

usted, Yecenia, es para que se vaya a la preparatoria y voy a hablar con sus papás para que le den el apoyo”. Y recuerdo que fue difícil; entraba a las 7 de la mañana, y me iba en camión porque no tenía para el taxi.

A la universidad ya no fui. Quise entrar, pero el día del examen no me pude levantar porque tengo escoliosis. Tal vez por los nervios, pero ya no lo volví a intentar. Hay un nivel académico muy bajo en la familia. Sólo una hermana fue a la universidad y se graduó de contadora.

Imagen 7.



Fuente. María Yecenia Gardea Lechuga, Computec, Tijuana, Baja California, 1991. (Colección familiar)

A Durango regresé solo una vez hace 30 años. Una prima que también se vino a Tijuana conoció aquí a un muchacho, también de Durango, y se fueron a casar allá. Yo fui a la boda, pero me regresé pronto porque yo ya estaba dando clases en un kínder y tenía que trabajar. Pero no siento ningún tipo de arraigo a Durango. Mi mamá todo el tiempo decía que extrañaba toda la vida de allá. Nosotros le decíamos “*entonces ¿para qué te viniste para acá?, ¿qué hacemos aquí?*” Y ella decía que para que mejoráramos nosotros y para tener una mejor educación, mejor calidad de vida y seguir adelante. Yo ni siquiera he pensado en cómo hubiera sido mi vida allá.

Un tiempo viví, ya con mi esposo y mis tres hijos, en Estados Unidos; 5 años aproximadamente. Tuvimos una situación incómoda aquí y nos tuvimos que ir de la noche a la mañana, por eso nos fuimos. Regresé, pero me gustó mucho vivir en Estados Unidos. Tenía más tiempo para

mí, yo no sé si allá se vive más lento. Tiene mucho que ver el que yo no trabajara, nada más trabajaba mi esposo. Yo tenía mucho tiempo para atender completamente a mis hijos y darme un poco de tiempo para mí. Pero teníamos que regresar. Estaba difícil que mi esposo trabajara en México y pagáramos renta en Estados Unidos, los costos son muy elevados y la situación que vivimos se terminó, así que nos pudimos regresar.

Independientemente de haber nacido en Durango y de que me guste más en Estados Unidos, me siento tijuanense. Mi esposo sí nació en Tijuana y lo bromeo y le digo que no me gusta aquí, pero en realidad sí soy, me siento tijuanense. Aquí estudié, formé a mi familia. Y aunque mis hijos nacieron en Estados Unidos, para darles una mejor calidad de vida, pues aquí formé mi familia completa, estoy totalmente acostumbrada a la cultura de Tijuana. Me gusta mucho de qué manera acogemos a la gente que viene aquí, así como nos acogieron a nosotros cuando vinimos de Durango. Nos sentíamos como en casa. Y no precisamente por la familia, sino en general por la gente. Es solidaria, es hospitalaria, así lo siento.

Aquí en Tijuana somos una gran mezcla; y yo me incluyo porque tampoco nací aquí, pero hacemos una gran mezcla y creo que esa cultura está muy arraigada aquí en Tijuana, y me gusta. Entre los valores que he fomentado en mi familia es la hospitalidad, el ser solidario, el apoyo. Aquí es su casa, aquí todos son bienvenidos, quien quiera venir se le da lo que tenemos. Para todos igual.

No me siento migrante, pues yo no sabía lo que pasaba, pero mis padres sí lograron su objetivo. De Durango nos vinimos porque allá no había empleo, estaba muy difícil. Y aquí tuvieron empleo, fuimos a la escuela, y es algo que yo valoro. Y ellos se dieron cuenta que valió la pena todo el esfuerzo y sacrificio. Por eso, yo lo que quiero que sepan mis hijos es que la unión hace la fuerza. El amor de la familia, valorar nuestra casa que se hizo con el amor y el esfuerzo de toda la familia. Quiero que valoren, porque aprendemos a valorar más las cosas porque nosotros solos lo fuimos haciendo.

Mi padre poco a poco fue mejorando, ya con casa empezó a tener su taller mecánico, que eran solo unas pocas herramientas, hacía cambio de aceite y poco a poco también nosotros aprendimos y ayudábamos. Eso lo valoramos mucho, lo aprendimos y que bueno dejar ese pequeño legado

a nuestros hijos. Es difícil, pero siempre se logra lo que se quiere siempre y cuando le echemos los kilos, las ganas y ser honestos y trabajadores.

La caravana migrante me parece algo peligroso, sobre todo para los niños o las personas mayores, incluso las mujeres embarazadas, pero también entiendo su desesperación por las situaciones que ellos están pasando en sus países. Los entiendo y sí me gustaría que se les dé el apoyo, sin dejar de ofrecer el apoyo local primero. Yo conozco gente de la caravana, nicaragüenses. Actualmente les estamos rentando por una módica cantidad una casa, pero, aunque les estamos rentando los ayudamos con comida porque son una pareja que tienen tres niñas.

Pero la situación ahora en Tijuana es muy diferente. Ahora ha crecido inmensamente la ciudad y antes, cuando llegamos nosotros, pienso que como cualquier familia decimos “pues si cabemos otros poquitos” y así nos vamos juntando, ¿no? Pero no llegamos en caravana, aunque parecíamos porque éramos 13, no llegamos en caravanas. Teníamos aquí a donde llegar, aunque sea familiar. Y las personas o las caravanas no tienen a donde llegar.

Y en cuanto a las agresiones, no estoy de acuerdo. El hecho o motivo que los haya orillado a integrar estas caravanas e ingresar a la ciudad no es motivo para que los agredan. En ningún momento. Hay que hablar, hay que decirles las reglas, las leyes, las normas que existen aquí, pero no a golpes ni abuso. No hay motivo para que se les agreda de ninguna manera, y estoy hablando de cualquier gente, raza, de cualquier origen que se acerca a tu ciudad, a tu país, no tienen por qué agredirlos.

Testimonio 4

Testimonio. Fermín Rodríguez Pagua, originario de Uruapan, Michoacán. Nació el 28 de mayo de 1967 y llegó a Tijuana por primera vez siendo infante y la segunda a la edad de 10 años.

Llegué a Tijuana porque me trajeron mis abuelos. Mi papá y mamá trabajaban mucho, pero éramos pobres y mis abuelos me podían mantener mejor. Recuerdo cuando era pequeño, en Michoacán, que acompañaba-

mos a mi madre al río a lavar ropa y nosotros jugábamos en una alberca de agua natural que nacía ahí. Nos enseñaron a nadar en ese lugar, ahí comíamos de los árboles de las frutas, para mí fue una etapa bonita.

La primera vez que vine a Tijuana fui a la escuela, al kínder, después regresé a Michoacán e hice la primaria. Al salir de 6to. nos subieron a un autobús a mí y a mi hermana Rosy. Nos encargaron con el chofer del autobús, sólo le dijeron “*se los encargo*”. Ella y yo veníamos llore y llore por el camino. Cuando llegamos ya nos estaba esperando mi abuelo, mi mamá y mi papá se quedaron en Michoacán. Recuerdo la comida de mi abuela, frijoles refritos con tortillas de harina y huevo. Ella hacía la tortilla de harina a mano y era otra cosa. En ese tiempo, cuando estaba ahí, me sentía muy bien, me trataban muy bien y era feliz, esa la palabra exacta, feliz.

Aquí mi abuelo y mi tío hacían marcos para mandar a Estados Unidos. Después mis tíos se fueron al otro lado, a Estados Unidos, y yo me quedé nada más con mis abuelos, viviendo donde siempre: en la colonia Obrera. Recuerdo que mi abuelo hacía de todo. Una vez me llevó con unos amigos para que nos enseñara a hacer piñatas, y empezamos a hacer piñatas. Pero mi abuelo hacía de todo, desde poner un techo hasta vender y comprar carros. Nunca nos faltó nada, tenía su carro, vivíamos bien; no éramos ricos, pero vivíamos muy bien.

A mi hermana, que es dos años más grande que yo, se la llevaron a Estados Unidos, pero no le gustó y se regresó a Tijuana, estuvo unos meses y regresó a Michoacán. Una tía que vivió con nosotros en Michoacán también se fue a Estados Unidos, pero ella ya no regresó a México. Allá hizo su vida, ya es ciudadana americana.

Imagen 8.

Fuente. Fermín Rodríguez Pagua, Tijuana, Baja California, 1977. (colección familiar)

La vida es muy diferente aquí en Tijuana en comparación con Michoacán, allá mi mamá nos llevaba al río a lavar y a bañarnos, y acá en Tijuana uno se bañaba en su bañito, aquí no había río. Además, allá no teníamos carro y aquí mi abuelo sí tenía. Estaba mejor aquí, en la frontera, por eso me trajeron para que acá creciéramos y nuestra calidad de vida fuera diferente a la de Michoacán.

Aquí fui a la secundaria, pero no la terminé, no me gustó la escuela. Yo ya había trabajado y ganado dinero. Pero Tijuana da oportunidades de aprender algo y así fui yo, aprendí un oficio, porque profesión no es, y me he mantenido toda la vida trabajando en eso.

Viví en Estados Unidos en dos etapas, he ido más veces, pero de manera prologada he estado dos veces. La primera vez estuve allá 3 o 4 años, cuando tenía 14 o 15 años de edad. Me llevaron mis tíos y me pusieron a trabajar en una fábrica y al mismo tiempo me mandaban a la “*High School*”, pero me mandaban a que aprendiera inglés. Pero por la edad que tenía no tenía buenas amistades; estaba en un país donde no crecí y con la malas influencias, uno no hace cosas buenas, así que

me regresé. A esa edad ya teníamos carro, mi amigo desde la infancia y yo, y junto con otros amigos nos perdíamos durante horas lavándolo los sábados para ir a la revolución en la noche, eran momentos muy, muy fantásticos.

La segunda vez que fui, ya tenía 27 o 28 años, y duré también 4 años. A esa edad yo ya tenía la profesión de mecánico, entonces llegué a Estados Unidos y empecé a trabajar de eso; la gente que me conocía -mis tíos- me presentaron a otra gente y así estuve trabajando. Volví porque tenía ganas de regresar a Tijuana. Estaba a gusto en Estados Unidos, tenía comodidades y todo, pero mi corazón y la nostalgia de venir a Tijuana era grande. No medí las consecuencias de que no pudiera volver a pasar, entonces me vine y cuando intenté cruzar otra vez ya no pude porque no tenía visa. Siempre había cruzado fácil, era fácil cruzar en ese entonces, la frontera no era tan difícil como es ahorita; ahorita es casi imposible pasar. La primera vez que crucé no había ni cerco, no había nada, no había barreras. Decidías ir a San Diego y te ibas de la noche a la mañana.

Siento nostalgia de pensar en Michoacán, puede llamarse apego, de pensar en el tiempo que viví allá, pero me siento tijuanense al 100 %, aunque no haya nacido aquí yo amo Tijuana, es la palabra exacta, yo amo Tijuana, no me iría.

Para sentir arraigo es necesario el tiempo, porque de un año a lo mejor no se puede enamorar de Tijuana, no se pueden quedar, como yo que siento amor por Tijuana por toda mi vida, toda mi experiencia, todo lo que tengo, todo lo que soy, porque Tijuana me lo ha dado, pero es diferente para la gente que va llegando es difícil. Las experiencias y el tiempo que vives en Tijuana es lo que te hace sentirte tijuanense.

Aunque yo toda la vida me he sentido tijuanense, desde que me acuerdo, porque cuando regresé a Michoacán después de estar aquí en el kínder yo allá les platicaba a todos que yo era de Tijuana. Ya me sentía tijuanense y vivía en Michoacán, y no soy nacido aquí. Yo pienso que soy local, que no soy extranjero, y yo veo como extranjeros a todos lo que no son de aquí.

Me ha pasado por la mente irme de Tijuana, pero no soltar las raíces que tengo aquí, no irme completamente porque no creo irme completamente de Tijuana nunca. Y creo que esta es una ciudad que trata bien a la

gente que viene, por eso llegan y aunque no todos se quedan, la mayoría sí quiere quedarse. La gente es solidaria, te acoge.

Sobre las caravanas de inmigrantes, creo que viene gente buena y también viene gente mala. Conozco la vida de la gente migrante en dos versiones porque en mi punto de vista hay gente que es buena y trabajadora, como los haitianos. Ellos son muy trabajadores, educados, no te preocupas por ellos como sí ocurre con otros inmigrantes que vienen a hacer maldades. Yo platico siempre con migrantes porque todos los días ando en la calle y todos los días me los encuentro.

Testimonio 5

Testimonio. José de Jesús García Orozco, originario de Jalostotitlán, Jalisco. Nació el 16 de diciembre de 1960 y llegó a Tijuana a los 9 años de edad.

Llegué a Tijuana con mi mamá. Nos trajo un tío que se fue a San Diego. Mi papá y mi mamá tenían el propósito de, mi papá más que nada, de brincarle a Estados Unidos. Pero aquí nos asentamos, aquí nos quedamos. Aquí estaba mi abuela, por parte de mi papá. Cuando llegamos vivíamos en la calle Ermita, hasta arriba, que comúnmente se conoce como La Coyotera.

Veníamos de Ciudad de México, nos vinimos cuando pasó el problema de 1968, de Tlatelolco, donde pasó todo eso de las golpizas, de las matanzas, del presidente Díaz Ordaz. Obviamente estábamos chiquillos y pues yo no pensaba, los adultos te traen. Nos vinimos con mi tío en su camionetita. Una camionetita Chevrolet 68. Viajamos 3-4 días.

Imagen 9.

Fuente. José de Jesús García Orozco con su hermano César en un festival de la escuela primaria Leona Vicario, Tijuana, Baja California, 1971. (Colección familiar)

Yo no sentía ninguna expectativa porque estaba chiquillo. El cambio de allá para acá sí fue muy duro. Simplemente, con el modito de hablar de uno, el que traíamos de allá, aquí no era muy bien recibido. Y, pues, eran pleitos, desde chiquillos; viene una persona del interior y te dicen “*Ey, tú eres chilanguito*”, y ya con eso ya lo etiquetan, y eso era ya un problema para integrarte aquí a Tijuana.

Claro, estaba emocionadito porque pues, la verdad, de las condiciones económicas en que estábamos allá, a cuando llegamos aquí, al poco nos fue mucho mejor en todos los aspectos, en todos. Desde, obviamente, alimentación, calzado, todo eso. Y aquí teníamos el apoyo de mis tíos, que todos nos echaban la mano. O sea, todos nos apoyaban, bendito sea dios. Yo aquí, Tijuana, estoy muy agradecido, yo soy de Tijuana. Nací allá, pero me siento de aquí.

En aquel entonces, bendito sea dios, cuando llegamos aquí a Tijuana mi papá ya tenía trabajo. Mis tíos estaban acomodaditos, ya bien enro-

laditos aquí en Tijuana. En ese aspecto no batallamos. Llegamos y a la escuela; mi abuela nos hizo casa ahí en su terreno como por 1976, lo que es el Cerro Colorado, Cañón la Raza III. Y aquí nos instalamos. Allá en México y en chilangolandia y en Jalostotitlán sí estuvo bien duro. Allá sí estaba bien bravo; pero aquí, yo no puedo decir nada malo de Tijuana porque me siento de aquí.

De mis hermanos, mi hermana la más pequeña, mi hermano Pedro, mi hermano César y mi hermano Cuco todos emigraron a Estados Unidos. Pero mis raíces, todo lo que he hecho, todo, lo mucho o poco está aquí en Tijuana, más específico en el Cerro Colorado, en el cañón la Raza III. Es donde están todas mis raíces, mis hijos, mis nietos.

Para sentir arraigo por la ciudad se necesita ser una persona trabajadora, y querer a la ciudad. Que te reciba bien, que, en mi caso Tijuana me recibió con los brazos abiertos. Como les digo a mis hijos, ellos nacieron, en otro tipo de movimiento, pero donde yo nací, de donde yo vengo, está bien duro. Y cuando llegué aquí a Tijuana se abrió un abanico de vivir un poquito mejor. Aquí ya es algo tuyo. ¡Aquí soy feliz! A veces voy a mi rancho, sí, me voy quince días, allá me estoy, pero yo me regreso a mi tijuanita.

Sobre la caravana de migrantes, el movimiento está bien, no lo pueden parar, nadie lo puede parar. Pero que los gobiernos se pusieran las pilas y se dejen de hacerle a la politiquería e hicieran las cosas como debe ser. O sea, puedes darle un papel a las personas para que entren legalmente a tu país, sin necesidad de que se exponga con el pollero a que lo jodan. O sea, si tú le das pasaporte para que pase libremente, que caminen a gusto, así los polleros ya no tienen manera de joderse a la gente.

No me siento identificado con ellos porque mi estatus, cuando yo llegué, era muy diferente. Yo vengo de Guadalajara a Tijuana, soy mexicano. Y ellos no. Ellos vienen de Honduras, Nicaragua, Salvador, todas esas partes, no es igual. No me puedo poner en los zapatos de ellos porque ellos caminaron más y con más problemas, yo no tuve problemas para venir para acá, no tengo problemas para regresar a donde soy.

Capítulo 3

**1980, consolidación como lugar de destino
y desarrollo**

La década de 1980 en México registró una de las peores crisis económicas del país y el colapso del Milagro Mexicano (1940-1970). La caída de los precios del petróleo, la devaluación del peso en un 70%, la nacionalización de la banca y una inflación de casi el 100% (Aguilar & Meyer, 2000, pp. 259-260) puso al país contra las cuerdas y a la población en una incertidumbre nunca antes vista. Al finalizar esta década, Baja California ocupaba el segundo lugar como estado receptor de inmigrantes nacionales del país (Barajas y Wells, 1993, p. 89).

En contraste, durante esta misma década, Tijuana registró “la mayor bonanza económica de su historia” y su tasa de desempleo llegó a ser sólo del 1% (Zenteno, 1995, p. 124). Sin embargo, dicha bonanza no llegó sola. Las ciudades fronterizas en el norte de México, tradicionalmente menos ligadas a la economía nacional por sus históricos vínculos comerciales con el sudoeste estadounidense, resintieron la devaluación del peso como no había ocurrido antes.

La diferencia entre las fuentes de ingreso fijo y variable que obtenían sus habitantes evidenció quiénes contaban con la condición de doble nacionalidad, permiso de trabajo temporal o visa de turista para trabajar estacionalmente en los Estados Unidos, y quiénes dependían de ofrecer su fuerza de trabajo en bienes y servicios dirigidos hacia el turismo estadounidense, como trabajadores de empresas comerciales para los tijuanaenses, empleados públicos en el gobierno municipal o desplegando diferentes oficios mediante los cuales eran remunerados en pesos. Pese a estas diferencias, la solución llegó también acompañada por el decreto e implementación del Plan de Salvación para la Frontera Norte (1980) por el gobierno federal durante la presidencia de José López Portillo (1976-1982), que consistió en mejorar la calidad de vida de las localidades fronterizas, por lo cual se autorizaron dólares preferenciales a los comerciantes locales para la compra de bienes de consumo básicos y semi-básicos adquiridos en Estados Unidos (Tamayo, 1983, p. 162).

La posibilidad de cruzar a Estados Unidos seguía siendo una opción para quienes llegaban a la ciudad, sin embargo, el control fronterizo y la posibilidad de encontrar trabajo logró persuadir a muchos para dejar de intentar cruzar la frontera. Como señalan Francisco Javier Ayvar y Enrique Armas, durante la década de 1980, la migración de mexicanos a Estados

Unidos encontró factores de expulsión y motivaciones que iban más allá de la pura necesidad económica, incluyendo factores como la reunificación familiar y el deseo de ir a trabajar al norte (Ayvar & Armas, 2014, p. 84). En cambio, del otro lado de la frontera desde la década de 1960 la narrativa respecto a la inmigración, específicamente de mexicanos, comenzó a ser especialmente negativa. La revisión de las publicaciones periódicas en Estados Unidos señala la cobertura negativa de este flujo de población al que se le asoció con la ilegalidad (Chávez, 2001). Esto dio como resultado un crecimiento importante de los recursos destinados a vigilar la frontera con México, lo que reducía las posibilidades de cruzar de manera indocumentada.

En esta década, el lindero fronterizo Tijuana-San Diego era sobrevolado por un helicóptero, folclóricamente llamado por los habitantes de la ciudad como “el mosco”. Según los datos estadísticos analizados por Massey, Durand y Malone, a inicios de la década de 1980, en promedio, los migrantes podían cruzar sin ser detectados, más o menos luego de dos o tres intentos (Massey, Durand & Malone, 2009, p. 67). Sin embargo, para algunos de los mexicanos que buscaban cruzar hacia los Estados Unidos, intentarlo de manera infructuosa un par de veces era suficiente para que permanecieran en la ciudad.

El crecimiento demográfico en Tijuana fue sostenido durante el último tercio del siglo XX. Según los datos del INEGI (1997), el número de inmigrantes nacionales contabilizados en la localidad pasaron de representar el 39.7% en 1970 a 49.9% en 1992 con respecto al total de la población. Este fenómeno social ejerció presión sobre el territorio propiciando la creación de colonias populares más allá de la Zona Centro de la ciudad. El poblamiento de los nuevos espacios está vinculado con la recepción de inmigrantes que buscaban cruzar a Estados Unidos. Tal fue el caso de la colonia Francisco Villa, que hacia 1980 era una colonia formalmente establecida, pero, como señala Rodolfo Stavenhagen, sus habitantes vivían en condición de pobreza y con carestía de servicios públicos básicos; junto a la Ruiz Cortines, eran lugares que absorbían el principal flujo de inmigrantes provenientes del centro del país (Stavenhagen, 2014).

Además, la oferta educativa universitaria, que contrasta con otras entidades federativas había apenas iniciado a partir de 1957 en Mexicali, una opción de movilidad social para los jóvenes bajacalifornianos y de

otros estados que ingresaron en las primeras facultades de la Universidad Autónoma de Baja California, campus Tijuana. Este proceso de cambio institucional atraería a un nuevo tipo de inmigrantes: jóvenes universitarios que compartían el aula con descendientes de otras oleadas migratorias previas, ligadas aún con procesos que parecían concluidos como el Programa Bracero que continuaba dejando huella en la ciudad.

Testimonio 6

Testimonio. Francisco Arzave Martínez, originario de Torreón, Coahuila, México. Nació el 28 de agosto de 1961 y llegó a Tijuana a los 23 años.

Mi vida en Torreón era la vida de un joven de escasos recursos, empleado general. Había dejado la escuela, había trabajado de varias cosas, no era muy estable. Pero me casé muy joven, a los 18-19 años y mi familia, que estaba en San Diego, California, me insistieron en que viniera. Yo lo pensé sabiendo que en Torreón no tenía ningún futuro, así que decidí probar suerte y por eso me vine para acá.

Viajé solo en primera instancia y después me alcanzó mi esposa. Llegué a Tijuana por ser el lugar donde vivía mi madre y parte de mis hermanos, unos tíos, hermanos de mi mamá y porque aquí era la ciudad donde mi mamá se vino primero para trabajar y después poco a poco nos fue trayendo. Tijuana prometía ser una ciudad para hacer una vida diferente y donde se podían hacer cosas que en Torreón no estábamos logrando.

La intención era mejorar, siempre nos movió el hecho de mejorar, de tratar de tener un mejor trabajo, encontrar nuevas alternativas de mejorar la vida. Primero quería cruzar a Estados Unidos porque parte de mi familia vivía allá, se habían cruzado y había otra parte que todavía no. Queríamos cruzar, pero pues la situación no fue tan sencilla como pensamos y con el paso del tiempo después de varios intentos decidimos quedarnos aquí en la ciudad, empezamos a trabajar, a estudiar en la noche y poco a poco nos fuimos quedando y ya tenemos casi cuarenta años. Al momento de

llegar nos ayudó una tía. Ella nos abrió su casa, nos quedamos ahí un par de meses mientras conseguíamos trabajo hasta que ya pudimos valernos por nosotros mismos y rentamos un departamento.

Cuando decidimos venir a Tijuana sentí emoción y algo de ansiedad y miedo por lo desconocido. Una ciudad desconocida totalmente diferente a la ciudad de donde yo vengo; y un poquito desilusionado porque no era la ciudad que yo pensaba que era. Me sentía un poquito asustado por el cambio, yo nunca había salido de Torreón, era mi primera salida como migrante, había viajado a algunas ciudades, pero para vivir con el propósito de residencia no tenía yo la experiencia de lo desconocido; llegar a un lugar donde no conoces a nadie, donde tienes que empezar de nuevo, tienes que buscar trabajo, tienes que pedalearle, volver a empezar, eso sí desconcierta a cualquiera y da un poco de miedo, pero al final logramos establecernos. La decepción fue que yo no esperaba que Tijuana fuera tan fea, sobre todo en el tiempo que llegamos era una ciudad descuidada, sin pavimento, en la colonia donde yo vivía, la Francisco Villa, las calles eran de lodo, de tierra, llovía mucho desde noviembre hasta marzo y oscurecía a las cinco de la tarde, cosa que yo no experimentaba en Torreón donde el sol sale y el sol se mete casi a la misma hora y aquí no, aquí cambia el horario, entonces eso nos desconcertó. Había muchos cholos en las calles, era la moda o la parte tardía de la moda, y recuerdo que la gente salía a caminar por la calle principal de la Villa, y sobrevolaba mucho el helicóptero de la patrulla fronteriza que alumbraba parte del cerro, se veía desde arriba como alumbraba la cerca fronteriza y como correteaba incluso a algunas personas por el bordo. “El Mosco” le decían al helicóptero y esa era la vida antes de intentar cruzar a Estados Unidos.

Para mí era un espectáculo bajar a pie, porque bajábamos caminando de la Villa al Centro y era todo un espectáculo ver [...] en aquel tiempo no estaba tan reforzada la cerca; la cerca era de alambre de ojo de pollo por donde se podía ver todo para el otro lado y bajando desde la Altamira se alcanzaba a ver claramente la línea fronteriza, la división entre Tijuana y San Ysidro, para mí era muy impresionante ver en días despejados el puente Coronado, ver el mar, el centro de San Diego en días claros. Desde luego para mí era muy impresionante eso, me impresionaba ver la vida fronteriza... ahí entendí lo que es el ser fronterizo porque está muy orientada, muy pendiente, muy influenciada por la cultura americana,

la gente hablaba mucho del ir al otro lado, de lo que iban a hacer al otro lado, de cómo eran las cosas en el otro lado, las compras que iban a hacer. Yo en ese tiempo no tenía pasaporte, lo tuve hasta tiempo después y pues me impresionaba la gran influencia de la cultura americana en la comunidad tijuanense, cuando ya vives aquí no te das cuenta, pero cuando llegas es cuando percibes la gran influencia de los tijuanenses y los gustos en común en comida, ropa, cualquier cosa y estar muy americanizados. Nos desconcertó hasta la leche en galones, los garrafones de agua, toda esa forma de vida fronteriza que nosotros no estábamos acostumbrados; todavía me tocó parte del uso del dólar como moneda, aunque cuando llegamos nosotros justo en 1982-1983 fue la devaluación del peso y todo cambió y se introdujo la moneda nacional y se dejó de usar poco a poco el dólar.

Me impresionó, por ejemplo, la primera vez de presenciar un Halloween, en ese tiempo era una gran fiesta. Recuerdo que nos llevaron a recorrer la Avenida Revolución y era una gran algarabía, como un gran carnaval, la gente disfrazada, cantando, correteándose; desde luego algunos vándalos tirando huevos podridos a la gente y enmascarados. Era una fiesta de darle gusto a los instintos y no solo en la avenida Revolución, que era una zona turística, sino en el resto de la ciudad se sentía una noche de brujas, un Halloween diferente y era algo que tuve que entender y aceptar. Estaba en una ciudad diferente.

Llegué en autobús vía Mazatlán, y primero pasamos por Tecate. Me gustó, era un pueblo pequeño a los lados de la carretera, no había mucho. Me impactó la Rumorosa. Yo conocía la Sierra Madre Occidental pero no esta sierra tan pelona, piedra sobre piedra. Carretera de un sentido, un carril por sentido en la Rumorosa y había todavía los restos de accidentes, carros caídos, camiones, tráileres [...] eso, desde luego, me impactó. Tijuana me impactó. Entrar por donde están los yonkes que ahora sé que son yonkes, antes pensaba que eran deshuesaderos, chatarreros; las casas en los cerros fue lo que más me impactó de la ciudad en el primer día. Llegamos a la central camionera, me acuerdo de que tomamos un autobús azul y blanco que pasó por la Buena Vista, bajó por el Río, y el Río ya me gustó un poco más porque estaba recién hecha la canalización.

Lo más difícil al llegar fue conseguir trabajo porque quieren que

tengas experiencia, quieren que tengas arraigo, que tengas credencial con dirección de aquí, entonces hay que sacar todos los documentos, con dirección de aquí para poder solicitar trabajo, si no tienes esos documentos realmente es muy difícil porque hay que esperar hasta tener tus credenciales y todo eso para que te puedan dar trabajo porque si no, el hecho de que hayas estudiado una maestría en tu ciudad de origen no te da lo que aquí se pide para empezar a trabajar.

Muchos de mis familiares se fueron a Estados Unidos, y aunque mantienen lazos en la colonia Francisco Villa, emigraron y viven en Los Ángeles, California. Yo no me fui y nunca pensé regresar a Torreón. Cuando salí de allá no salí ni derrotado ni nada, pero quería cambiar de vida, cambiar de aires, era muy joven y tenía ganas de probar otras cosas, otras ciudades. Probarme a mí mismo de qué era capaz, entonces nunca sentí nostalgia profunda o fuertes ganas de regresar porque si eso hubiera sido me hubiera regresado. Hemos ido muchas veces, como visitantes a visitar a la familia de mi esposa, que es la que vive allá, y sí regresamos con mucho cariño, es una ciudad a la que queremos, pero como visitantes.

Imagen 10



Fuente: Francisco Arzave, Playas de Tijuana, Tijuana, Baja California, 1982. (Colección familiar)

Ahora me siento tijuanense. Y esa es una situación que, yo creo, no solo me pasa a mí sino a todos los que viven aquí. El que aprende a conocer a la gente, cómo piensa la gente que llega a vivir aquí o la gente que nace aquí, adquiere una identidad secreta porque uno no se da cuenta de lo tijuanense que es hasta que sale a otra parte. Al momento de ir a otras partes o estar en contacto con gente que no conoce la ciudad o que conoce solo el estereotipo, la leyenda negra, las malas noticias que dan en los medios de comunicación, cuando tú escuchas eso y escuchas las injusticias al momento de juzgar a la ciudad te salta lo tijuanense y entonces primero la defiendes y les explicas cuál es la situación, por qué la ciudad es como es. Para sentirse arraigado es importante, primero, que te vaya bien. Nadie puede querer una ciudad donde le va mal, entonces, afortunadamente en Tijuana te va bien, conoces a su gente, conocer la actitud que asume la gente al vivir aquí y, desde luego, con el tiempo vas aprendiendo a amar a esta ciudad.

Tijuana recibe bien a los recién llegados. Yo puedo dar testimonio de eso, aunque cada vez es más difícil, Tijuana siempre termina dándote un espacio, hay que conquistar a la ciudad, pero también hay que brindarte a la ciudad para que ella te acepte, pero finalmente acaba haciéndote un lugar.

Para mejorar la ciudad es necesario cambiar la forma de administrar, creo que los gobiernos son tan temporales que 1) no les da tanto tiempo para planear una buena administración de la ciudad y 2) creo que en Tijuana, salvo algunos casos y salvo alguna gente que llega, nadie tiene claro que hacer, nadie tiene claro si queremos ser una ciudad como San Diego, si queremos ser una ciudad como la ciudad de México o si queremos ser una ciudad como Oaxaca, no sabemos, lo que sí sabemos es que la ciudad tiene su propia identidad pero todavía no alcanzamos a hacer una administración que incluya a todos y que dé abasto. Yo sé que las necesidades y la población flotante y la gente que llega dificulta mucho los planes a mediano y largo plazo, por eso se dedican las autoridades a estar tapando los huecos y cubriendo la emergencia, lo urgente antes que lo necesario y esa inercia ha permitido que la ciudad de rezague terriblemente con respecto a otras ciudades a pesar de ser Baja California un estado pretencioso. Creo que le hace falta ver hacia el centro y sur del

país para ver cómo van avanzando otras ciudades que con menos recurso y con menos condiciones para prosperar lo hacen. Creo que Tijuana se encierra mucho en sí misma.

A mí me parece que haber migrado fue una decisión necesaria, lo hice por necesidad. Yo creo que si le hubiera hecho la lucha a lo mejor me quedo en Torreón, hacer una vida ordinaria, pero aquí, lo que experimente yo y lo veo en la gente que llega aquí, se adquiere una nueva visión de sí mismo, es una tierra de segundas oportunidades, aquí los sueños se hacen realidad si trabajas, aquí puedes volver a empezar y eso me parece que es lo que la gente atrae a la frontera a Tijuana. A mí me gustó eso, me dieron ganas de volver a la escuela, trabajábamos, estudiábamos, poco a poco fui escalando de trabajo, era una ciudad de espacios abiertos, podías agarrar trabajo y luego cambiar, eso era imposible en Torreón, muy difícil. Aquí las fábricas te ofrecían empleo, se peleaban entre las fábricas para contratar a los mejores empleados, muchas oportunidades de trabajo dependiendo de tu talento, de tu experiencia, de tu escolaridad también y eso, eso aprendí de Tijuana, una nueva oportunidad para hacer una nueva vida.

La ayuda de la familia fue muy importante, porque nos abrió su casa mientras nosotros conseguíamos trabajo. Nunca dejamos de buscar trabajo. Y encontramos trabajos malos, antes en todas las tiendas se decía “se solicita empleado”, pero te explotaban y al mes te corrían. A mí me asombraba cómo en muchos lugares, sobre todo en el centro de Tijuana, siempre estaba el letrero de “se solicita empleado” porque atraen a la gente necesitada, la explotan y se van. Entonces sí, es una ciudad que rápidamente, si quieres, te hace un lugar, si quieres te estableces, como en nuestro caso, que a los tres meses ya estábamos trabajando, éramos muy jóvenes y empezamos a hacer la vida en un cuartito, en una vecindad, también ahí en la vida a la vuelta de donde vivíamos y poco a poco fuimos escalando. Nos dieron un crédito de Infonavit y nos dieron nuestro primer departamento independiente propio, con baño propio.

Al principio era una vida de muchas carencias, una vida de muchas carencias, pero no era una vida triste. Éramos jóvenes, teníamos mucha libertad, nos divertíamos, no teníamos hijos, trabajábamos los dos, entonces, aunque era un cuartito con un baño general y nos bañábamos calentando agua con una parrilla de resistencia eléctrica, teníamos una

televisión blanco y negro que vinimos a rescatar de la basura y se apagaba cada cinco minutos y había que prenderla para poder ver algo, pero no era problema porque casi no estábamos en casa porque nos metimos a la escuela y trabajábamos.

Al salir del trabajo, yo pasaba por mi esposa como a las 5 de la tarde, nos íbamos a la escuela, comprábamos tacos de carne asada -compartíamos para hacer estirar el presupuesto- y nos íbamos a la escuela y ya nos bañábamos en la noche calentando agua, si se rompía la resistencia había que apagarla y reparar para acabarnos de bañar ahí mismo. Estábamos muy limitados, pero poco a poco fueron cambiando las cosas. Algo que nos fascinó mucho fue la relativa facilidad para comprar cosas, los sobre ruedas, los *swapmeet*, son conceptos nuevos para nosotros que veníamos de unos mercadillos que se ponían en Torreón donde se vendían cosas americanas a muy alto precio, le decían la fayuca y ahí iba uno a comprar cosas americanas y aquí se encontraban a precios más accesibles de lo que estábamos acostumbrados, eso me impresionó los *swapmeet* y los sobre ruedas. Un tiempo de muchas carencias, de mucho trabajo, pero también de mucha ilusión.

Sobre la caravana de migrantes creo que, primero, refleja las grandes carencias que hay en otras partes del mundo, en México incluso, y esto desde luego obliga a la gente a salir. Nadie deja su pueblo por gusto, que bueno fuera que todos saliéramos de nuestros pueblos por turismo, pero no es así, en general el migrante sale obligado por alguna razón superior que lo empuja. Generalmente es el hambre, el miedo, la desesperación. Mucha gente critica que vengan en caravanas porque antes venían de tres, de a cuatro y los mataban en el camino. Este mecanismo de migrar en caravana es una estrategia para protegerse ellos mismos y venir de una manera mucho más organizada, mucho más protegida, mucho más visible, que es muy importante. Ellos no pretenden ocultarse, al contrario, que se vea que viene, que se vea quienes son para protegerse de quienes quieran hacer mal, cuando viajan uno, dos, tres migrantes solos o solitas, en el caso de las mujeres, tienen muchas posibilidades de no llegar.

Y claro que me siento identificado con ellos porque yo soy migrante, una gran parte de la población es migrante y creo que no podríamos cerrar los ojos a la realidad migrante sin darnos cuentas de que de ahí

venimos, entonces, yo creo que es algo que debemos entender y ayudar. La migración es un derecho, el asunto es bueno, los gobiernos dicen que migres a través de una visa, que migres con permiso, pero la migración no necesita permiso, es lo que hemos visto, la migración se da aún sin permiso.

Testimonio 7

Testimonio. Gloria Ochoa Pérez, originaria de Torreón, Coahuila, México. Nació el 21 de abril de 1962, y llegó a Tijuana a los 21 años.

Llegué sola a Tijuana, pero mi esposo ya estaba aquí. Mi suegra se vino primero y al parecer en Torreón había poco trabajo, entonces mi suegra decía que acá había más trabajo, más oportunidad, entonces decidimos venir.

Primero, un año antes, vinimos de vacaciones y la verdad no nos gustó mucho, así que al año ya estábamos aquí en Tijuana. Yo sin conocer a nadie. Mi suegra tenía medias hermanas, yo no las conocía, entonces, gracias a Dios, una de ellas nos tendió la mano: la tía Irma, ella fue la que nos dio hospedaje unos meses y fue de la manera en que llegamos aquí. Pero la idea era pasarnos al otro lado, irnos al otro lado, porque cuando llegamos aquí mi suegra ya no estaba, estaba en San Diego, entonces dijimos ¿qué hacemos aquí? Vámonos también nosotros. Intentamos pasar, porque antes se pasaba uno por el bordo o por donde pudiera, intentamos pasar, pero pues ya no nos tocaba, ya nos tocaba quedarnos aquí en Tijuana.

El Mosco, así le decían al helicóptero de la migra, pasaba, se veía la luz cuando aluzaba a la gente que se quería pasar para el otro lado y todas las noches oíamos el ruido del helicóptero, era muy impresionante, no me imaginaba cómo era hasta que nos tocó a nosotros que nos correteara y pues no, nos agarraron y fue cuando decidimos ya quedarnos.

No recuerdo algún sentimiento específico de cuando decidimos venir a Tijuana. No pensaba a dónde iba porque yo ni idea tenía de Tijuana, como que no me sonaba en el mapa. Yo vine con mi esposo, estábamos

recién casados, entonces a donde él viniera yo tenía que seguirlo.

Llegué a la ciudad en camión, que son como 36 horas. Pasé por la Rumorosa que era una sola vía, ida y vuelta, entonces era muy peligrosa. Nos vinimos por Durango, el Espinazo del Diablo, la Rumorosa hasta acá.

No me imaginaba cómo era Tijuana así que para mí era todo novedoso. Claro, me sentía asustada al llegar porque no era lo que yo me esperaba, no era mi idea quedarnos aquí, no sé, pura tierra, todo sin pavimentar y muchas cosas, muchas carencias que en Torreón pues no se veían, carencia en el aspecto de las calles sin pavimentar, que se iba el agua, las colonias que suben y bajan cerros, no me gustaba la ciudad.

Imagen 11



Fuente: Gloria Ochoa, Francisco Arzave y Julio Arzave, Playas de Tijuana, Tijuana, Baja California, 1982. (Colección familiar)

La tía Irma me ofreció su casa, su techo, me llegó a prestar. Y ya cuando decidimos cambiarnos me prestó colchas, lo que ella podía porque no teníamos muebles; me prestó unas sillas, me prestó una mesa, pero pues dormíamos en el suelo. Me encontré unos cobertores que había dejado mi suegra en la vecindad donde ella llegó a vivir. Cuando ella se fue y se llevó a los muchachos al otro lado, dejó una tina grande con cuatro cobertores San Marcos, una tele, ropa, fotos que mi suegra se había traído, pero me imagino que se fueron y dejaron el cuartito así con cosas, entonces los dueños de la vecindad sacaron todo y lo pusieron para que se

lo llevara a la basura, ahí estaba en el bote de basura y los agarré porque prácticamente no tenía nada ¡nada! Los llevamos a lavar a la lavamática, porque antes iba uno a la lavamática a lavar, ya que estuvieron, pues gracias a Dios esos me sirvieron para dormir.

Imagen 12



Fuente: Alberto Arzave, Gloria Ochoa y Jaime Arzave, Colonia La Villa, Tijuana, Baja California, 1982. (Colección familiar)

Lo más difícil para mí era la distancia con Torreón. No me podía regresar mañana o pasado y tuve que acostumbrarme. Después de estar con la tía Irma buscamos un departamento, bueno, una vecindad porque no era un departamento, una vecindad de dos cuartos, y ahí empezamos con lo que llevábamos, nada más, la pura ropa y a buscar cosas. Los viernes cobrábamos dinero y era cuando nos dábamos el lujo de ir a los tacos. Comprábamos dos tacos, cuatro tacos, como daban doble tortilla comprábamos cuatro tacos, dos para él y dos para mí y una soda para los dos porque teníamos que ahorrar.

Estudí comercio en Torreón y ya llegando aquí nos metimos a la escuela abierta a terminar. Yo quería estudiar la secundaria y mi esposo también. Él siguió con la prepa y yo no, yo me quedé en la secundaria porque después tuve a mi niña, a la mayor, y con eso de que no conoces

a nadie, ni quien te la cuidé ni nada, pues decidí dedicarme a mi hija.

Ahora seguimos en Tijuana, pero ya me cambié de colonia. Con el tiempo mi esposo trabajó en el CECUT y de ahí, gracias a Dios, le tocó la casa por medio de Infonavit. A mí me encantaría regresar a Torreón, pero creo que ya no vuelvo porque ya estoy aquí arraigada con mis hijas y creo que tampoco... mientras ellas estén aquí yo voy a estar aquí. Extraño mucho, extraño mucho de donde soy, extraño a mi familia, pero voy cada año a verlas entonces. ¡Pero me siento tijuanense! aunque uno no quiera ya extraña. Al menos voy de vacaciones a ver a mi familia, y sí me la paso muy a gusto y disfruto todo lo que está allá pero luego ya quiero estar en mi casa, ya nomás vemos las tierras y decimos “ya estamos en Tijuana”.

Quiero a Tijuana porque nos abrió las puertas, hay trabajos, al menos cuando llegamos había mucho trabajo, no batallamos para conseguirlo, entonces había mucha maquila, era el único lugar donde la gente que veníamos de fuera nos podíamos acomodar, aunque hay gente que se queda por años ahí.

En Tijuana el que quiere progresa y el que quiere sale adelante. Porque hay muchas oportunidades, te puedes hacer de cosas usadas, no sé, no tienen que ser nuevas, hay gente que se deshace de las cosas muy fácilmente, entonces, si quieres trabajar encuentras trabajo, pero hay gente que no quiere cortar el cordón de la ciudad o de la familia entonces se les hace muy difícil estar aquí y más si estás solo. No hay muchos lugares, pero tenemos la playa, tenemos el desierto, puedes acampar, puedes ir a la montaña, tenemos todo aquí y lo que quieras encuentras, lo bueno y lo malo. Si tu buscas lo bueno lo encuentras, si buscas lo malo lo vas a encontrar.

Yo en Tijuana aprendí a vivir sola, a valorarme por mí misma, aprendí a valorar las cosas, a cuidar mis cosas. Aquí yo veo que compran y rápidamente se deshacen de las cosas, es muy fácil agarrar cosas usadas o gente que tira las cosas y hay gente que en verdad las necesitan y pues hay que cuidarlas. Eso aprendí, a que lo que tenemos hay que cuidarlo, a valorar lo que tenemos, que hay gente que en verdad no tiene y uno se deshace de las cosas y la puede usar otra persona.

Crecí como persona, aprendí a hacer las cosas por mí misma, no tenía nada. Hay gente que para todo tienen a la mamá que te ayuda, que

te explica, prácticamente yo no sabía hacer nada. En el caso de cuando tienes tu primer bebé también me quedó muy claro, aprendí a ser mamá sola, aprendí a cuidar a mi hija sin ayuda de nadie, con una cesárea... que tienes que lavar, que tienes que hacer de comer, pues es difícil. Aprendí, aprendí a sacar las cosas adelante nosotros dos solos.

Sobre la caravana de migrantes, creo que la necesidad los motiva. Pienso que yo soy migrante porque vengo de otra ciudad, y por algo nos salimos, por algo también ellos se salen, no salen por gusto salen por las carencias del gobierno, no sé, la falta de comida, todo eso. Necesitamos echarles la mano mientras podamos, porque también vienen solos y también necesitan.

Testimonio 8

Testimonio. Olivia Espinosa Sánchez, originaria de Cupareo, Salvatierra, Guanajuato. Nació el 30 de marzo de 1970 y llegó a Tijuana a los 18 años.

Vine a Tijuana con mi papá desde Cupareo, Guanajuato, junto con mi hermana, la mayor de la familia. Llegamos a la casa de mis abuelos maternos, ellos fueron los que nos ayudaron a quedarnos, a darnos alojamiento ahí en su casa.

Mi vida en mi pueblo era solo ayudar en casa a mi mamá, a cuidar a los niños porque fuimos muchos niños. Le ayudábamos a mi mamá en la casa, o íbamos a ayudarle a mis abuelos a su casa a hacer alguna cosa, por ejemplo, a ir a buscar el maíz o los frijoles, y esa era la forma en que podíamos ayudarles a mis abuelos y a mi mamá. Allá en mi pueblo no salíamos a lugares porque siempre faltó el dinero. No había dinero para ir a viajar a otros lugares y era nada más estar en el pueblo o ir con los abuelos o los tíos, pero de ahí del pueblo no salíamos, por lo mismo, porque era muy poco el dinero que había.

Cuando decidimos venir, recuerdo que tenía mucha alegría de pensar que iba a venir a un lugar diferente, pero también porque se quedaron en mi casa mi mamá y mis hermanos menores. De niñas ya nos habían

traído, nos traían en tren, llegábamos a la ciudad de Mexicali y de Mexicali nos veníamos aquí a Tijuana en autobús, pero la última vez ya que me quedé aquí en Tijuana veníamos en autobús.

Sentí muchas expectativas, primero ponerme a trabajar para tener mis propios medios para salir adelante y también pensaba en un día poder mandarle dinero a mi mamá para los gastos de la casa. Sí, sobre todo, buscarme un trabajo para ayudarle a mi mamá. Sí llegué a mandarle cuando trabajaba, aunque muy poco porque ya después en la casa donde yo vivía tenía que dar dinero para algún recibo de la luz o del agua, pero era lo que yo quería, hacer mis cosas por mí misma, y fue como me puse a trabajar y también entré a la secundaria abierta y después prepa abierta, para hacer algo más.

Por otra parte, también me sentía asustada porque ya no iba a ver a mi mamá, y también me alegraba porque quería conocer gente diferente y estar viviendo con mis abuelos. Era algo bueno para mí y eso fue lo que me motivó más para estar aquí en Tijuana. Al inicio sentí mucho el cambio, pero era lo que queríamos buscar mi hermana y yo, un trabajo y salir adelante por nosotras mismas. Ella fue la que primero se fue a trabajar y ya después le seguí yo, aunque sí me sentía muy sola en los primeros tiempos, más que nada extrañaba a mis padres y a mis hermanos, pero después todo fue cambiando porque me fui involucrando más en mi trabajo y conociendo más gente, tuve más amigos y de esa forma era como no me sentía yo tan sola.

Estar con mi hermana me ayudó mucho, pero después ella se juntó con una persona y me dejó a mi sola con mis abuelos, ahí fue cuando me sentí más sola. Para mí fue difícil porque yo pensé que iba a estar siempre con ella, pero no, hizo su vida, se fue a trabajar y me dejó a mi sola con mi bisabuela y mis abuelos.

Tijuana fue el destino porque desde muchísimos años atrás mi abuelo, Federico, se vino para acá y se trajo a mi bisabuela, Natividad Guzmán. Mi abuelo fue bracero y se trajo a su esposa y a todos sus hijos a Tijuana. Entonces, desde niños mi mamá nos traía a visitar a toda su familia. No recuerdo muy bien, pero ellos ya tenían sus papeles para estar en Estados Unidos, iban y venían. Pero aquí, esta casa era como el estar estables aquí porque aquí vivían mis dos bisabuelas, la mamá de mi abuela y la mamá

de mi abuelo, por eso era una casa segura que había aquí en Tijuana, a la que todos podíamos llegar ahí, y ellas dos vivían ahí, las dos bisabuelas.

Pero, aunque la familia estaba aquí, mi abuelito siempre fue jornalero en los Estados Unidos. Dejó a su familia aquí y él iba y venía de los Estados Unidos, y después mi papá también arregló sus papeles y también se fue de jornalero. Nosotros nunca estuvimos siempre con mi papá. Él iba y venía a Cupareo, por eso nuestra niñez no fue con nuestro papá, porque iba dos semanas o tres semanas y se regresaba, así fue toda nuestra vida con él. Mi papá trabajó en Greenfield, California, y también en Fresno y en Santa María, pueblitos de California, pero siempre hasta allá por San Francisco. Él empezó a ir al otro lado porque agarraban a personas, a señores del sur y se los traían, que eran los jornaleros, para trabajar en el campo; hace muchos años de eso.

Nosotros nunca cruzamos al otro lado. Hasta que yo hice la secundaria y la preparatoria fue cuando yo sola fui a buscar mi pasaporte, y ya desde siempre lo he tenido, como desde los veinticinco años. Cuando yo tuve mi pasaporte fui a Greenfield yo solita a ver a mi papá, a los hermanos de mi papá que también vivían allá y a mis abuelitos; a mi abuelo el de la casa de aquí, mi abuelo materno. Allá en Greenfield había muchas personas del pueblo de Cupareo, porque allí vivían los hermanos de mi abuelo, así fue como fueron jalando a todas las personas.

En Tijuana todo se me hacía bien diferente. Las calles muy diferentes, las casas, hasta la comida sabía diferente, nada parecido a la casa, a mi casa, a mi primera casa de donde yo salí. Pero de niños siempre fuimos diferentes. Me acuerdo que decíamos mis hermanas y yo que éramos como unos emigrantes que íbamos de un lugar a otro. Mis papás nos llevaban desde niños, siempre nos tuvieron aquí en Tijuana un tiempo, después se iban y nos llevaban, y así fue como mis papas anduvieron de un lugar a otro con sus niños. Aquí en Tijuana nació una de mis hermanas, y ya después me vine con mi papá y mi hermana y fue cuando ya me quedé aquí, pero mi papá se fue para los Estados Unidos. Veníamos porque mis papás, mi mamá más que nada, tenía a sus papás aquí y a sus abuelitas. Según nos decían veníamos a visitar a la familia, pero esos viajes duraban como un año y nos regresábamos y luego volvíamos a venir.

Imagen 13

Fuente: Olivia Espinosa Sánchez con su bisabuela, Natividad Guzmán, colonia Altamira, Tijuana, Baja California, 1993. (Colección familiar)

Aquí en Tijuana yo hice la secundaria abierta y la preparatoria, las hice por parte de INEA en la escuela La Salle que queda en el centro de la ciudad de Tijuana. En Cupareo no estudié. Como éramos muchos hermanitos, muchos hijos, mis papás no tuvieron para mandarnos a la escuela y allá solo hice la primaria, aquí en Tijuana hice la secundaria y la preparatoria abierta.

Por un lado, siento arraigo a Cupareo porque allá nací, allá es mi tierra, pero también me siento tijuanense por tantos años que tengo aquí, ya soy parte de aquí. Aquí me casé y aquí nacieron mis tres hijos, ya tengo 33 años en Tijuana.

Tijuana es una ciudad muy grande y poco a poco se ha ido poblando más por todas las personas que venimos de otros lugares del interior o del exterior, y creo que todos queremos llegar aquí, como yo llegué. Aquí hay trabajo para todos. Si buscan un trabajo va a haber trabajo para todos.

Me gustaría que mis hijos conocieran el lugar donde yo nací, de donde yo salí, para que vean cómo es la vida allá y cómo fue mi vida cuando yo era niña o simplemente las costumbres que hay allá en mi pueblo. Pero que ellos sigan viviendo aquí, que se queden aquí y que estudien, que estudien mucho.

Imagen 14

Fuente: Emma, María Luisa, Olivia, Abel, Victoria, Beatriz Adriana, Cecilia, Rosalba (izq.-der.), Colonia Altamira, Tijuana, Baja California, 1978. (Colección familiar)

Sobre la caravana migrante estoy al tanto. De hecho, aquí en mi colonia hay muchos centroamericanos y muchos de otros lugares que se vienen a emigrar. Pienso que todos buscamos un lugar mejor para nuestro bien y para nuestra familia, nuestros hijos, salir adelante por ellos mismos. Me siento identificada con ellos porque no nací aquí, y también me pongo en su lugar porque un tiempo también me sentí, así como ellos, extraños en una ciudad tan grande como Tijuana. Pero me siento migrante y al mismo tiempo no por mis 33 años aquí y mi familia, mis hijos que ya son de aquí.

Sobre las agresiones que han recibido, no debería ocurrir en Tijuana, no debería ser así pero sí hay discriminación, que no quieren a algunos centroamericanos por su forma de ser y por su forma de hacer lo que quieren ellos, lo que hacían antes en su país. Pienso que todas las personas de otros países tienen que migrar, porque el fin es buscar un lugar mejor para sobrevivir junto con su familia.

Testimonio 9

Testimonio. Agustín Martínez Velasco, originario de Culiacán, Sinaloa. Nació el 9 de septiembre de 1967 y llegó a Tijuana a los 18 años.

Llegué a Tijuana solo. Antes había estado en Aguascalientes, pero mis papás y dos de mis hermanos ya estaban aquí. Ellos llegaron de La Paz, Baja California Sur. Desgraciadamente, la economía de la ciudad empeoró y a mi papá se le ocurrió abrir una zapatería aquí en Tijuana.

Mi abuela, la mamá de mi mamá, tuvo una zapatería por muchos años y cuando nosotros nos mudamos de Culiacán, que fue donde yo nací, hacia La Paz, también mis papás decidieron poner una zapatería apoyándose en los conocimientos y los conocidos que ya tenía mi abuela. Los primeros años en La Paz nos fue bien, pero el problema de las constantes devaluaciones durante los ochenta hizo que la gente de Sinaloa y Sonora que iba a comprar cosas *americanas* a La Paz dejara de hacerlo. Entonces la economía decayó y la opción fue venirnos acá a Tijuana, que tenía mejor economía que allá.

La primera vez que vine a Tijuana era un adolescente. Cruzamos a Los Ángeles para ir a *Disneylandia*. Recuerdo que apenas estaban construyendo la canalización. Me impresionó mucho el clima, era muy sabroso en comparación con el lugar del que veníamos.

Mi mamá y mis hermanos me contaron cosas muy buenas de Tijuana, que la gente era muy amable, que había mucho trabajo, que era muy sencillo ir al otro lado y regresar a comprar lo que tú quisieras. Se conseguía todo, cualquier cosa americana podías ir y comprarla tú mismo. No tenías que esperar a que una tienda lo trajera aquí a Tijuana, como sucedía en La Paz. Pero yo venía a estudiar, iba a empezar la carrera. Y aquí, tanto en el TEC como en la UABC, había muchas carreras, lo que no tenían en La Paz y tampoco en Aguascalientes. Entonces decidí venir a radicar para hacer aquí mi carrera.

Yo venía con muchas expectativas positivas, sobre todo escoger una buena carrera que me gustara, en la cual iba a poder desarrollarme aquí en la ciudad, o tal vez cruzar al otro lado para ir a trabajar. El clima me

impresionó mucho. Podía traer todo el día con un suéter puesto. La parte de la zona del Río me gustó mucho y también algo que me impresionó mucho fue Playas de Tijuana. Vi muy moderna la ciudad, aunque obviamente tenía partes no tan modernas, pero la parte que a mí me gustaba era Playas de Tijuana y la zona del Río. En Playas de Tijuana había casas muy bonitas. Era como una miniciudad, el nivel socioeconómico que tiene la gente que vive en Playas es muy parejo. Tienes el mar cerca, me fascina el mar, tienes un clima muy bonito. Es muy raro que sientas calor estando en Playas de Tijuana.

Al llegar a Tijuana vivimos en la calle Quinta, entre Revolución y Constitución, vivíamos dentro de la zapatería, en la bodega. Ahí teníamos unas colchonetas, una cocineta y un baño. Yo creo que por un lapso de tres o cuatro meses vivimos dentro de la bodega hasta que rentaron una casa por la zona del Fundadores. Pero para la edad que yo tenía, me parecía fabuloso vivir en el centro porque conocí a mucha gente, había mucho que hacer. Si quería ir a algún lado estaba a media cuadra de la parada de los camiones y de los taxis para poder ir a la escuela. Estaba relativamente muy cerca de la línea por si queríamos ir al otro lado, era un buen lugar. Había un montón de gente en el centro a todas horas, encontrabas cualquier cosa que ocuparas, no necesitabas ir a ninguna plaza.

Cuando nos mudamos a la zona del Fundadores era mucho más tranquilo porque no había tanta gente. La casa era más espaciosa que la bodega del negocio. Pero, aunque hubiera menos gente, había mucho tráfico de carros, era muy raro encontrarte gente caminando por esa zona. El único problema fuerte que tuvimos fue con las lluvias, el boulevard se convertía en un río. Si dejabas el carro estacionado y llovía, el agua se lo llevaba. Entonces, era un problema que teníamos siempre, si veíamos que iba a llover dejábamos el carro arriba de la banqueta o lo cambiamos de lado, porque siempre, siempre había un problema.

Otro problema que había cuando recién llegué a Tijuana era el agua. Nada más teníamos agua los lunes, miércoles y viernes. Teníamos que juntar agua en tambos de esos de 200 litros. Eso ocurrió hasta que mejoraron el abasto de agua para Tijuana y empezamos a tener agua todos los días.

Todos en mi familia nos establecimos en Tijuana. Mi hermano menor se fue a estudiar a Guadalajara, pero cuando terminó sólo trabajó un par de

años allá y se regresó. Él sentía que podía crecer más, profesionalmente, aquí que allá porque batallaba mucho para encontrar empleo y eran mal pagados. En ese entonces yo ya tenía un negocio de computadoras y él llegó a trabajar conmigo. Mi cuñado trabaja en Estados Unidos y cruzaba todos los días, pero después del 11 de septiembre todo se volvió más complejo y decidieron irse a vivir al otro lado porque hacía todo más fácil. Además, como sus hijos son nacidos allá, podían estudiar, aprender buen inglés, pero a lo mejor si no hubiera estado tan feo estar cruzando se hubieran quedado aquí y se hubieran seguido cruzando diario, no lo sé.

Cuando recién llegué a Tijuana entré a estudiar Electromecánica en el TEC, pensé que era algo que buscaba. No me gustó, entonces decidí salirme y me fui a estudiar al otro lado, a Chula Vista, y me puse a estudiar algo de técnico en computadoras. En ese entonces estaban empezando las computadoras, estoy hablando de 1987-1988. Terminé la carrera después de dos años y me vine a poner un negocio de computadoras aquí a Tijuana. Después, como a los 28 años, decidí estudiar informática en la Universidad Autónoma de Baja California y posteriormente estudié un posgrado, también en la UABC.

Imagen 15



Fuente: Ana Leticia Encinas Cota y Agustín Martínez Velasco, Tijuana, Baja California, 1993. (Colección familiar)

Siento arraigo al lugar en el que nací. Normalmente, cuando voy, me acuerdo de los lugares donde vivíamos, la escuela a la que asistía, inclusive al consultorio del dentista con el que iba y sí, me da nostalgia. Obviamente el Culiacán de ahorita no es el Culiacán de los años 70. El Culiacán de ahorita es moderno, por ejemplo, hay una zona que se llama Entre Ríos que es una parte muy *nice*, está pegado a tres ríos que convergen en Culiacán. Antes todo eso era selva, era imposible entrar ahí, y como llueve mucho en esa zona y hay mucha agua, hay mucha vegetación, entonces toda esa parte de ahí no existía como está ahorita.

Pero, definitivamente, soy más tijuanense. He vivido más tiempo aquí en Tijuana que en ninguna otra parte. Ya hice vida aquí, eché raíces, ya estoy *curado*, que no hay nada más tijuanense que eso. Mi vida está aquí en Tijuana, no me veo diciendo que pertenezco a otra ciudad. O sea, sé que soy de Culiacán, pero realmente tengo todos los hábitos de la gente de Tijuana. Todos mis intereses están aquí en Tijuana. Me gusta la ciudad, obviamente con las broncas que tiene ahorita de tráfico, de inseguridad y de otras cosas, pero son cosas que más o menos va lidiando uno día a día.

Creo que sentirme tijuanense es el resultado de una serie de eventos, como cuando puse mi negocio, cuando me casé, cuando tuve mi primer empleo, cuando nació mi primera hija, mi segunda hija, cuando tuve mi primera casa. Han sido un montón de eventos.

Es verdad que Tijuana te recibe con los brazos abiertos. Normalmente la gente te recibe muy bien, el que quiere trabajar, trabaja. Aquí no hay manera de que digas “*es que no encontré el trabajo*”, eso no es cierto. Yo me acuerdo cuando recién llegué a Tijuana y no existían redes sociales, ni internet, ni nada y la única manera de buscar empleo era hojeando la sección de trabajo en el periódico. Me acuerdo la impresión que me dio ver en El Mexicano, cuando abrí la sección de trabajo y eran cinco hojas por los dos lados, se solicitaban técnicos, operadores, ingenieros, un montón de maquiladoras pidiendo personal. Yo había estado en Aguascalientes, en Culiacán, en La Paz y la sección de trabajos era de una hoja y de trabajos bien específicos. Aquí era impresionante, eran cinco hojas.

Mi primer empleo fue en Ópticas Sola, estaba Otay y hacían lentes. El vidrio de lentes lo hacían ahí y en otra sección de la planta hacían el armazón. Ahí trabajé por tres meses y luego a otro trabajo porque un

amigo me jaló a la maquila donde estaba. Ahí me ofrecieron casi el doble de sueldo. Era sencillo pues agarrar empleo. Te podías renunciar y descansar una semana y con los ojos cerrados volvías a agarrar empleo de tanto que había.

Lo mejor para mí en Tijuana es el clima, es increíblemente hermoso. A lo mejor durante diciembre y enero, que son los más fríos, sólo son llevaderos, pero el verano en Tijuana es hermoso. Verano, otoño y primavera no se puede comparar con ninguna otra ciudad. A lo mejor, lo que cambiaría de Tijuana, sería volverla más verde porque tiene muy poquitos árboles. Es increíble ver como hay cerros y cerros pelones, áreas muy vastas sin nada de vegetación, siento que sí se darían aquí los árboles por el clima que tiene, y echándole poquita agua.

He estado al tanto de las caravanas migrantes. Me empecé a enterar cuando llegaron, primero, los haitianos. Después me enteré de todo lo que hicieron los guatemaltecos, hondureños y todos esos. En lo particular he tenido contacto con haitianos en una planta donde han contratado muchos haitianos y son nuestros clientes, y que hasta donde sé son buenos empleados, son *chambeadores*, no son conflictivos y de hecho yo nunca he visto un haitiano pidiendo limosna en la calle, siempre los he visto vendiéndote algo.

Obviamente se están moviendo porque donde viven no hay oportunidades de trabajo y hay mucha violencia. De todos los que yo he escuchado ninguno ha dicho “ah yo quise emigrar a Tijuana para quedarme en Tijuana”, no, toda la idea es irse al otro lado, al sueño americano. Entonces, con todas las broncas que ha habido muchos se truncaron y ya se quedaron en Tijuana, hicieron familia y están haciendo vida aquí.

Sé que es una friega porque vienen en transportes y otras se las avientan caminando y con niños, vienen a la buena de dios. Lo bueno, yo creo, de venirse en caravana es que de alguna manera se protegen de que no les pase nada. Es preocupante para la ciudad de Tijuana porque tienes que darles un lugar donde vivan, tienes que atenderlos, que no se enfermen, tienes que hacer algo para que no se te vuelvan un problema. Entonces, yo siento que es una carga fuerte para la ciudad al inicio, ya cuando se empiezan a integrar a la sociedad, pues ya es otro cantar.

Me identifico con ellos porque estamos buscando un buen lugar donde

vivir, y mejores condiciones de trabajo para salir adelante. Yo mismo soy un migrante, aunque sea del mismo país.

Testimonio 10

Testimonio. Ana Leticia Encinas Cota, originaria de Ciudad Obregón, Sonora. Nació el 5 de octubre de 1966 y llegó a Tijuana a los 20 años.

Llegué a Tijuana a estudiar. En la preparatoria, con una amiga, vimos carreras y nos gustó mucho la de Turismo porque leímos que viajaban y hacían cosas que a nosotras nos gustaba. Entonces, nos pusimos de acuerdo para venirnos para acá. Mi propósito, entonces, era venir a estudiar y regresarme a Ciudad Obregón. Aquí vivía una prima hermana con su esposo, ella es de Los Mochis, Sinaloa. Hablamos con ella para ver si nos podía recibir y así fue cómo llegué cuando me vine aquí a Tijuana.

Recuerdo que cuando decidí vivir en Tijuana me sentí muy emocionada y con miedo, porque en Obregón se oían muchas cosas de Tijuana, se decía que era como un prostíbulo, que había muchas cosas así, pero como aquí estaba la carrera que nos gustaba nos vinimos. Pero ya que llegué aquí, nada que ver con lo que yo había pensado.

Yo viajé sola en autobús. Había un camión que salía en la noche y venía directo hasta acá. Yo creo que hicimos unas 16 horas de viaje más o menos. Al principio estaba muy emocionada, pero ya estando aquí me sentí sola y sentí deseos de regresarme. Aunque estaba mi prima, no es lo mismo. Mi prima trabajaba, también su esposo y yo estaba sola todo el día. Aunque estaba con mi amiga, es muy diferente estar en una ciudad extraña, allá está tu casa y tienes todas las comodidades y aquí no. Yo le batallaba porque mi prima tenía responsabilidad para con su esposo y su hijo y yo era aparte. Yo tenía que ver por mí, ver taxis, camiones, comida y todo eso.

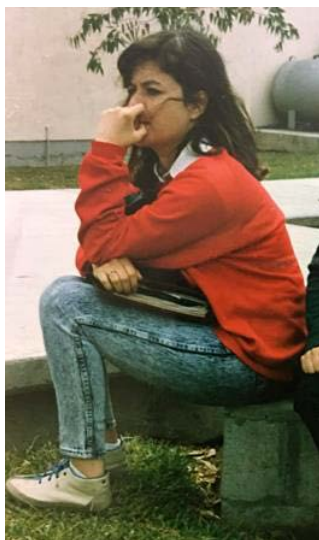
Cuando llegué aquí a Tijuana, a la central, eran las once y media de la mañana y mi prima estaba en el trabajo y salía hasta las tres de la tarde. Pero ese día salió, fue al súper, comieron y hasta que llegaron a su casa se acordaron de que yo venía para la ciudad. Entonces, fueron por mí,

pero ya eran las cinco o seis de la tarde. Lo primero que vi fue la vía rápida. En aquel entonces había un montón de casitas, como invasión, a las orillas de la vía rápida, y se me hizo muy feíto. Entonces entramos a la zona río y ya nada que ver con lo que había visto atrás.

Los más difícil al principio fue tener que conocer. Mi prima me dijo: *“tienes que conocer bien aquí y ver la ruta, los camiones, súbete a un camión a ver a dónde llega. Investiga cómo agarrar para la universidad, tienes que empezar a hacer todo eso”*. Y como Obregón es una ciudad chica y aquí una ciudad grande, me daba miedo salir. Yo cuando no conozco algo me da mucho miedo. Pero ya que le agarré todo fluyó mejor.

Llegué a vivir a la colonia El Rubí, y cuando llegó mi amiga nos juntamos con otras estudiantes de la UABC y nos fuimos a vivir a unos departamentos que estaban en la Ruiz Cortines. Ahí duramos algún tiempo y luego regresé con mi prima, ya que estaba mi hermana. Mi hermana se vino 6 meses después de yo llegué. Después se vino mi hermano con su esposa, y mi hermana y yo nos fuimos a vivir con él en la colonia Las Brisas. Después mi hermana y yo nos fuimos a vivir a unos departamentos cerca del TEC.

Me quedé en Tijuana, pero al principio pensé muchas veces en regresar a Obregón. Al principio estaba muy contenta y sí me gustaba mucho aquí, estudiaba y todo eso, pero ya después sentí nostalgia de querer regresarme para allá. Extrañaba los caldos que hacía mi mamá. Cada que iba para allá me quedaba con ganas de quedarme más tiempo. Me iba todas las vacaciones y me venía muy triste porque tenía ganas de quedarme allá. En Obregón éramos felices porque no teníamos ninguna preocupación, era nada más estudiar y estar con los amigos.

Imagen 16

Fuente: Ana Leticia Encinas Cota, Universidad Autónoma de Baja California, campus Otay, Tijuana, Baja California, 1988. (Colección familiar)

Aquí en Tijuana entré a estudiar Turismo, pero a la mitad de la carrera me di cuenta de que realmente no era lo mío y apliqué para entrar al Tecnológico a la carrera de Contabilidad. Entonces estaba en la mañana en Turismo y en la tarde estaba Tecnológico. Traté de terminar la otra carrera, no dejarla a la mitad.

No me siento tijuanaense. Yo siempre me siento sonorense. Vivo aquí, tengo más años viviendo aquí que en Obregón, pero todavía me siento de allá. No me siento todavía 100 % de aquí, de Tijuana. Me siento orgullosa de ser yaqui, de ser sonorense.

Para sentirse arraigada, yo digo, se necesita haber nacido en ese lugar y tener tus primeros años, haberlos pasado ahí, haber tenido tus amigos, tu familia. Todo eso es lo que te arraiga a los lugares. Yo he pensado en regresar a Obregón, aunque lo veo muy, muy lejano. Será porque allá están mis papás. Aunque últimamente, no sé por qué, me gusta mucho la idea, por ejemplo, de vivir, por ejemplo, en Mérida, porque fui a visitar y me gustó mucho. Y estoy de acuerdo en que Tijuana recibe bien a los recién llegados. A mí me recibió muy bien. He escuchado comentarios

de otras personas que llegan y están muy contentos aquí, sí le está yendo bien. Entonces sí siento que Tijuana recibe a todos los foráneos muy bien.

De las caravanas migrantes estoy al tanto. Sé que vienen con un montón de problemas porque pues vienen ahora sí, como dicen ellos, huyendo de la maldad que hay por allá de que los están amenazando, que no tienen trabajo. La mayoría, si no es que casi el 100 % viene para poder cruzar a Estados Unidos, para una vida mejor. Entonces se me hace bien, pero, ha habido casos que he escuchado, como que vienen exigiendo cosas, como una que se escuchó mucho en las noticias que no querían ni frijoles ni nada. Entonces ese tipo de personas sí molesta. Pero hay muchas que mientras ven si entran a Estados Unidos, se ponen a buscar trabajo y hacen cosas aquí. Y pues esas personas son las que valen la pena.

No conozco a nadie llegado en las caravanas. He visto haitianos que ya están trabajando en fábricas, o los he visto en las calles, pero no conozco a alguien. Y me siento identificada en el momento de que yo no soy de aquí, yo vengo de otro estado. Me siento también, así como ellos, pero no es lo mismo, porque yo no venía a trabajar, venía estudiar y ellos vienen a buscar trabajo.

He escuchado que los han tratado mal en muchas partes. Hay muchos que vienen con niños chiquitos y pues sí, como que se ve mal, sí da coraje que a los niños los estén tratando mal, eso no me gusta.

Capítulo **4**

1990, seguridad/inseguridad

Para la década de 1990, el desarrollo de la industria maquiladora en la frontera norte de México contaba varias décadas. En Tijuana, como en las principales ciudades de México que colindan con Estados Unidos, el Programa de Industrialización de la Frontera, iniciado en 1965, marcó el inicio de una nueva etapa en la que no solo se comenzaron a instalar en el país diversas empresas maquiladoras, sino que también se inició la vinculación con la producción y la economía internacional a través del procesamiento global de productos (Taylor, 2003, p. 1050).

La importante presencia de mujeres provenientes del sur del país en estos espacios económicos maquiladores, contrasta con los bajos números que registraban aquellas que llegaban con la intención de cruzar a Estados Unidos (Anguiano, 1998, pp. 71-72). Especialmente, en estas fábricas se emplearon mujeres jóvenes desde los primeros años de su instalación (De la O, 2006, p. 400). La empresa Sanyo, de origen japonés, es un ejemplo de las empresas transnacionales que se instalaron en Tijuana y que para la década de 1990 habían convertido a la ciudad en la “meca del televisor”. Para 1998 en esta entidad se producían más de 9 millones de estos aparatos al año (Carrillo y Hualde, 2007, p. 84).

Pese a contar ya con décadas de crecimiento demográfico sostenido, las autoridades de Tijuana continuaban presionadas por la urgencia de ordenar la urbanización de la ciudad. De acuerdo con cifras de la Secretaría de Desarrollo del Gobierno del Estado, en 1973 se habían instalado 68 plantas industriales, las cuales empleaban a 2 190 personas, en contraste, para 1985, el número de plantas había aumentado a 239 y daba trabajo a poco más de 30 000 hombres y mujeres (Rodríguez, 1992, p. 71). Es decir, era necesario que este nuevo sector contara con infraestructura apropiada y que los trabajadores tuvieran un espacio para vivir y formas de llegar a los lugares de trabajo.

Uno de los aspectos más importantes en el desarrollo de cualquier ciudad es el de la movilidad, pues a mayor crecimiento urbano mayores son las distancias que se deben recorrer. Tijuana ha desarrollado vialidades que, desde las primeras décadas del siglo XX, han favorecido el transporte automotriz, en parte por la influencia de San Diego, tanto por su rápido desarrollo de caminos como por la facilidad de adquirir automóviles de aquel lado de la frontera (Méndez, 2018, p. 215). Para 1997,

circulaban por la ciudad 313 254 vehículos motorizados, y aunque esta cifra incluye el transporte público, los automóviles particulares registraban mayor número de unidades, pues se calcula que para ese mismo año había 297 vehículos por cada 1000 habitantes (Fuentes & Hernández, 2009, pp. 114-116).

Pese a lo anterior, para la generalidad de los recién llegados, el transporte público representa su primera experiencia de movilidad por la ciudad, y a su llegada a la ciudad encontraron un sistema de transporte que no contaba con infraestructura de apoyo², lo que tornaba complicada su utilización. Sin embargo, el uso de calafías, burras y taxis libres y de ruta, dibujaron el escenario de una ciudad que, desde la central de autobuses, se veía “llena” de “cerros pelones”.

En esta década, Tijuana permaneció como uno de los principales destinos para la migración nacional, aunque las cifras comenzaron a cambiar a finales de la década e inicios del nuevo siglo. Diversos factores contribuyeron al cambio paulatino, por ejemplo, en términos económicos, la industria maquiladora registró un descenso a inicios del nuevo siglo derivado de los efectos de los atentados del 11 de septiembre, el cierre de la frontera y la competitividad de China (Acosta, Reyes & Solís, 2015, p. 16). Al mismo tiempo, los temas de seguridad relacionados con la disputa territorial entre narcotraficantes, que provocó enfrentamientos violentos (Arredondo, Orozco, Rodríguez & Shirk, 2018), comenzaron a tener impacto en la percepción de seguridad en la ciudad.

De manera simultánea, la ciudad comenzó a tener marcas más visibles respecto a su relación con la migración proveniente del interior del país y con respecto al país vecino. A partir de 1994, Estados Unidos implementó la operación Guardián, que entre algunas de sus acciones se construyó una barrera física o muro divisorio, de 40 kilómetros entre Tijuana y San Diego, cerrando así la ruta por donde cruzaba el 75 % de los migrantes irregulares y dando a la ciudad un nuevo paisaje urbano.

2 La infraestructura de apoyo incluye las bases de transporte, áreas donde las unidades esperan su salida, así como zonas de ascenso y descenso. Véase: Perla Rocío Castro Cebreros, *Procesos de concesión del transporte público en Tijuana, y efectos en la calidad del servicio*, Tesis presentada para obtener el grado de Maestra en Desarrollo regional, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, 2012, p. 16

Testimonio 11

Testimonio. María de los Ángeles Gil Espino, originaria de Lázaro Cárdenas, Michoacán. Nació el 17 de abril de 1973 y llegó a Tijuana a los 17 años.

Llegué a Tijuana con mis tíos. No veníamos para cruzar a Estados Unidos, la idea era quedarnos aquí y buscar trabajo. Ver otra manera de trabajar, porque allá donde estábamos ya no había mucho trabajo, así que mis tíos se quisieron venir a probar acá en Tijuana. Ellos tenían una casa aquí en Tijuana y pues íbamos a trabajar todos para ver cómo nos iba.

Cuando nos dijeron que veníamos fue algo sorpresivo para mí porque no conocía Tijuana, y no, la verdad no quería venir. Yo radicaba en Lázaro Cárdenas, Michoacán. Pero después me fui con mi abuelito a ciudad de México y ahí estuve de vacaciones, ya después me quise quedar ahí. Empecé a trabajar en casas haciendo la limpieza y después empecé a estudiar la primaria porque no la tenía, pero la estudié abierta porque tenía que trabajar, entonces yo pensé que siempre me iba a quedar en México, yo no sabía nada de Tijuana, mis pensamientos no eran esos de migrar a Tijuana. Y empecé a trabajar en todo lo que podía, luego después trabajaba de día y estudiaba de noche. Después me metí a trabajar en unas fábricas y trabajaba medio día, en la mañana en unas casas y ya de ahí salía rápido y me iba a la empresa, luego me iba corriendo a la escuela y ya pues llegaba tardecito a mi casa, como a las 11:00 pm y nada más a cenar y dormir. Esa fue mi rutina de casi dos años, luego con los tíos que yo vivía, mi tío ya no tenía empleo ahí, entonces ellos decidieron venirse a Tijuana.

Nos preguntaron si queríamos venir con ellos o nos regresábamos a Michoacán, porque éramos varios, bastantes sobrinas. Y no, queríamos ir con ellos para conocer, también porque no sabíamos nada de Tijuana.

Todo fue un gran cambio. En la Ciudad de México había muchos edificios, todo estaba pavimentado, teníamos todos los servicios, y cuando llegamos aquí no había nada de eso. El lugar al que llegamos a vivir no estaba pavimentado todavía. Había muchas necesidades. Me sentía triste,

desilusionada, perdida. No conocía a nada y a nadie, nada más con mis primos y tíos. Pero no conocía más nada, nunca había venido a Tijuana.

Con los días que pasaron empecé a trabajar, porque tenía que trabajar, y ya después no tenía tiempo de estar pensando ¡ay, Tijuana esta fea!, te enfocas mucho en trabajar, vivir al día y pues si trabajas en una empresa o en una fábrica, te la pasas todo el día ahí encerrado, no tiene mucho tiempo para salir y eso solamente los fines de semana. Después hicieron muchos cambios, muchas pavimentaciones y como que te vas acostumbrando.

El primer día que llegué a Tijuana me perdí, eso es lo raro, que sea el lugar chiquito y te pierdas. El problema es que nadie quiere decirte nada, preguntas y nadie te contesta, nunca entendí el por qué. Yo pensé que me iba a regresar luego, luego, porque tenía una semana y quince días y yo no quería estar aquí, como que no me hallaba, como que yo sentía que no era lo mío. Pero no hacía el intento por irme, y ahora menos porque aquí está mi familia, mis hijas, no veo el caso de regresarme.

Todos los que llegamos nos quedamos en Tijuana, sólo una de mis primas se regresó a México porque no le gustó. Y los demás empezamos a trabajar y nos quedamos aquí. Ninguno se fue a los Estados Unidos. Aquí terminé primaria y secundaria.

Aquí hay mucho trabajo, allá en México también, pero era más *bata-lloso* encontrar trabajo, como que la gente es más quisquillosa, te hacen menos, son selectivos, aunque hagas un trabajo que no sea de oficina o de eso, se nota más la discriminación. Y aquí en Tijuana cualquier empresa luego luego, te dan trabajo, no te están viendo de arriba para abajo. Yo realmente sentía que allá te veían como si realmente fueras merecedora de ese trabajo, cuando pienso que todos deberíamos de tener ese derecho. Y eso fue lo que me gusto aquí, además que podía trabajar en cualquier área. Yo misma me sorprendí porque nunca pensé que podía tener esas habilidades, porque algunas personas te limitan o hacen sentir menos, y algunos trabajos son más selectivos para los hombres, eso lo sentí en México y en Tijuana era todo lo contrario, que no importando el género podía uno hacer muchas cosas. Esto hizo que se me hicieran fáciles los primeros meses, no estaba estresada como en México que llegué a tener dos trabajos, a veces, hasta tres trabajos y pues no tenía espacio perso-

nal para mí y aquí en Tijuana si lo encontré. Eso creo es lo que más me agradó aquí en Tijuana.

Yo no me siento 100 % tijuanense, pero sí me siento parte de ella ya, porque aquí viví la otra parte de mi vida. En algún momento fui migrante de mi propio país. Además, cuando voy de vacaciones a otros lugares, las personas notan mi forma de hablar y mis costumbres, cosas que no nos damos cuenta. A lo mejor sí soy parte Tijuana, porque son cosas cotidianas que uno ve, que uno hace también y pues vamos siendo parte de todo.

Lo que más me gusta de Tijuana es poder salir a todas partes y bueno, ahorita no tanto porque hay más personas. Pero antes era más tranquilo salir en comparación a la ciudad de México, allá todo es más acelerado y estresado, siempre andas a la carrera como si uno anduviera desesperado y aquí, aunque trabajara igual, sentía que era más tranquilo, tenía más ese tiempo para hacer otras cosas fuera del trabajo.

Imagen 17



Fuente: María de los Ángeles Gil Espino saliendo de la empresa Sanyo, Tijuana, Baja California, 2001. (colección familiar)

Para mejorar la ciudad hacen falta muchas cosas, hay muchas personas todavía que necesitan del gobierno, ayudas, niños que andan en la calle. Hay muchas necesidades económicas y de trabajo. Porque es fácil conseguir un trabajo y superarse aquí, pero aun así hay muchas necesidades económicas para las personas de bajos recursos.

Yo aprendí muchas cosas con esta experiencia, estuve trabajando de aquí a allá y la vida no es fácil, pero he aprendido que si uno quiere algo diferente debe luchar por eso, aunque tenga muchas piedritas en el camino, uno tiene que echarle ganas y tratar de salir adelante y hacer esas piedritas a un lado. Yo a mis hijas les quisiera decir que, aunque tengan obstáculos siempre traten de brincarlos y seguir adelante, que no se sientan menos o que nadie les diga que no pueden hacer algo. Que ellas lo intenten, porque si no lo intentamos o nos atrevemos hacer lo que nosotros podemos hacer, entonces decimos: lo hubiera intentado. Batallé mucho, porque llegué a un lugar desconocido y aun estando con mis tíos tenía que volver a empezar desde abajo y formar una nueva vida, y fue difícil. Y aunque tuve el apoyo de mi tía, éramos muchos y no cabíamos. Yo empecé a trabajar, a buscar un lugar donde rentar y solita empecé a hacer mis propias cosas. Dependía de mí misma.

Sobre la caravana de migrantes no sé qué opinar. Solamente ellos saben las necesidades que han pasado en su país, y a veces me pongo en su lugar, pienso que no tienen que darles a sus familias y deben buscar la manera de hacer cualquier cosa con tal de que sus familias estén bien.

En cuanto a identificarme con ellos, pues, así como ellos no, pero en algún momento sí fui migrante, aunque de mi propio país. Creo que todos tenemos derechos a tener un trabajo, a tener una nueva vida y pues, si esas personas no son malas y no están haciendo nada malo y simplemente quieren trabajar, no entiendo por qué tienen que tratarlos mal.

Testimonio 12

Testimonio. Santa Eduvigis Ibarra Félix, originaria del ejido La Bandera, municipio de Navolato, Sinaloa. Nació el 16 de octubre de 1969 y llegó a Tijuana a los 19 años.

Antes de venir a Tijuana vivía con una tía en Culiacán. Me quedaba con ella porque estudiaba la preparatoria. Los fines de semana me iba a mi casa, que es un campo. Después viajé a Tijuana con una hermana y una amiga porque mis hermanas mayores se vinieron a vivir para acá con sus esposos, y ellas nos dijeron que viniéramos porque había mucho trabajo.

El día que llegamos andábamos perdidas porque nadie fue a recoger-nos, y nosotras sin conocer ni nada. Llegamos a la central de autobuses de Tijuana y pues como vas llegando la gente de aquí, no sé, los taxistas, se quieren aprovechar de ti. Me acuerdo que pregunté a un taxista *“oiga, aquí traemos la dirección, pero no sabemos a dónde queda o qué camión agarrar o qué”*, y el señor me decía *“tienes que agarrar una burra que te lleve a la 5 y 10 y ya de ahí”*. Me quedé en cero y me fui con mis compañeras y les dije *“que un burro”*. Ahí todo mundo se da cuenta de que acabas de llegar, y siendo joven y sin saber nada se quieren aprovechar de ti, se nos arrimaban viejos que nos decían *“somos polleros, las llevamos pal otro lado”*, pero nosotras no íbamos para el otro lado. Y agarramos un taxi, el chofer era un viejito, le dimos la dirección y nos llevó a donde trabajaban mi hermana y mi cuñado.

De todos modos, no encontrábamos el lugar, era un lavado de carros, los dueños eran Don Lorenzo y su hermano; mi hermana Licha trabajaba de secretaria, mi hermano Nacho trabajaba de mecánico arreglando carros, y mi cuñado Mony de pipero, y todos trabajaban, incluido mi amigo, Cruz, todo mundo trabajaba en el lavado. Y entonces el viejito taxista andaba buscando, no sabíamos que era un lavado, y el viejito nunca encontró la dirección. Nos bajamos del taxi y caminamos, perdidas y que nos encontramos al Cruz, hermano de mi cuñado Mony, y nos dijo *“qué onda morras, ¿qué andan haciendo?”*. Pues, *“andamos perdidas, no encontramos la dirección ¿por qué no fueron por nosotras?, se pasaron”*. Llegamos y nos llevaron a la oficina donde estaba mi hermana. Don Lorenzo nos fue rápidamente a traer comida, y ya nos quedamos todo el día en el lavado, hasta que mi hermana saliera a las 8-9 de la noche.

Cuando nos fuimos a la casa y vimos el camino me dio miedo, se me hacía puro barranco, y todo oscuro, oscuro. Mi hermana tenía una casa de madera, bien chiquita, con una cocina *bien* chiquita, y su recámara era un cuartito también chiquito; su cama era una cama de pura tabla y

sin colchón, ahí vivía. La cocina no tenía piso, era pura tierra. Tenía una mesa, pero comíamos parados porque no tenía sillas. Nos ayudó mucho una señora, amiga de mi hermana, que vivía ahí en el rancho y su esposo le traía comida del otro lado y ella nos regalaba despensas.

Imagen 18



Fuente: Santa Eduvigis Ibarra Félix, Alicia, Guandaly y Ubaldina, La Bufadora, Ensenada, Baja California, 1991. (Colección familiar)

Mi vida cambió completamente. Estaba asustada pero contenta por venir a conocer Tijuana, otra ciudad, y pues para progresar. Lo más difícil fue cuando llegué a donde vivían mis hermanas. Porque cuando me dijeron que me viniera, dijeron que estaba bien bonito, pero cuando ya íbamos llegando vi todo el camino pelón, seco, no había árboles, y cuando llegamos a Tijuana ¡qué decepción! yo esperaba ver una gran ciudad, bien bonita. Y lo peor de todo es que cuando llegamos a un rancho donde apenas estaban construyendo casas y no había luz ni agua.

Mi hermana tenía poquito de haber llegado. Su casa se la hizo su esposo, de madera y sin piso. No tenía nada y dormíamos en una alfombra que le regalaron. Los primeros días estaba aburrida porque mi hermana

se iba a trabajar, y mi hermano también. Nosotras todo el día ahí en la casa porque todavía no pensábamos en trabajar. Mi hermana escuchaba el radio porque no tenía luz, ni tele, ni nada, y escuchábamos el radio. Se me hacía raro porque puras estaciones en inglés y todo eso, se me hacía un cambio muy raro.

Imagen 19



Fuente: Santa Eduvigis, Alicia y Ubaldina, San Quintín, Baja California, 1993. (Colección familiar)

Y aquí todo era raro. Me acuerdo de que me dormía en un sillón todo el día, porque hacía mucho calor; era en tiempos de calor y la casa de madera se calienta bien feo. Me dormía y en la tarde que llegaba mi hermana y mi hermano, nos alegrábamos porque ellos nos traían comida y todo. Y mi hermana se bañaba con garrafones que compraba. Teníamos un baño atrás que no tenía ni tablas, forrado de puro plástico y trapos, y cuando nos bañábamos entraba todo el aire.

Ya hoy me siento tijuanense. Cien por ciento Tijuana, *I love you Tijuana*. Ya soy de aquí, ya tengo muchos años. Me siento de aquí porque Tijuana es una ciudad que te da la mano, que te ayuda, así es la gente de Tijuana. Lo que más me gusta de Tijuana, lo que siempre me ha gustado es que hay mucho trabajo. Hay cosas que mejorar. Lo primero que haría si yo fuera gobernadora o lo que sea, mandaría limpiar todas las calles,

todas las colonias porque abunda la basura; plantaría muchos árboles.

Imagen 20



Fuente: Boda de Santa Eduvigis Ibarra Félix y Olegario. Niños (izq.-der.) Carlos, Alma, Kate, Ezequiel y Emmanuel, Adultos de pie: Martha, Erika, Fernando, Timoteo, Victoria, Alicia, Lorenzo, Mayra, María de Jesús. Adultos sentados: Ubaldina, Antonio, Bernarda, Eduardo, Tijuana, Baja California, 11 de diciembre de 1999. (Colección familiar)

Adaptarme fue difícil. Cuando me vine deseaba estar allá porque aquí sufríamos mucho, sufríamos hambre, frío y extrañaba mi tierra. A la semana ya me quería regresar. Le decía a mi hermana Elsa ” *dame dinero, es que yo me quiero ir ya, no me gustó, me quiero ir*”, y decía “*estás loca acabas de venir y no tenemos dinero*”. Cuando te sales de tu casa te das cuenta de todo lo que tienes y no, no valoras lo que tienes, ya cuando te das cuenta de que la vida no es fácil.

Testimonio 13

Testimonio. Hirma Lorenzo Bargas, originaria de Acapulco, Guerrero. Nació el 2 de febrero de 1977 y llegó a Tijuana a la edad de 22 años.

Soy de Acapulco, Guerrero. Antes de venir a Tijuana trabajé muchos años en un restaurant, ahí aprendí a cocinar mariscos. Es bonito aprender

porque todavía lo sigo haciendo, antes para mucha gente, para muchos turistas y ahora cocino para mi familia y amistades a veces.

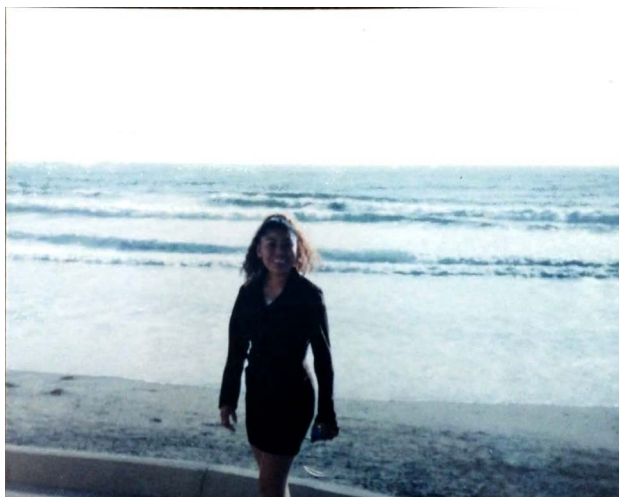
Llegué a Tijuana en autobús un 14 de febrero, y la realidad es que yo no venía a quedarme, yo iba a cruzar a Estados Unidos, pero no pude cruzar y me quedé aquí. Quería cruzar para tener oportunidades de una vida mejor, tener hijos, pero me quedé aquí y no me puedo quejar, me casé, estoy bien económicamente y no me va mal.

Cuando llegué me ayudó la mamá de una amiga, ella me recibió en su casa, en la colonia Flores Magón, y ahí viví unos meses, después pues me puse a trabajar, me gustó y ya no intenté cruzarme.

Al principio me sentía muy triste, Tijuana se me hacía bien fea, me quería regresar, pero no traía casi dinero y por eso no me regresé. Lloré como una semana. Me acuerdo, no se me olvida, el primer día que llegué dije “ay que feo está Tijuana”. Yo me lo imaginaba más bonito, no con un montón de cerros. Ya cuando empecé a trabajar, conocí gente y me fui adaptando a la forma de vivir, que es muy diferente a la de donde yo vivía.

Aquí estudié la secundaria, pero fue después, al principio trabajar y trabajar. De hecho, trabajaba toda la semana; en un lugar trabajaba de lunes a viernes, en otro los sábados y domingos. Para mí trabajar era no pensar en mi familia, no extrañar, mantener la mente ocupada, salir también y conocer más un poco de los lugares más cercanos de donde yo vivía para no perderme, porque esta es una ciudad muy grande y una vez me perdí.

Ahora ya no siento apego a mi lugar de origen. Me gusta ir, pero ya no me gusta el clima, es muy caliente y me gusta vivir aquí ya, ya me acostumbré al clima, a todo, a la gente, me gusta el estilo de vida que llevo aquí. Me casé, tengo dos *hijotes*, uno de 20 años y una de 8 años, y aquí sigo; y eso que no me gustaba.

Imagen 21

Fuente: Hirma Lorenzo Bargas, Playas de Tijuana, Tijuana, Baja California, 1999. (colección familiar)

Me siento mitad tijuanense. Defiendo a Tijuana cuando hablan mal de ella porque tiene sus cosas bonitas, no todo es malo, yo no me puedo quejar, me ha dado muchas cosas buenas. Pienso que para sentir apego necesitas que te guste el lugar, que quieras el lugar, aprendes a quererlo. Yo empecé a sentirlo cuando tuve a mis hijos, porque me di cuenta de que a mi hijo mayor le gustaba. Antes le preguntaba si se regresaría conmigo y él siempre me dijo que no, y pues aprendí a querer Tijuana igual que él.

Tijuana te recibe bien. Yo he conocido gente muy buena y conozco gente que cuando llega me preguntan cosas, como direcciones o cómo conseguir cosas baratas, yo les digo porque la gente también quiere salir adelante, quiere tener sus cosas y me gusta hacerlo porque es bonito que la gente sea amable.

En Tijuana aprendí a ser independiente. Aunque al principio vivía con una familia, después viví con una conocida y aprendes a ser responsable, a cuidarte, maduras como persona. De mi experiencia me gustaría que mis hijos aprendieran a ser independientes. Todas las personas debemos de aprender a hacer algo en la vida, aprender un oficio y más que nada ser independientes porque cuando dependes de tu familia se siente muy

feo separarte de ella y empezar. Esto te puede cerrar el mundo y puedes querer probar cosas, vicios, así que lo importante es que no sean dependientes de mí o de nosotros sus padres.

A veces he pensado regresar, pero tal vez cuando ya sea una abuelita, porque ya mis hijos no vivirían conmigo, porque aquí nada más los tengo a ellos y a mi esposo, allá tengo a toda mi familia.

Sobre la caravana migrante pienso que todas las personas tienen derecho a buscar lo mejor, querer siempre salir adelante, pero pienso en la forma en que lo hacen algunas personas que quieren exigir las cosas o tienen mal comportamiento y eso no se vale. Todos tenemos que trabajar para poder obtener las cosas. Pero en general son buenas personas, que solo vienen a Tijuana porque acá hay mejores trabajos o más trabajos, hay muchas fábricas. Siento que es gente que quiere trabajar, que quiere salir adelante, es lo que pienso cada vez que miro gente que va llegando, que vienen con muchas ganas. Y no solo centroamericanos, también mucha gente que se ha venido por violencia en México. Buscan alejarse de tanta violencia, corrupción, porque hay lugares en donde para todo les piden dinero para que puedan trabajar, cuando a veces un pueblo es pequeño. Me ha tocado conocer gente cercana a la que le pasa, y mucha gente por eso está acá.

Yo me siento identificada con ellos. Soy migrante. Sólo pediría que sean personas de bien, que no delincan, que no sean personas que cometen algún crimen y que tengan ganas de salir adelante. Es lo único que necesitas para llegar a Tijuana. Querer progresar es lo que se necesita para llegar a Tijuana, es lo único que se necesita.

Testimonio 14

Testimonio. Febe García Delgado, originaria de León, Guanajuato.
Nació el 27 de noviembre de 1969 y llegó a Tijuana a los 25 años.

Llegué a Tijuana con una de mis hermanas mayores y una amiga que venía a visitar a sus familiares. Veníamos para estar solo dos meses. Uno de mis hermanos ya vivía aquí, y pues quería conocer la ciudad.

No teníamos intención de irnos a Estados Unidos. En León llevaba una vida tranquila, ya que teníamos lo básico para vivir. Recuerdo que en ese tiempo vivíamos con más tranquilidad y más seguridad y en cuanto a la vida de familia, llevamos una vida unida dentro de lo normal. Recuerdo que salíamos por las tardes a jugar con los vecinos y nuestros padres salían ahí a conversar con las personas. Una vida buena, dentro de lo que cabe.

Cuando decidimos venir tuve un sentimiento de emoción, nostálgica por una parte porque iba a dejar mi ciudad, pero emoción porque quería conocer la vida de acá de Tijuana y conocer a mis nuevas sobrinas que en ese tiempo tenían poquito de nacidas. Viajamos en autobús desde León, 42 horas de viaje.

Cuando llegamos, recuerdo que era temporada de frío, hacía mucho frío, estaba nublado y estaba lloviendo. De hecho, la casa de mi hermano me sorprendió porque que estaba en una empinada, había mucha tierra y era pues muy difícil para acceder a ella. Y cuando llovía, debido a que había tierra en esa parte de la colonia, pues no podíamos salir y si lo teníamos que hacer, lo hacíamos con mucha dificultad. Pero, poco a poco fui adaptándome, pensando que solo venía por dos meses y pues tratar de ver lo mejor de la situación, conocer la ciudad y disfrutar lo más que se pudiera de ella.

Imagen 22



Fuente: Febe García Delgado, retratada en la Calle Popocatepetl de la colonia Camino Verde, Tijuana, Baja California, 1997. (Colección familiar)

Lo más difícil para mí fue la forma de vivir. Para mí fue sorprendente la forma en cómo vivían mis familiares y también que Tijuana es una ciudad de cerros, montañas. No tiene nada que ver con Guanajuato, que es una ciudad plana. Cuando llegamos nos hospedamos con mi hermano y mi cuñada, en la colonia Camino Verde. Eran contadas las calles que estaban pavimentadas. Mi hermano vivía en una casita de madera, y madera de segunda y eso me sorprendió mucho porque yo vengo del sur, y allá vive uno económicamente más bajo, pero tiene una casita, pobremente, pero de material. Para mí fue una decepción la casa, la colonia, el terreno, todo eso. Me sorprendió la calidad de vida en la que viven muchos.

Lo que más me ayudó en todo este cambio fue, en primer lugar, que con mi familia me llevaba muy bien, con mi hermano y mi cuñada, llevamos una vida muy buena. También, que encontré un buen trabajo y mejor pagado, porque recuerdo que allá en León, Guanajuato me pagaban poco en comparación de aquí. Y también que conocí a más personas y tuve nuevos amigos.

Cuando llegué empecé en un trabajo doméstico. La realidad es que yo quería trabajar en una fábrica porque allá donde yo vivía no había fábricas en ese tiempo. Sin embargo, mi hermano que vivía aquí me dijo que el trabajo en una fábrica era una jornada muy larga y que era mejor en un trabajo doméstico porque podía trabajar menos tiempo y salir un poco más temprano. Allá en León en 1996 el sueldo era muy diferente. Cuando me vine ganaba 180 a 200 pesos por semana y aquí en una casa me pagaban 450 pesos por semana. Para mí fue un gran alivio recibir esa cantidad.

Mi hermana con la que llegué y mi amiga se regresaron a los meses de llegar. Después mi hermano y su familia se regresaron a Guanajuato. Se fueron, principalmente por la seguridad. En ese tiempo mi hermano me dijo que en Guanajuato era más pacífico, se vivía una vida más calmada, no tan ajetreada como aquí, y no se escuchaba de tantos actos delictivos. Aunque ahora en el sur ya ha cambiado mucho la situación, pero en ese tiempo era más pacífico y él quería que sus hijos crecieran en un ambiente más pacífico y por eso decidieron irse. Pero yo me quedé aquí. Yo conocí a mi esposo, aquí vivía él y su familia, me casé, cambié de domicilio y actualmente vivo en la colonia El Jibarito.

Sigo sintiendo arraigo con mi lugar de nacimiento, no me siento tijuanense. Me imagino que les pasa a todas las personas que venimos de fuera, porque pues allá crecimos, nacimos y pasamos mucho tiempo de nuestra vida. Yo nací en León, Guanajuato y pues ahí nací y crecí. Pasé gran parte de mi vida y no por eso no me siento tijuanense. Me siento todavía como parte de dónde nací, de mi estado. Pero creo que Tijuana te abre las puertas, creo que sí, sobre todo porque te da muchas oportunidades de un mejor trabajo, una mejor educación, de progresar como persona.

A mis hijos les diría que, si ellos fueran a otro lugar también, siempre esperen de todo. Tal vez va a haber cosas buenas y malas, pero que traten de ver lo mejor del lugar. Que lo vivan, que lo disfruten pues es por solo un momento, y sacar lo mejor de ese lugar, porque quizás más adelante ya no tengan la oportunidad de regresar ahí.

Estoy al tanto de las caravanas migrantes, aunque no he tenido oportunidad de verlas, pero sí he estado al tanto. Pienso que está bien, o sea, no digo que está mal porque todas las personas, ya sea que migramos de un país a otro o de una ciudad a otra, pues es para mejorar y yo siento que ellos vienen por lo mismo, para mejorar su situación económica. Aunque no me siento identificada porque ellos vienen de un país a otro y yo nada más estoy dentro del país. Nada más cambié de ciudad. Sobre las agresiones que han recibido, creo que está mal, porque estas personas vienen por necesidad, no por gusto y siento que todos tenemos la oportunidad de mejorar nuestra vida.

Capítulo 5

Los marcos sociales de la memoria migrante

En este capítulo final, presentamos una síntesis de los testimonios que posibilitaron comprender y caracterizar la memoria colectiva de las personas mexicanas migrantes que se establecieron en Tijuana durante el periodo 1960-1990. Nuestro enfoque se centró en tres aspectos: los procesos de rememoración de su experiencia migratoria, el significado que le atribuyeron al arraigo en la localidad, y las rupturas en su memoria colectiva a partir de 2018, cuando reconfiguraron sus recuerdos frente a nuevas oleadas migratorias transnacionales.

Mediante la interpretación de los datos cualitativos provenientes de las transcripciones de los testimonios orales, de la tabla contenido (Anexo 1) y de una cartografía con los lugares de la memoria colectiva (Mapa 1), nuestro objetivo es revelar cómo las personas migrantes que se asentaron en la localidad durante el periodo de estudio construyeron y preservaron su memoria social. Reconociendo que la memoria es un proceso reflexivo de rememoración que es fundamentalmente colectivo, nos centramos en recuerdos específicos, como los familiares y laborales, comprendiendo que es en estos ámbitos íntimos y subjetivos donde la experiencia migrante se enriquece y se transmite. Esta perspectiva nos permite examinar cómo los recuerdos individuales se entrelazan mediante la socialización con otros miembros del grupo, formando así una narrativa migrante continua en el tiempo. Dicha narrativa se preserva y estructura dentro de los marcos sociales, los cuales se comprenden a través de los recuerdos sobre las relaciones sociales significativas dentro de la agrupación.

En los informantes colaboradores se identificó un sentimiento predominante de tristeza vinculado a la experiencia de migrar, marcado por la zozobra que produce el desarraigo tras abandonar a la familia y dejar atrás su lugar de origen. Esta separación generó, en muchos casos, profundas ansiedades relacionadas con la incertidumbre sobre lo que encontrarán en el lugar de destino, así como con la pérdida de familiaridad respecto a los objetos de memoria asociados a su antiguo entorno. Estos objetos, cargados de significado, forman parte de un pasado que queda atrás, acentuando el vacío emocional que acompaña el proceso migratorio. No obstante, este proceso también trajo consigo la formación de expectativas sobre la posibilidad de reconstituir sus vidas en el nuevo entorno, lo cual revela la complejidad emocional que caracteriza la experiencia migrante:

Llegamos a Tijuana mi esposo y yo porque donde vivíamos éramos muy pobres, no había para comer. Recuerdo la tristeza al venirme para acá, por dejar a mi padre y a mi madre. Sentí tristeza al dejar donde uno nace y venirse a otras tierras que no es de uno. Pero aquí era mejor que allá, porque allá nomás puro maíz cada año. Mi vida era talachear, pelar nopales, sembrar maíz, tortiar la masa. Aquí entre los dos trabajábamos (C. Vergara Rosas, comunicación personal, 2021).

Un primer análisis de conjunto (Anexo 1) revela que los informantes provienen de familias de raigambre campesina, localizadas en las regiones noroeste y occidente de México. Aunque los motivos que llevaron a las personas a abandonar sus terruños y el derrotero que siguieron hasta llegar a Tijuana son variados y casuísticos, la mayoría comparte un contexto familiar marcado por la pobreza, ya que sus hogares dependían de actividades agropecuarias de subsistencia orientadas al autoconsumo de sus grupos domésticos. Este escenario generó dos prácticas sociales significativas: por un lado, algunos miembros de estas familias inmigraron a Tijuana con el propósito de cruzar hacia los Estados Unidos, buscando no solo un trabajo asalariado que les permitiera sostenerse fuera de la unidad económica familiar, sino también poder enviar recursos a los parientes que quedaron en el lugar de origen. Posteriormente, este proceso de migración inicial facilitó la llegada gradual del resto de los familiares, promoviendo así la reunificación familiar en el lugar de destino.

La experiencia migratoria de las personas inmigrantes se caracterizó por un proceso complejo que implicó la adopción de diversas estrategias de movilidad. Estas estrategias se manifestaron en los intentos por cruzar hacia los Estados Unidos, la decisión de permanecer temporalmente en ese país, o, tras fracasar en el intento, buscar adaptarse y arraigarse en Tijuana. Las decisiones tomadas durante este proceso no solo dependieron de las personas con quienes emprendieron el viaje, sino que también estuvieron profundamente influenciadas por las emociones que experimentaron. Al llegar a la ciudad, muchos inmigrantes sintieron una percepción negativa en comparación con la nostalgia que les provocaba recordar sus lugares de origen. Además, las decisiones de las familias que permanecieron en sus lugares de origen, junto con el apoyo de otros

parientes ya asentados en Tijuana y las relaciones con los vecinos que conocieron tras su llegada, jugaron un papel fundamental en facilitar o dificultar su integración y arraigo en la nueva ciudad:

Al principio me sentía muy triste, Tijuana se me hacía bien fea, me quería regresar, pero no traía casi dinero y por eso no me regresé. Lloré como una semana. Me acuerdo, no se me olvida, el primer día que llegué dije “ay que feo está Tijuana”. Yo me lo imaginaba más bonito, no con un montón de cerros. Ya cuando empecé a trabajar, conocí gente y me fui adaptando a la forma de vivir, que es muy diferente a la de donde yo vivía (H. Lorenzo Bargas, comunicación personal, 2021).

Es importante preguntarnos cómo fue el proceso desde la migración hasta el establecimiento en Tijuana ¿Contaron las personas inmigrantes con el apoyo de un pariente, paisano o amistad que facilitara su desplazamiento desde el lugar de origen al destino? Un análisis más profundo (Anexo 1) apunta a que, aunque algunos inmigraron de manera individual o en pequeños grupos, lo hicieron siguiendo un patrón de migración en cadena (Pedone, 2010, p. 107), establecido por individuos pioneros que enfrentaron las mayores dificultades al llegar. Estos primeros migrantes, a través de su experiencia, información, recursos pecuniarios o provisión de una vivienda temporal, se convirtieron en un apoyo crucial para el eslabonamiento de las personas que llegaron después:

Sé que mis hermanos mayores habían intentado cruzar a Estados Unidos, pero mis padres venían a residir a Tijuana [...] Estuvimos en casa de mi tía seis meses aproximadamente. Después mi papá empezó a trabajar y a juntar dinero para construir una casa para nosotros. Luego nuestra casa se convirtió en un brincolín para cruzar la frontera. Bastante familia así lo hizo, siempre teníamos gente de allá de donde éramos, algunos se fueron a Estados Unidos y otros regresaron a Durango, pero la mayoría se fue a Estados Unidos. Y aunque en mi familia todos tuvimos pasaporte, mi padre nos enseñó a buscar aquí, primero aquí (M. Y. Gara Lechuga, comunicación personal, 2021).

Resulta especialmente interesante observar cómo, en los recuerdos de los testigos con arraigo en Tijuana de entre treinta y sesenta años, se asentaron recuerdos significativos sobre sus interacciones con los tijuanenses nativos o provenientes de oleadas migratorias que les antecedieron. Si bien, en ese contexto, surgieron episodios en los que algunos de ellos adoptaron discursos de corte nativista en relación con la repatriación desde los Estados Unidos o la inmigración proveniente del altiplano mexicano, considerados, desde su lógica, como medidas necesarias para equilibrar la presión sobre la ocupación del territorio, en la memoria de todos los colaboradores prevalecieron recuerdos optimistas sobre las interacciones intergrupales. Así, la hospitalidad, solidaridad y el apoyo mutuo emergieron como valores profundamente enraizados en la memoria colectiva migrante:

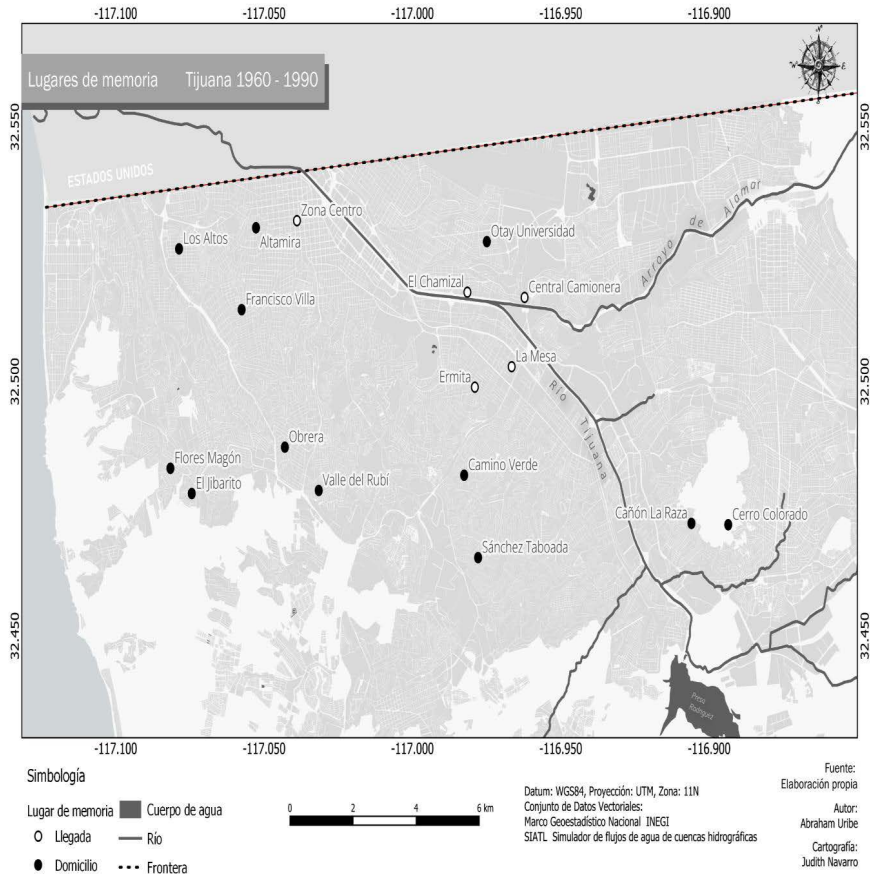
Aquí en Tijuana somos una gran mezcla; y yo me incluyo porque tampoco nací aquí, pero hacemos una gran mezcla y creo que esa cultura está muy arraigada aquí en Tijuana, y me gusta. Entre los valores que he fomentado en mi familia es la hospitalidad, el ser solidario, el apoyo. Aquí es su casa, aquí todos son bienvenidos, quien quiera venir se le da lo que tenemos. Para todos igual (M.Y. Gardea Lechuga, comunicación personal, 2021).

La memoria colectiva de una agrupación se despliega en un marco espacial que es social, debido a que el grupo lo transforma a su imagen. Sin embargo, también se adapta a su entorno y muestra resistencia cuando este, junto con las interacciones con otros grupos, intenta someterlo. En este proceso de ocupación, el grupo deposita en el espacio objetos simbólicos que, aunque visibles, sólo pueden ser comprendidos plenamente por sus miembros, ya que portan significados específicos que resuenan en los recuerdos compartidos que refuerzan su sentido de pertenencia (Halbwachs, 2004b, p. 133). La llegada de personas mexicanas migrantes a Tijuana, independientemente de los motivos que las atrajeron a congregarse en esta ciudad fronteriza durante el período 1960-1990, ha configurado el entorno de las personas que los recibieron. Su presencia no sólo ha contribuido a redefinir el poblamiento de la ciudad, sino que ha

dejado varios objetos y lugares que son imágenes fijadas en la memoria colectiva del grupo social.

Un análisis de conjunto de nuestra tabla de contenido (Anexo 1) revela que la fotografía es el objeto de memoria más significativo para los entrevistados. Las fotografías ayudan a materializar los lugares y objetos en los que se anclan los marcos sociales de la memoria colectiva migrante en Tijuana. Para algunos (Imagen 1 y 5), representan un ensamblaje de recuerdos que simboliza la reunificación familiar, aunque no todos los miembros del hogar estén presentes en el lugar de destino; algunos se encuentran trabajando en Estados Unidos para sostener a sus seres queridos, tanto a quienes emigraron como a los que permanecieron en el lugar de origen. Para otros (Imagen 6 y 12), los retratos son objetos de memoria valiosos que encapsulan los sueños de una vida mejor, los mismos que los impulsaron a dejar sus terruños en busca de nuevas oportunidades.

Para ilustrar la memoria colectiva migrante en Tijuana entre 1960 y 1990, se presenta una cartografía de la ciudad (Mapa 1) en la que se destacan los lugares que consideramos integrados en los marcos sociales de la agrupación. En la simbología, se identifican dos tipos de sitios clave: se marcan los puntos de arribo y alojamiento temporal, asimismo se señalan los lugares de residencia o asentamiento permanente de la población migrante. Estos puntos fueron incluidos en la representación cartográfica por su relevancia, ya que todos los testigos colaboradores en el estudio los mencionaron como sitios significativos en sus recuerdos de la ciudad.

Mapa 1. Lugares de la memoria colectiva migrante en Tijuana durante 1960-1990

Un cuarto análisis de conjunto (Anexo 1; Mapa 1) sugiere que, en un primer momento, entre las décadas de 1960 y 1970, los inmigrantes llegaban a Tijuana con la intención de cruzar hacia los Estados Unidos o establecerse en la demarcación. Los principales puntos de arribo se concentraban en la Central Camionera, ubicada en la Zona Centro de la ciudad, así como en áreas cercanas al lecho del Río Tijuana y otras zonas aledañas que simbolizaban las primeras experiencias de contacto con la urbe. Estos sitios probablemente fueron elegidos no sólo por su cercanía a la frontera con el sur de California, sino también por ser espacios de

tránsito y encuentro con sus familiares o paisanos que los recibieron proveyéndoles de alojamiento en un lugar conocido como Cartolandia y facilitando el acceso al resto de la ciudad. Al respecto, Consuelo Vergara recuerda haber sido vecina de la colonia El Chamizal, ubicada en el lecho del río Tijuana:

Primero se vino mi suegra y ella tenía una casita y allí nos hizo un cuartito, pero luego se vino el río en 1977-1978. Salí por los cerros brincando para que no nos llegara el agua. Cuando llegó el río yo crucé entre corrales, porque había corrales de vaca [...] agarré a mi niño y mi esposo se salió con un colchón brincando corrales para salir hacia la Buena Vista [...]. Arriba de la Buena Vista las personas nos dieron alojamiento mientras que se arreglaba lo del agua, fue como una semana. Luego nos bajamos a limpiar lo que había quedado y ya nos cambiaron a la Sánchez Taboada, y desde entonces estamos aquí. (C. Vergara Rosas, comunicación personal, 2021).

Para la agrupación, las inundaciones en las que perdieron parte de sus bienes materiales son un recuerdo profundamente triste. Sin embargo, en relación con el proceso de ordenamiento territorial que se realizó mediante la canalización del Río Tijuana, el traslado de las instituciones de gobierno municipal y la central camionera de la Zona Centro a la Zona Río hacia 1972, no persiste ningún recuerdo significativo. Consideramos que las inundaciones en Tijuana representan un momento fundacional en la memoria colectiva migrante, ya que posteriormente dieron origen a prácticas sociales que dignificaron sus experiencias de movilidad y asentamiento en la ciudad (Anexo 1). Estas personas inmigrantes solían llegar a Tijuana, a través de redes de apoyo con migrantes pioneros que les ofrecían una casa temporal en las áreas cercanas al lecho del río. Sin embargo, las inundaciones que afectaron gravemente a la ciudad y provocaron reubicaciones impulsadas por el gobierno estatal y federal a partir de 1970, llevaron a muchos de ellos a dispersarse hacia terraplenes y cerros en distintos puntos de la localidad (Mapa 1).

El desplazamiento forzoso transformó profundamente los lugares de residencia de las familias inmigrantes en Tijuana (Mapa 1). Ante esta

situación, algunas de estas familias decidieron alquilar una vivienda, utilizando sus ingresos laborales para cubrir la renta mientras ahorraban para construir un futuro más estable. Su objetivo era adquirir una casa de interés social, un sueño que, como recordó uno de nuestros colaboradores, representaba no sólo un hogar, sino también una esperanza de prosperidad, movilidad social y seguridad en un nuevo entorno:

A mí me parece que haber migrado fue una decisión necesaria, lo hice por necesidad [...]. Aquí las fábricas te ofrecían empleo, se peleaban entre las fábricas para contratar a los mejores empleados, muchas oportunidades de trabajo [...]. La ayuda de la familia fue muy importante, porque nos abrió su casa mientras nosotros conseguimos trabajo. Nunca dejamos de buscar trabajo [...] éramos muy jóvenes y empezamos a hacer la vida en un cuartito, en una vecindad, también ahí en la vida a la vuelta de donde vivíamos y poco a poco fuimos escalando. Nos dieron un crédito de Infonavit y nos dieron nuestro primer departamento independiente propio, con baño propio (F. Arzave Martínez, comunicación personal, 2021).

Otras familias, en cambio, recorrían los cerros en busca de un terreno del cual apropiarse, con la esperanza de establecerse y arraigarse en la ciudad, eventualmente acudiendo a los mecanismos de regularización ofrecidos por los gobiernos locales. Así surgieron colonias populares como Francisco Villa, División Los Altos, Valle del Rubí, el Cañón La Raza, el Cerro Colorado, la Flores Magón y Camino Verde, donde sus habitantes forjaron un sólido sentido de comunidad y solidaridad, integrando a nuevos inmigrantes a través de relaciones de parentesco, amistad, paisanaje y patronazgo (Mapa 1; Anexo 1). Al respecto, José García no consignó información sobre el desplazamiento forzoso del decenio de los setenta debido a su juventud en ese momento; sin embargo, sí atesoró recuerdos sobre cómo su familia se estableció en una cañada del Cerro Colorado, ubicada en la loma más elevada al este de la ciudad:

Mi abuela nos hizo casa ahí en su terreno como por 1976, lo que es el Cerro Colorado, Cañón la Raza III. Y aquí nos instalados [...]. De mis hermanos [...] todos migraron a Estados Unidos. Pero mis raíces, todo lo que he hecho, todo, lo mucho o poco está

aquí en Tijuana, más específico en el Cerro Colorado, en el cañón la Raza III. Es donde están todas mis raíces, mis hijos, mis nietos (J.J. García Orozco, comunicación personal, 2021).

Un análisis exhaustivo, que integra la información de la tabla de contenido con datos proporcionados por los informantes colaboradores (Anexo 1) y referencias de la prensa local, permitió identificar una dinámica de organización social autogestora en las colonias populares donde se acercaron los inmigrantes durante 1960-1990. En estas colonias se formaron comités o juntas vecinales que instauraron festividades cívicas y religiosas con motivo de conmemorar la fundación de sus respectivas comunidades. Estas celebraciones incluyeron quermeses, misas, presentaciones musicales, eventos oficiales con diferentes niveles de gobierno, desfiles alegóricos, verbena con comida mexicana, rifas de premios, juegos mecánicos y pirotécnicos, elementos que en su conjunto evocan tradiciones inventadas en sus lugares de origen reproducidas en Tijuana. Además de fortalecer la cohesión social y el arraigo en la comunidad, son prácticas sociales fijadas en los marcos sociales de la memoria colectiva, pues se trata de actividades que tienen como propósito generar recursos propios para crear o reparar objetos de rememoración que son significativos para la agrupación, como casas comunitarias, parques públicos, murales, espacios deportivos, iglesias y calles (Camarillo, 2014; Zúñiga, 2014; AFN, 2021; Silva, 2022; Hernández, 2023; Villicaña, 2023; Reyes, 2024).

Julio Vázquez, uno de los fundadores de la colonia 10 de Mayo, recuerda en las festividades de conmemoración de la invasión del predio y la fundación de la colonia: “¿Cuál es la diferencia de hace 22 años? Antes teníamos la cabeza ceniza de tierra. ¿Cómo no acordarnos de la transformación de la colonia, que nos permitió meterle pavimento?”. También recordó que en la unidad deportiva de la demarcación “hoy le falta tener una cancha más digna”. (Camarillo, 2014). En una línea similar, Daniel Campa, residente de la colonia Francisco Villa desde hace 48 años, rememora: “Desde que estoy aquí sigo teniendo los mismos vecinos de hace 40 años. Son mis amigos, y sus hijos también; nuestra convivencia es importante” (Hernández, 2023). Los vecinos de esta colonia popular se organizaron para realizar “desfiles cívicos revolucionarios” y “verbenas

populares”, y, en el contexto actual de inseguridad que se vive en la colonia Francisco Villa, Campa señala la existencia de: “comités vecinales que están preocupados por el bienestar y han hecho vigilancias nocturnas en las áreas principales” (AFN, 2021; Hernández, 2023).

Es pertinente cuestionarnos de qué manera se configuró el arraigo de las personas inmigrantes que se establecieron en Tijuana entre 1960 y 1990, y qué significado le atribuyeron en la actualidad a recordar su proceso de integración como tijuanenses en el siglo XXI. Desde la década de 1960, Tijuana ha sido un lugar de destino no sólo por su cercanía con California y Arizona, sino también debido a la urbanización y oferta laboral ligada a la industria maquiladora en la localidad.

Los testimonios de nuestros entrevistados, como se observa en la tabla de contenido (Anexo 1), revelan que la mayoría de ellos no migraron con el propósito de establecerse en Estados Unidos, sino que llegaron para trabajar en las fábricas o para reencontrarse con sus familiares en Tijuana. Como expresó una de nuestras informantes: “Llegué a Tijuana con mis tíos. No veníamos para cruzar a Estados Unidos, la idea era quedarnos aquí y buscar trabajo” (M.A. Gil Espino, comunicación personal, 2021). Es importante señalar que la posibilidad de cruzar de Tijuana hacia los Estados Unidos se mantuvo como una opción constante para los recién llegados y tijuanenses de primera generación. Así lo indica un testigo: “Llegué a Tijuana con mi mamá. Nos trajo un tío que se fue a San Diego. Mi papá y mi mamá tenían el propósito de, mi papá más que nada, de brincarle a Estados Unidos. Pero aquí nos asentamos, aquí nos quedamos” (J. J. García Orozco, comunicación personal, 2021).

Para nosotros, el arraigo es un sentimiento que es compartido por un grupo de personas luego de permanecer en un lugar durante un periodo de tiempo significativo, lo suficientemente prolongado como para desarrollar un sentido de pertenencia. Arraigarse en un lugar no sólo se manifiesta en el gentilicio, sino a través de anécdotas, objeto de rememoración, que adquieren especial significado para la agrupación, de modo que las imágenes que producen tales informaciones solo pueden ser comprendidas y reconocidas por sus miembros.

Un vistazo a la tabla de contenido (Anexo 1) revela que los catorce entrevistados migraron entre 1966 y 1994, con un promedio de 42 años

de arraigo en Tijuana. Sin importar si en sus historias de vida mencionaron la intención de cruzar hacia los Estados Unidos o que Tijuana fuera su primera opción como destino, la mayoría de los colaboradores se identificó como tijuanense. El análisis de las entrevistas revela un comportamiento grupal entre las personas mexicanas inmigrantes que hemos denominado “las encrucijadas del ser tijuanense”. A través de sus testimonios podemos observar la forma en que cada uno de los entrevistados reflexiona sobre su proceso de “sentirse” tijuanense.

En primer orden, los informantes recuerdan con añoranza su lugar de origen, pero se identifican como tijuanenses posiblemente debido al tiempo que llevan viviendo en la localidad, vinculándolo con la familia que formaron, la reunificación familiar y de sus paisanos o por los trabajos que desempeñan en este lugar: “Yo adoro mi pueblo, cada vez que puedo voy, pero me regreso porque aquí hice mi vida y aquí están mis hijos, aquí está toda mi familia. Además, en el pueblo no había manera de salir adelante” (M. T. Nolasco Mesa, comunicación personal, 2021).

En segundo lugar, los entrevistados tijuanenses reconocieron que constantemente comparan su origen con su lugar de destino. Todos coincidieron en que el tiempo de arraigo es una de las principales encrucijadas que influye en su identificación con esta ciudad. Este proceso de arraigo no solo implica adaptarse a un nuevo entorno, sino habitarlo durante un período suficiente para desarrollar vínculos emocionales sólidos. Estos lazos permiten que los recuerdos familiares, culinarios, lingüísticos y afectivos se incorporen como información significativa en la memoria colectiva migrante, a medida que son recreados en Tijuana.

Para sentir arraigo es necesario el tiempo, porque de un año a lo mejor no se puede enamorar de Tijuana, no se pueden quedar, como yo que siento amor por Tijuana por toda mi vida, toda mi experiencia, todo lo que tengo, todo lo que soy, porque Tijuana me lo ha dado, pero es diferente para la gente que va llegando es difícil. Las experiencias y el tiempo que vives en Tijuana es lo que te hace sentirse tijuanense (F. Rodríguez Pagua, comunicación personal, 2021).

En tercer orden, entre los inmigrantes entrevistados prevalece la idea de que, al asentarse en Tijuana, tanto el paisaje urbano como la diversidad sociocultural de sus habitantes les parecieron confusos y ajenos en comparación con sus lugares de origen. Sin embargo, cuando estas personas viajaron a otros lugares, ya sea de visita o para trabajar temporalmente, se mostraron asombrados al descubrir su sentido de pertenencia tijuanense, luego de haber estado arraigados en la ciudad durante un tiempo significativo.

Ahora me siento tijuanense. Y esa es una situación que, yo creo, no solo me pasa a mí, sino a todos los que viven aquí. El que aprende a conocer a la gente, cómo piensa la gente que llega a vivir aquí o la gente que nace aquí, adquiere una identidad secreta porque uno no se da cuenta de lo tijuanense que es hasta que sale a otra parte”. (F. Arzave, comunicación personal, 2021)

En resumen, el arraigo se revela en los testimonios de nuestros informantes como un sentimiento significativo en la memoria colectiva de los inmigrantes que han hecho de Tijuana su hogar. A lo largo de nuestro periodo de estudio, este arraigo les ha permitido desarrollar un sentido de pertenencia que trasciende el mero gentilicio y se manifiesta en anécdotas y recuerdos plenamente comprendidos sólo por quienes comparten esa experiencia histórica. Aunque la morfología del paisaje urbano y la diversidad cultural de nuevas oleadas migratorias pudo causarles extrañeza, los testimonios de los catorce entrevistados muestran cómo fueron creando vínculos emocionales con la ciudad, dejando objetos de memoria que adquieren significado para otros en circunstancias similares, reafirmando así su lugar en la comunidad tijuanense.

Por otro lado, nos gustaría concluir con nuestro estudio analizando el posicionamiento del grupo social tras la llegada de las caravanas migrantes a partir de 2018. El propósito es determinar si, ante esta nueva coyuntura, los marcos sociales de su memoria colectiva migrante han permanecido inalterados o fueron resignificados. Aunque estamos ante un proceso histórico coetáneo que sigue abierto, esbozarlo permitirá comprender cómo ha afectado o reforzado las narrativas construidas por los inmigrantes mexicanos de generaciones anteriores, así como si, a partir

de este contexto, han surgido nuevas formas de entender la migración y el arraigo en Tijuana.

Una revisión a profundidad de los testimonios señala que todos los informantes crearon una percepción sobre la caravanas migrantes basada en la información noticiosa que asimilaron de los medios masivos de comunicación como prensa, radio, televisión y redes sociales: “Sobre los migrantes que han llegado en las caravanas, pues no los conozco, sólo lo que uno ve en las noticias y en la televisión” (C. Vergara Rosas, comunicación personal, 2021).

Identificamos un sentimiento de tristeza relacionado con las agresiones que las caravanas migrantes enfrentaron durante su travesía hacia Tijuana. Esta sensación parece ser generalizada entre los informantes, ya que, al analizar sus testimonios, observamos que en sus experiencias más significativas están presentes los recuerdos de las limitaciones económicas que enfrentaron durante su integración en Tijuana, mostrando cierta empatía con la emigración centroamericana y caribeña al justificar que el propósito de su estadía en la localidad tiene que ver con la necesidad de mejorar sus condiciones de vida.

Sobre la caravana de migrantes creo que, primero, refleja las grandes carencias que hay en otras partes del mundo, en México incluso, y esto desde luego obliga a la gente a salir [...]. Y claro que me siento identificado con ellos porque yo soy migrante, una gran parte de la población es migrante y creo que no podríamos cerrar los ojos a la realidad migrante sin darnos cuenta de que de ahí venimos, entonces, yo creo que es algo que debemos entender y ayudar (F. Arzave Martínez, comunicación personal, 2021).

Cabe preguntarnos qué aspectos de resignificación y ruptura podemos identificar en los marcos sociales de la memoria migrante a través de los testimonios de los entrevistados. En primera instancia, identificamos que los tijuanenses contrastaron la forma en la cual ellos migraron a la localidad con respecto a las imágenes sobre la forma de la caravana migrante deduciendo que era diferente. Una de las informantes recuerda que en el pasado “la situación en Tijuana era muy diferente [...]. Teníamos aquí a donde llegar, aunque sea familiar. Y las personas o las caravanas no

tienen a donde llegar” (M. Y. Gardea Lechuga, comunicación personal, 2021). Otro de los testigos colaboradores fue más allá de la comparación entre la inmigración encadenada del pasado y las caravanas migrantes, ya que intentó caracterizarlas de la siguiente manera: “Este mecanismo de migrar en caravana es una estrategia para protegerse ellos mismos y venir de una manera mucho más organizada, mucho más protegida, mucho más visible” (F. Arzave Martínez, comunicación personal, 2021).

Consideramos que la memoria colectiva construida a partir de recuerdos e imágenes fijadas en objetos, lenguajes, lugares y temporalidades de rememoración para las personas mexicanas inmigrantes entre 1960 y 1990 no se desarticuló, ya que aún existen suficientes personas que conservan recuerdos significativos sobre la memoria migrante de la agrupación. Una revisión superficial de los testimonios sugiere que la agrupación se fragmentó, lo que generó una disputa por la memoria entre quienes se posicionaron a favor o en contra sobre el actuar, la exclusión o integración de nuevas oleadas migratorias transnacionales. Sin embargo, su estudio debe ser objeto de futuras investigaciones históricas.

Consideraciones finales

La diversidad de orígenes de quienes han habitado Tijuana ha configurado la heterogeneidad sociocultural que la caracteriza, al mismo tiempo que las expectativas de vida de cada uno de los migrantes y habitar el espacio compartido ha generado una identidad única y compleja, incluso entre quienes no se identifican como migrantes por ser mexicanos o entre quienes siguen tendiendo fuertes lazos emocionales con su lugar de origen.

Esta investigación pone en evidencia que la memoria colectiva ha jugado un papel importante como vínculo social e identitario entre los residentes de esta ciudad fronteriza, así como la forma en que perciben y defienden su derecho a habitar la ciudad. Los recuerdos sobre sus experiencias significativas dan forma a una narrativa compartida dentro de un espacio que se caracteriza por su diversidad poblacional. A través de los relatos pudimos encontrar que la abrupta llegada de nuevos migrantes a partir de 2018 desafió esa memoria colectiva, la reconfiguró y permitió moldear una narrativa a través de la cual se interpretó la presencia de los recién llegados. Así mismo, cómo se articulan las experiencias pasadas con las vivencias contemporáneas para imprimirles sentido y un horizonte de expectativas de cara al futuro.

Si bien la historiografía y los estudios sociales sobre los flujos migratorios regionales hacia Baja California han sido abordados de manera concienzuda (Bustamante, 1987; Álvarez, 1987; Castillo, 1994; Luna, 1996; Davis, 2000; Velasco, 2002; Contreras, 2004), nuestro trabajo, basado en la propuesta de los marcos sociales de la memoria, plantea la necesidad de desplazar el enfoque tradicional de la cuantificación de las inmigraciones hacia la exploración de la historia vivida y significativa de las agrupaciones humanas que han habitado en contexto de movilidad en la localidad de Tijuana. Como resultado, logramos demostrar empíricamente la existencia de una memoria migrante, construida a partir del análisis conjunto de testimonios de los informantes colaboradores que reflexionaron sobre las implicaciones personales y colectivas en el acto

de migrar. Asimismo, inscribimos estas experiencias dentro de procesos históricos coyunturales más amplios, subrayando la conexión entre lo vivido y las estructuras históricas que moldean estas dinámicas migratorias.

El análisis de la memoria migrante en Tijuana, basado en la perspectiva de los marcos sociales de la memoria colectiva, abre un abanico de preguntas para futuras investigaciones históricas. Una de las principales incógnitas radica en la persistencia de los recuerdos significativos de las personas mexicanas que migraron a la ciudad entre 1960 y 1990 y en cómo estos se transmitieron a lo largo de las generaciones siguientes. Aunque una revisión preliminar de los testimonios orales de sus descendientes sugiere que ciertos recuerdos significativos efectivamente pasaron de una generación a otra, estos ya no se conservan como una memoria colectiva propia del grupo social migrante. En cambio, dichos recuerdos parecen haber adoptado nuevos significados y contextos dentro de los recuerdos de sus sucesores, reflejando discontinuidades en sus significados a través del tiempo.

Para ello, la participación del estudiantado de la Licenciatura en Historia de la UABC fue fundamental al mostrarnos cómo las historias personales se revitalizan, resignifican y recontextualizan en la comunidad. No sólo los y las participantes documentaron sus respectivas memorias familiares, también se hizo evidente que los relatos impulsan una nueva memoria colectiva migrante. Abril Arzave Ochoa, por ejemplo, señaló: “Ser hija de padres migrantes es hacer invisibles las fronteras. Torreón ya no está en el lejano estado de Coahuila sino aquí en mi casa, en las fotos familiares, en la comida, en las llamadas telefónicas a mis tíos, tías y en el recuerdo de mis papás” (comunicación personal, 2021). Por su parte, Lucero Jacobo Ibarra resaltaba que “saber de los antecesores de uno mismo es entender por qué las costumbres, por qué las recetas de comida o la forma de hablar muestra rasgos que no pertenecen a esta ciudad, que no es igual a la de los otros de la misma generación, aunque todos hayamos crecido en el mismo lugar” (comunicación personal, 2021).

Algunos estudiantes mencionaron la importancia de la recuperación de la memoria colectiva migrante. Damaris Pantoja González menciona: “La mayoría de los estudios científicos retratan este hecho [la migración] con base en estadísticas, números, mapas que muestran las rutas y posibles explicaciones de ellos, sin embargo, los sentimientos y perspectivas del migrante quedan sepultados en segundo plano, reduciéndolo

a un número más” (comunicación personal, 2021). Finalmente, Andrea Susana Esquivel Espinosa concluye: “Así, pertenecer y sentirse parte de esta ciudad hoy en día, pero continuar teniendo arraigo a Guanajuato, constituye y nos muestra una parte importante de la migración: una que nos habla acerca de la vida hecha lejos de la primera casa; de los lazos que es imposible romper y de los nuevos, contruidos gracias a esa experiencia” (comunicación personal, 2021).

Este vínculo cotidiano, que ocurre al interior de las casas, en su mayoría sin un registro oral o escrito, subraya cómo la memoria colectiva se convierte en una tradición que se revive y resignifica a través de las generaciones. Los recuerdos de quienes migraron y habitaron la ciudad no sólo refuerza la identidad de las generaciones actuales, sino también les ofrece una información específica para sobrevivir y comprender su contexto actual.

Los testimonios presentados aquí buscan mostrar que la memoria de los individuos no se construye en solitario ni de manera esencial, sino que surge del recuerdo compartido con los demás. El espacio en el que compartimos nuestras vivencias y recuerdos es siempre colectivo. De este modo, buscamos recuperar e integrar en la disciplina histórica el papel fundamental que desempeñan los marcos sociales de la memoria colectiva, tal como afirmaba Halbwachs (2004):

[...] nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trate de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos. No hace falta que haya otros hombres que se distingan materialmente de nosotros, ya que llevamos siempre con nosotros y en nosotros una determinada cantidad de personas que no se confunden (p. 26).

Bajo este marco de referencias, en *Tijuana. Historia de una memoria colectiva*, nos propusimos acercarnos a la experiencia histórica más íntima de las personas, aquella que se encuentra a ras de suelo, siendo parte de los grandes procesos demográficos y fluctuaciones económicas, pero en su rostro más personal y significativo de la migración, de sus clamores, luchas y sueños.

Anexo 1

Caso	Informante colaborador	Edad	Lugar de Nacimiento	Año de migración	Acompañante	Lugar de origen	Zona de destino en Tijuana	Trabajo	Recibido por	Causa de migración	Arriago	Domicilio	Momento significativo MC	Objeto MC
01 1960	Concepción Vargas Rosas	76	Zapopan, Jal.	1966	Esposo	Zapopan	Col. Chamizal	Jornalero/Talachera	Suegra	Trabajo	58	Fracc. Sánchez Taboada	Inundaciones 1978	Fotografía familiar
02 1970	María Trinidad Nolasco	76	Ruiz, Nay.	1970	Amigas	Ruiz	Zona Centro	A. Contable	Conocida	Trabajo	54	Col. División Los Altos	Adquisición de terreno	Caja de herramienta mecánica
03 1970	María Yesenia Gaudin	54	Durango, Dgo.	1971	Papás	Durango	No registrado	A. Contable	Tía	Mejora calidad de vida	53	Col. Valle del Rubí	Adquisición de terreno	Fotografía familiar
04 1970	Fermin Rodríguez Pagua	57	Michoacán	1977	Abuelos	Michoacán	No registrado	Mecánico	Abuelos	Mejora calidad de vida	47	Col. Obrera	Migración a EUA	Fotografía familiar
05 1970	José de Jesús García Orozco	64	Idolostitlán, Jal.	1969	Mamá y Tío	Ciudad de México	Col. Electricistas (Ermita)	No registrado	Abuela y Papá	Mejora calidad de vida	55	Cabón la Raza III (Cerro Colorado)	Instalación en un predio	Predio
06 1980	Francisco Arzave Martínez	63	Torreón, Coah.	1983	Solo	Mazatlán	Francisco Villa	Obrero	Mamá y Tía	Mejora calidad de vida	41	Francisco Villa	Vivienda de seguridad social	Cosas del swapmeet
07 1980	Gloria Ochoa Pérez	62	Torreón, Coah.	1984	Esposo	Torreón	Francisco Villa	No registrado	Esposo	Reunificación familiar	40	Francisco Villa	Vivienda de seguridad social	Cosas del swapmeet
08 1980	Olivia Espinosa Sánchez	54	Cupareo, Gto.	1988	Hermana	Cupareo	Allamira	No registrado	Abuelos maternos	Reunificación familiar	36	Allamira	Ciclo de migración pendular	Fotografía familiar
09 1980	Agustín Martínez Velasco	57	Culiacán, Sin.	1985	Solo	La Paz	Zona Centro	Vendedor de zapatos	Papás	Mejora calidad de vida	39	Valle del Rubí (Fundadores)	Estudios universitarios	El Mexicano Sección Trabajos
10 1980	Ana Leticia Encinas Cota	58	Orcúgón, Son.	1986	Solo	Orcúgón	Col. El Rubí	No registrado	Prima	Estudios universitarios	38	Otay Universidad	Ninguno	No registrado
11 1990	María de los Angeles Gil	51	Lázaro Cárdenas, Mich.	1990	Tíos	Lázaro Cárdenas	No registrado	Obrera	Tíos	Trabajo	34	No registrado	Ciclo de migración pendular	Fotografía en la maquila
12 1990	Santa Eduviges Ibarra	55	Navolato, Sin.	1988	Hermana	Navolato	No registrado	No registrado	Hermanos	Trabajo	36	No registrado	La barra (camión)	Fotografía familiar
13 1990	Hirma Lorenzo Bargas	47	Acapulco, Guerrero	1999	Solo	Acapulco	Col. Flores Magón	Cocinera	Mamá de amiga	Mejora calidad de vida	25	No registrado	Familia monoparental	Fotografía individual
14 1990	Febe García Delgado	55	León, Guanajuato	1994	Hermanas	León	Camino Verde	No registrado	Hermanos	Reconocimiento	30	El Iborito	Ninguno	Fotografía individual

Referencias

Hemerografía y fuentes digitales

AFP. (2018, 18 de noviembre). Protestas pro y contra caravana migrante en frontera México-EEUU. *AFP en Español*.

https://www.youtube.com/watch?v=Ur2meEnbmvl&list=LL&index=2&t=4s&ab_channel=AFPEspa%C3%B1ol

AFN Tijuana. (2021, 20 de noviembre). Celebran vecinos desfile y fiesta “revolucionaria” en la Francisco Villa. AFN Tijuana

https://afntijuana.info/view_post.php?catid=informacion_general&postid=123314_celebran_vecinos_desfile_y_fiesta_revolucionaria_en_la_francisco_villa

Arciniegas, Y. (2018, 13 de noviembre). Primer grupo de la caravana de migrantes llegó a Tijuana, rumbo a EE. UU. *France 24*. <https://www.france24.com/es/20181113-caravana-migrantes-tijuana-eeuu-mexico>

Ahrens-Viquez, A. (2018, 19 mayo). El Resurgimiento del Crimen Violento en Tijuana. *Justice in Mexico*. <https://justiceinmexico.org/el-resurgimiento-del-crimen-violento-en-tijuana-new-spanish-translation-of-justice-in-mexico-working-paper/>

Camarillo, J. L. (2014, 18 de mayo). Celebran 22 años de aniversario de la colonia 10 de Mayo. Uniradio Informa

<https://www.uniradioinforma.com/tijuana/celebran-22-anos-aniversario-colonia-10-mayo-n226152>

Comisión Estatal de Servicios Públicos Tijuana (2024). Fundación de CESPT. *CESPT*. <https://www.cespt.gob.mx/somos/antecedentes.aspx>

Coronado, G. (2018, 29 de noviembre). Sólo le piden a Dios que deje de llover. El albergue para migrantes en Tijuana quedó anegado. *Los Angeles Times*.

<https://www.latimes.com/espanol/eeuu/la-es-solo-le-piden-a-dios-que-deje-de-llover-el-albergue-para-migrantes-en-tijuana-queda-anegado-20181129-story.html>

Hernández, J. M. (2023, 14 de octubre). Francisco Villa, la colonia de origen revolucionario. *El Sol de Tijuana*.

<https://www.elsoldetijuana.com.mx/local/francisco-villa-la-colo->

[nia-de-origen-revolucionario-10845600.html](#)

Magaña Mancillas, M. A. (2016, noviembre). Historia y Memoria. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=G6ecpinRLTs&t=1372s&ab_channel=ZicriColmenares

McDonnell, Patrick J. (2018, 19 de noviembre). Tijuana, una ciudad de migrantes, se volvió en contra de la caravana de centroamericanos que llegó a la frontera. *Los Angeles Times*.

<https://www.latimes.com/espanol/eeuu/la-es-tijuana-una-ciudad-de-migrantes-se-volvio-en-contra-de-la-caravana-de-centroamericanos-que-llego-a-l-20181119-story.html>

Nájar, Alberto (2018, 10 de noviembre). ¿Por qué la caravana de migrantes eligió la ruta más larga para cruzar México hacia EE.UU.? *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-46166789>

Reyes, K. (2024, 20 de septiembre). Invitan a celebrar los 95 años de la ‘Liber’. *El Imparcial*.

<https://www.elimparcial.com/tij/tijuana/2024/09/19/invitan-a-los-95-anos-de-libertad/>

Reyes K. (2024, 14 de agosto). Buscan vecinos de la ‘Sánchez’ reparar fugas por su cuenta. *El Imparcial*

<https://www.elimparcial.com/tij/tijuana/2024/08/13/ante-la-falta-de-atencion-vecinos-de-la-sanchez-repararan-fugas-de-drenaje/>

Rojas, Ana Gabriela. (2018, 19 de noviembre) Caravana de migrantes en Tijuana: por qué la llegada de centroamericanos causa en la ciudad fronteriza una hostilidad contra los migrantes que no se había visto antes. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-46260057>

Santiago, Leyla. (2018, 12 de noviembre). Primera ola de migrantes de la caravana llega a Tijuana, en la frontera con Estados Unidos. *CNN Latinoamérica*. <https://cnnespanol.cnn.com/2018/11/12/prime-ola-de-migrantes-de-la-caravana-llega-a-tijuana-en-la-frontera-con-estados-unidos>

Silva, O. (2022, 5 de junio). La colonia Sánchez Taboada y el efecto cucaracha. *AFN Tijuana*

https://afntijuana.info/editoriales/128903_la_colonia_sanchez_taboada_y_el_efecto_cucaracha

- Suárez, Tatiana. (2018, 19 de noviembre). Tijuana protesta contra los migrantes y EE.UU. cierra temporalmente el cruce fronterizo. *France 24*. <https://www.france24.com/es/20181119-tijuana-xenofobia-caravana-migrante>
- Villicaña, C. (2023, 16 de noviembre). Realizarán el Festival Revolucionario del Señor de la Misericordia en la Francisco Villa. Zona MX. <https://notizona.mx/realizaran-el-festival-revolucionario-del-señor-de-la-misericordia-en-la-francisco-villa/>
- Zúñiga, C. I. (2014, 31 de marzo). Celebrarán aniversario de la Obrera y El Rubí. AFN Tijuana. https://afntijuana.info/informacion_general/26453_celebraran_aniversario_de_la_obraera_y_el_rubi

Entrevistas

- Consuelo Vergara Rosas. (2021, 20 de febrero y 24 de abril). Realizada por Jesús Ubaldo Díaz González. Tijuana, Baja California.
- María Trinidad Nolasco Mesa. (2021, 22 de febrero y 19 de abril). Realizada por Damaris Pantoja González. Tijuana, Baja California.
- María Yecenia Gardea Lechuga. (2021, 19 de febrero y 1 de mayo). Realizada por Ricardo Gómez Gardea. Tijuana, Baja California.
- Fermín Rodríguez Pagua. (2021, 11 de marzo y 12 de mayo). Realizada por Brayan Eduardo Rodríguez Lorenzo. Tijuana, Baja California.
- José de Jesús García Orozco. (2021, 13 de febrero). Realizada por Lucero Jacobo Ibarra. Tijuana, Baja California.
- Francisco Arzave Martínez. (2021, 6 de marzo y 25 de abril). Realizada por Abril Arzave Ochoa. Tijuana, Baja California.
- Gloria Ochoa Pérez. (2021, 6 de marzo y 25 de abril). Realizada por Abril Arzave Ochoa. Tijuana, Baja California.
- Olivia Espinosa Sánchez. (2021, 27 de febrero y 25 de abril). Realizada por Andrea Susana Esquivel Espinosa. Tijuana, Baja California.
- Agustín Martínez Velasco. (2021, 25 de febrero y 27 de abril). Realizada por Carolina Elizabeth Martínez Encinas. Tijuana, Baja California.
- Ana Leticia Encinas Cota. (2021, 27 de febrero). Realizada por Carolina Elizabeth Martínez Encinas. Tijuana, Baja California

- María de los Ángeles Gil Espino. (2021, 16 de febrero y 22 de abril). Realizada por Yazmín Vargas Gil. Tijuana, Baja California.
- Santa Eduviges Ibarra Félix. (2021, 11 de febrero y 24 de abril). Realizada por Lucero Jacobo Ibarra. Tijuana, Baja California.
- Hirma Lorenzo Bargas. (2021, 11 de marzo y 12 de mayo). Realizada por Brayan Eduardo Rodríguez Lorenzo. Tijuana, Baja California.
- Febe García Delgado. (2021, 27 de febrero y 23 de abril). Realizada por Alberto Aarón García García. Tijuana, Baja California.

Bibliografía

- Acosta, F. Reyes, A. y Solís, M. (2015). Crisis económica, migración interna y cambios en la estructura ocupacional de Tijuana, México. *Papeles de población*, 85(21): pp. 9-46.
- Aguilar C., H. y Meyer, L. (2000). A la sombra de la Revolución Mexicana. México: Cal y Arena.
- Alegría O., T y Ordoñez B., G. (2005). Legalizando la ciudad. Asentamientos informales y procesos de regularización en Tijuana. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Álvarez, Robert R. (1987). Familias y Redes: Migración Internacional en Tijuana. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Anguiano, M. E. (1998). Migración a la frontera norte de México y su relación con el mercado de trabajo regional. *Papeles de población*, 17(4): pp. 16-79.
- Assmann, J. (2008). Religión y memoria cultural. Diez estudios. Buenos Aires: Ediciones Lilmod.
- Ayvar C., F. J. y Armas Arévalo, E. (2014), El flujo migratorio en México: Un análisis histórico a partir de indicadores socioeconómicos, *CIMEXUS*, 2(IX): pp. 71-90.
- Bajaras T., M. y Wells Ayón A. (1993). Baja California dentro del contexto de la migración, *Estudios Fronterizos*, 30(0): pp. 81-106.
- Bergson, H. (2006). Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu. Buenos Aires: Cactus.
- Bourdieu, P. (2003). Un arte intermedio. Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía. España: Gustavo Gili.

- Bloch, M. (1925). Mémoire collective, tradition et coutume: à propos d'un livre recent. *Revue de Synthèse Historique*, XIV (118-120): pp. 73-83.
- Bustamante, J. A. (1987). Tijuana: Desarrollo Urbano y Migración en la Frontera Norte: El Colegio de la Frontera Norte.
- Castillo, M.Á. (1994). Migración y Fronteras: El Caso de Tijuana. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Carrillo V., J. y Hernández, A. (1985). Mujeres fronterizas en la industria maquiladora. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Carrillo Viveros, J. y Barajas, M. R. (coord.) (2007). Maquiladoras fronterizas. Evolución y Heterogeneidad en los sectores electrónico y automotriz (pp. 105-145). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte / Porrúa.
- Castellanos E., M. (2005). Del Grijalva al Colorado. Recuerdos y vivencias de un político. Baja California: Universidad Autónoma de Baja California.
- Castro C., P. R. (2012). Procesos de concesión del transporte público en Tijuana, y efectos en la calidad del servicio. (Tesis para obtener el grado de Maestra en Desarrollo regional). <https://www.colef.mx/posgrado/tesis/2010850/>
- Chavez, L. R. (2001). Covering Immigration: Popular Images and the politics of the Nation. Los Angeles: University of California Press.
- Chavez, S. (2016). Border Lives: Fronterizos, Transnational Migrants, and Commuters in Tijuana. Oxford: Oxford University Press.
- Chinoy, E. (1972). *Introducción a la sociología*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Contreras, O. F. (2004). Industria y Trabajadores en Tijuana: Una Perspectiva Histórica y Sociológica. Universidad Autónoma de Baja California.
- Cruz G., N. C. (2007). El poblamiento de Baja California y la influencia de la política de población en el periodo cardenista, *Estudios fronterizos*, 16(8): 91-122.
- Davis, M. (2000). Magical Urbanism: Latinos Reinvent the U.S. City. New York: Verso.
- De la O, M. E. (2006). El trabajo de las mujeres en la industria maquiladora de México: Balance de cuatro décadas de estudio. AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, 3(1): pp. 404-427.

- Durand, J. (2013). Nueva fase migratoria. *Papeles de población*, 77(19): pp. 83-113.
- Fuentes F., C. M. y Hernández H., V. (2009). La estructura espacial urbana y la incidencia de accidentes de tránsito en Tijuana, Baja California (2003-2004), *Frontera Norte*, 42(21): pp. 109-138.
- Gruel S., V. M. (2016). El movimiento antichilango en Baja California México: La mirada literaria, académica y periodística, 1971-1991, *Culturales*, 3(1): pp. 77-106.
- Halbwachs, M. (2004a). Los marcos sociales de la memoria. Venezuela: Anthropos Editorial.
- Halbwachs, M. (2004b). La memoria colectiva. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hirsch, M. (2015). La generación de la posmemoria: Escritura y cultura visual tras el Holocausto. Madrid: Editorial Carpe Noctem.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1997). *La migración en México: indicadores estadísticos*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2023). *Principales resultados. Censo de Población y Vivienda 2020*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825198084.pdf
- Jelin, E. (2021). Los trabajos de la memoria. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jerez, O. (2002). Ciudad, identidades, y fronteras. *Amnis*, 2: pp. 1-16 <https://doi.org/10.4000/amnis.72>
- Juárez Romero J., Arciga Bernal, S. y Mendoza García, J. (2012). Memoria Colectiva. Procesos psicosociales. México: Universidad Autónoma Metropolitana / Editorial Porrúa.
- Luna, Rosa Alicia. (Coord.). (1996). *Historia viva de Tijuana. Testimonios de residentes de la ciudad*. XV Ayuntamiento de Tijuana; Centro Cultural Tijuana.
- Lammel, A. Goloubinoff, M. y Katz, E. (2013). Aires y lluvias. Antropología del clima en México. (591-614). México: CIESAS.
- Magaña Mancillas, M.A. (2014). Reseña de libro [Juana Juárez Romero, Salvador Arciga Bernal y Jorge Mendoza García (coordinadores),

- (2012), Memoria colectiva. Procesos psicosociales. México: Universidad Autónoma Metropolitana / Editorial Porrúa, 408 pp.]. Región y Sociedad, vol. 26 (59): 303-310.
- Massey, D. S. Durand, J. y Malone, N. J. (2009). Detrás de las tramas políticas migratorias entre México y Estados Unidos. México: Universidad Autónoma de Zacatecas / Cámara de Diputados LX Legislatura.
- Méndez R., J. (2018). Desarrollo, movilidad y economía social en Baja California: cooperativas de transporte (1930-1960). América Latina en la historia económica, 2(25): pp. 210-238.
- Méndez S., E. (1996). Imágenes transitorias. Globalización y modificaciones urbanas en ciudades del norte de México. Región y Sociedad, VII (12): pp. 29-46.
- Montezemolo, F. (2005). Tijuana no es Tijuana. Representaciones en fragmentos al margen de la frontera. AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, 42(0): pp. 1-10. <https://www.aibr.org/antropologia/42jul/articulos/jul0504.pdf>
- Nora, P. (2008). Pierre Nora en les lieux de mémoire. Montevideo: Editorial Trilce.
- Pedone, C. (2010). Cadenas y redes migratorias: propuesta metodológica para el análisis diacrónico-temporal de los procesos migratorios. *Empiria. Revista de metodología de las ciencias sociales*, núm. 19: 101-132.
- Rodríguez B., J. J. (1992). Análisis socio-espacial del uso del suelo residencial en la ciudad de Tijuana. (Tesis para obtener el grado de Maestro en Desarrollo Regional). <https://www.colef.mx/posgrado/tesis/analissocio-espacial-del-uso-del-suelo-residencial-en-la-ciudad-de-tijuana/>
- Ricoeur, P. (2010). La memoria, la historia, el olvido. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stavenhagen, R. (2014). Tijuana. Las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora de Tijuana. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Soaje Ramos, G. (2018). El grupo social. Madrid: Marcial Pons.
- Tamayo, J. (1983). La frontera norte de México y la crisis de 1982: algunos comentarios preliminares, Estudios fronterizos, 1(1): pp. 153-170.

- Taylor Hansen, L. D. (2003). Los orígenes de la industria maquiladora en México. *Comercio Exterior*, 11(53): pp. 1045-1056.
- Velasco, L. E. (2002). Migración y Ciudadanía Transnacional en la Frontera Norte: El Caso de Tijuana. *El Colegio de México*.
- Ybañez Z., E. y Alarcón, R. (2007). Envejecimiento y migración en Baja California. *Frontera Norte*, 19(38): pp. 93–125.
- Zenteno Q., R.M. (1995). Del rancho de la Tía Juana a Tijuana. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 10(1): pp. 105-132.

Tijuana. Historia de una Memoria Colectiva

Se terminó de imprimir en febrero de 2025

en los talleres de Astra Ediciones

Av. Acueducto No. 829

Colonia Santa Margarita, C. P. 45140

Zapopan, Jalisco, México.

33 38 34 82 36

E-mail: edicion@astraeditorial.com.mx

www.astraeditorialshop.com

Impresión digital con interiores en papel bond 75g

El tiraje consta de 100 ejemplares.

Este trabajo explora, desde la historia, los marcos sociales que sustentan la memoria colectiva de los migrantes mexicanos que se asentaron en Tijuana entre 1960 y 1990. La investigación se concentra en tres aspectos clave: los procesos de rememoración de la experiencia migratoria, el significado atribuido al arraigo en la ciudad y las rupturas de esta memoria a partir de 2018, frente a nuevas olas migratorias transnacionales.

La memoria colectiva, entendida como un proceso reflexivo y social, nos permite explorar cómo los recuerdos individuales se entrelazan para formar una narrativa migrante continua, moldeada por las relaciones sociales significativas dentro del grupo. Este enfoque busca desentrañar de qué manera se configuró y resignificó el sentido de pertenencia en el contexto de transformaciones sociales recientes. Ante la nueva coyuntura migratoria, se busca determinar si los marcos sociales de esta memoria se han mantenido o han sido resignificados, contribuyendo a comprender cómo las narrativas de los migrantes mexicanos de generaciones anteriores han sido afectadas o reforzadas, y si han surgido nuevas formas de interpretar la migración y el arraigo en la ciudad.

ISBN: 978-607-607-988-1



Consulta y descarga

